

CONFIESO

por Ramón Cerdá Sanjuán

A mi esposa y musa Merche Álvarez, responsable de que
haya retomado mi afición por la novela.

PRIMERA PARTE

INTRODUCCIÓN:

En el contenido de esta novela es posible que mucha gente que me conozca quiera ver en ella una especie de biografía, incluso es posible que alguien se sienta mencionado en ella. Nada más lejos de mi intención que la de narrar mi vida ni la de mis allegados. Cuán aburrida resultaría la novela biográfica en ese caso.

Debo utilizar la frase tantas veces utilizada por otros autores que dice algo así como que “Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia”.

Si algún día llego a ser lo suficientemente famoso, quizás sea otro quien se moleste en escribir sobre mi vida.

El autor

CAPÍTULO I

Año 1999

-¿Qué se siente con cuarenta y tres años y treinta novelas de éxito publicadas todas ellas en los últimos ocho años? –preguntó la joven entrevistadora al famoso entrevistado Héctor Ramos-

Estaban en el salón de su casa, Adolfo, su editor se había empeñado en que atendiera a aquella joven entrevistadora. Al principio estuvo bastante reacio, aunque cuando la recibió, le gustó lo suficiente como para atenderla gustosamente. Era una joven morena de pelo liso y largo que le llegaba hasta el nacimiento del culo. Era delgada pero con cumplidas caderas y pechos moderados aunque suficientes.

-Cuarenta y cuatro, treinta y cinco y nueve–respondió Héctor sin añadir nada más mientras saboreaba el tabaco de su pipa más vieja, menos adecuada para la vista de las visitas, pero a la vez la más utilizada por él, era como unos zapatos viejos que uno no quiere cambiar porque le resultan cómodos, a pesar de que resulta inútil limpiarlos porque nada puede hacerlos parecer elegantes-

-¿Perdón...? –la inexperta periodista se sintió algo nerviosa por la inesperada respuesta y la mirada penetrante de Héctor que parecía atravesarla y adivinar lo que estaba pensando-

-Que tengo cuarenta y cuatro años y no son treinta, sino treinta y cinco las novelas publicadas, en los últimos nueve y no en los últimos ocho años, sin contar la que escribí a los dieciocho años y que nunca llegué a publicar.

-Caramba, deberé de revisar mis fuentes de información –rió nerviosamente- ¿Qué se siente pues, al haber publicado tantas novelas en tan corto espacio de tiempo?

-Me gusta escribir, posiblemente haya escrito tanto en estos últimos años porque desde que escribí mi primera novela, he pasado casi veinte años sin volver a escribir, y tenía un montón de ideas acumuladas y queriendo salir desordenadamente de mi cabeza.

-Mucho tiempo. ¿No?

-Mucho tiempo para un escritor, pero yo nunca pensé en dedicarme a escribir, y simplemente me he dedicado a mi profesión de abogado durante todo este tiempo.

-¿Qué le impulsó a escribir de nuevo?

-Estaba harto de mi profesión, de mis clientes, y de todas las mentiras que uno se veía obligado a contar para defenderles, y de que discutieran siempre mis honorarios. Siempre me ha molestado la gente desagradecida y no hay nada como un cliente satisfecho que no agradece el esfuerzo de uno y que además le discute el pan que ha ganado.

-¿Se siente ahora mucho mejor?

-Por supuesto, ahora me siento totalmente liberado, hago lo que me gusta, viajo, escribo, medito, y solo tengo que soportar al editor y a la familia, pero me gusta.

-Tengo entendido que el nuevo proyecto no es una novela sino una biografía.

-Así es, llevo el suficiente tiempo alejado de mi antigua profesión, y las cosas ya puedo verlas desde otra perspectiva, creo que ha llegado el momento de escribir una primera autobiografía.

-Una primera, ¿Tiene previsto escribir otras?

Espero vivir lo suficiente como para poder escribir una segunda parte dentro de otros veinte o treinta años.

-¿Qué nos puede anticipar de esta autobiografía?

-Confieso.

-¿Confieso?

-Sí, ese será el título de mi autobiografía. Será novelada, pero cada detalle que aparezca en ella podrá ser fidedigno. Cambiaré algún nombre por pudor, y mezclaré situaciones reales con ficticias.

-¿Cree que producirá ampollas su nuevo proyecto?

-Tampoco será para tanto, salvo algún pequeño secretillo sin importancia. Tenga en cuenta que el hecho de que haya dejado de ejercer la abogacía no me da derecho a incumplir mi compromiso de guardar el secreto profesional. Será mi biografía, no la de mis clientes, estos pueden dormir tranquilos. –sonrió seductoramente-

-¿Cuándo tiene previsto publicarla?

-Calculo que al menos pasarán un par de años antes de que se publique definitivamente.

-Es más de lo que le dedica a una novela.

-Bueno, tenga en cuenta que no voy a dejar de escribir las novelas que es lo que esperan mis lectores, y las que realmente me dan de comer. La biografía será una publicación extraordinaria ajena a mi ritmo habitual de escritura.

-Tengo la sensación de que con su ritmo, va a seguir escribiendo inmediatamente después de terminar la entrevista.

-Esta noche no, ¿Tiene usted algún compromiso?

Año 1982

Podría decirse que eran una pareja liberada, o al menos les divertía aparentarlo. En realidad es posible que lo único que intentarían era que su matrimonio no naufragara como tantos otros, sobre todo como ocurre cuando uno se casa joven y desoyendo los consejos de los mayores. Ellos lo habían hecho muy jóvenes, él tenía veinte años y ella recién cumplidos veintidós, cuando en una fría, más bien oscura y lluviosa

mañana de diciembre salieron felices de una pequeña Iglesia, ella con la barriga llena desde dos meses atrás, por eso se casaron en diciembre, al fin y al cabo uno siempre se imagina las bodas en pleno verano agobiante, con los novios sudorosos e incómodos. Se habían conocido apenas seis meses antes y lo suyo fue un auténtico flechazo.

Llevaban ya siete años de casados, y el tiempo había pasado a una velocidad de vértigo, casi sin darse cuenta. Pero la química sí que pareció darse cuenta del paso del tiempo, porque el amor es eso, pura química, mera atracción sexual, muchas veces irresistible, en la que la naturaleza nos utiliza a nosotros como marionetas, y una vez cumplida la función de apareamiento y pasado un tiempo prudencial para el cuidado de los posibles retoños fruto del éxtasis sexual, la química va desapareciendo. Todo se vuelve monótono, los pequeños defectos se convierten en cuestiones insoportables para la pareja, el sexo tantas veces repetido acaba aburriendo por falta de variedad, y tantas y tantas otras cosas que se confabulan para atacar a los matrimonios, y también ahora a las parejas de hecho, porque el no estar casados no es garantía para la pervivencia de la química.

Es por eso que estadísticamente hay tantos problemas matrimoniales a partir del séptimo año de casamiento. Muchos ni siquiera llegan, quizás porque su contenido químico fuera menor, o porque un tercero o tercera más cargado de esa química, acaba con la que queda en la pareja.

Héctor, siempre tan práctico, le había echado el ojo a una joven que trabajaba en su mismo bufete en Valencia, ella era recién licenciada y sin experiencia en la abogacía, pero inteligente, muy inteligente. Sin duda llegaría lejos en la profesión. Héctor se había ido a vivir a Valencia con su esposa Eloísa, un par de años antes. Inés era atractiva, como su esposa, aproximadamente de su edad, como su esposa, delgada, como su esposa, rubia, como cuando a su esposa le daba por tintarse el cabello, lo cual tenía que admitir que no le favorecía nada en absoluto, y mucho menos cuando se desnudaba y se notaban aquellas incongruencias estéticas provocadas por el hecho de que el color de su pelo no coincidiese en absoluto con el de otras partes

menos púdicas de su cuerpo. Lo que tenía Inés que no tenía Eloísa, pero que había tenido, era precisamente esa química, esa química que parecía ya prácticamente agotada en Eloísa, esa química que hace que dos personas queden atraídas. La química y el olor. Sí, el olor, porque los seres humanos llevamos siglos queriendo disimular nuestros olores corporales, cuando son precisamente las feromonas las que tanta importancia tienen en el atractivo sexual. De hecho ahora se venden ciertos perfumes con la promesa de que contienen feromonas que harán irresistibles sexualmente a quienes los utilicen.

A Héctor siempre le habían atraído los olores de cierto tipo de mujeres, para él el olor era muy importante a la hora de juzgar el grado de atracción de una fémina. A pesar de que estas los disfrazaban con todo tipo de desodorantes y pócimas de toda clase, aroma y densidad, cremas, maquillajes, hidratantes, perfumes, leche corporal y tantos y tantos otros aditivos a los que tan aficionadas son la gran mayoría de las mujeres, siempre quedaba algo de la propia hembra, quizás esas feromonas de las que ahora hablan los perfumistas, que las envolvía y podía hacerlas irresistibles.

Inés tenía dos tetas enormes de las que era difícil apartar la mirada, las de Eloísa eran más discretas, aunque debía de admitir que eran muy bonitas.

Inés hacía varios meses que lo andaba rondando, y él se resistía a iniciar cualquier tipo de relación, más allá de la estrictamente profesional, porque seguía amando a su mujer, y porque en el fondo estaba algo chapado a la antigua. Cuando la atracción se hizo mayor llegó a pensar en pedirle permiso a Eloísa para iniciar una relación sexual con Inés, pero después de analizar la idea durante cierto tiempo, la desestimó por descabellada. Finalmente no se le ocurrió otra cosa que insinuarle a Eloísa que su relación sexual se estaba enfriando, y que podrían plantearse algún cambio de pareja o algo similar con sus amistades. Durante varias noches hablaron de las personas del sexo contrario que más les gustaban a cada uno de ellos y de sus respectivas parejas. Llegaron a la conclusión de que no había ninguna pareja que conociesen, que además de estar lo suficientemente liberada, coincidiese con los gustos sexuales de ambos,

por lo que empezaron a hablar de otros conocidos sin pareja estable, y ahí salió a la conversación un buen día Inés. También salió en esa misma conversación Jacob.

Jacob era un joven, algo mayor que ellos, cinco o seis años quizás, encantador, dulce, amable y muy atractivo, todo ello en palabras de la propia Eloísa. Se conocieron unos años antes, cuando aun no se habían trasladado a Valencia. Era un médico naturista, holandés, que atendió en un par de ocasiones a Eloísa de sus trastornos en la regla. Que supiera, todavía se hacía cargo de la misma consulta y vivía sólo, sin ningún compromiso conocido.

Héctor y Eloísa se divertieron durante varios días planeando la posibilidad de seducir por separado a Inés y a Jacob. El tema los excitaba, y durante unos días, el mero hecho de hablar de ello los animaba a practicar el sexo, más habitualmente y con mejores resultados que en los últimos meses. Posiblemente ya cada uno de ellos pensaba que lo estaba haciendo con quien podría ser su futuro o futura amante, al menos en lo que respecta a Eloísa parecía evidente porque últimamente se empeñaba en hacerlo a oscuras.

-Ha sido una idea genial –le susurraba al oído Eloísa a Héctor mientras este la penetraba- Jacob no tiene desperdicio, anoche estuvimos haciendo el amor hasta las cuatro de la mañana, el tío tiene un aguante enorme. ¿Sabes? Se corrió tres veces dentro de mí. Eloísa comenzó a gemir. Héctor no sabía si porque iba aumentando su placer por el empeño cada vez mayor que él estaba poniendo en el acto, o simplemente porque ella estaba recordando la noche anterior con Jacob. A pesar de todo, la situación lo excitaba sobremanera, tanto el hecho de que la noche anterior hubiera comenzado la aventura de su mujer con Jacob, como el hecho de que ahora ella le estuviera relatando cada detalle. Pensar que ella podría estar excitada solo por

pensar en Jacob y no en él, no le importaba demasiado. En cierto modo parecían haber conseguido una variante sexual que les permitía volver a disfrutar juntos.

Ella siguió hablando y gimiendo en su oreja, a la vez que le lamía el lóbulo de la misma, cada vez los jadeos eran más continuados y más profundos, hasta que ambos se corrieron; ella lo hizo antes, mientras gemía y le mordía la oreja, él lo hizo poco después quedando totalmente extenuado.

Héctor no pudo evitar sentirse algo bajo de moral, cuando rebobinó mentalmente y escuchó a Eloísa decir que Jacob se lo había hecho tres veces con ella la misma noche. Él nunca había conseguido nada semejante, a lo sumo, y en contadas ocasiones, había conseguido correrse dos veces en un corto espacio de tiempo. De todos modos pensaba que habiendo iniciado su mujer la relación sexual fuera del matrimonio, él pronto podría hacerlo sin remordimientos con Inés, lo cual lo excitó, aunque no consiguió con ello erección alguna. Eloísa estaba fumando un cigarrillo y parecía con ganas de hablar. Él se durmió un par de minutos después.

Se estaban besando en la calle, recostados ligeramente sobre uno de los coches aparcados. Eran las ocho de la tarde, todavía de día, era verano. Era una calle bastante concurrida a esas horas en Burjasot, un pueblo cercano a Valencia donde habían ido a tomar unas copas. Parecía no importarles en absoluto que pudieran verlos, a pesar de lo ilícita de su relación. Ambos estaban excitados, aunque ella en especial.

Habían estado tomando unas copas previamente en un par de los lugares de moda del verano. Héctor había estado hablando esa tarde con Inés y se le había insinuado claramente, le dejó entrever su predisposición a entablar una relación con ella distinta a la del trabajo y más íntima que la de simples amigos. Él la invitó a cenar, y ella, que no tenía ningún compromiso, o al menos ningún compromiso no cancelable y sustituible por algo más interesante, aceptó sin hacerse de rogar.

Era viernes por la tarde, terminaron pronto en el bufete y Héctor tenía previsto llevársela a casa después de cenar y pasar una noche de sexo como nunca. Podía disponer de la casa porque ya lo había comentado con Eloísa, y ella la pasaría en casa de Jacob.

Eloísa estaba como una colegiala, encaprichada y entusiasmada con Jacob, situación que de momento beneficiaba también a Héctor porque le dejaba el camino libre con Inés y porque además, mejoraba sus relaciones sexuales con su esposa, cuya relación con Jacob no reducía los encuentros sexuales con su marido, sino todo lo contrario. Se encontraba excitada continuamente, y a lo largo de la semana, cuando no podía estar con Jacob, se desfogaba con Héctor. Era una situación algo extraña, pero en la que posiblemente por su novedad, posiblemente por los buenos resultados aparentes que estaba dando, los dos la estaban disfrutando, sin duda Eloísa más que Héctor. De momento.

Fue frustrante, muy frustrante. Después de pasar toda la tarde con Inés, de copas, hablando de todo tipo de cosas incluyendo amistades y sexo, cenaron íntimamente en un restaurante de la calle Navarro Reverter de Valencia. Todo fue magnífico. Luego tomaron una última copa en una cafetería cercana y se fueron a casa de él.

Él la desnudó con delicadeza, acariciando y oliendo cada poro de su piel. Se estuvieron besando y acariciando durante casi una hora, y a pesar de la enorme excitación que tenía Héctor, no consiguió la más mínima erección. Inés no era tampoco demasiado hábil en estas situaciones y no supo cómo solucionar aquel problema. Él intentó satisfacerla, al menos haciendo que se corriera entre sus manos, pero después de otra hora de intentos infructuosos, tampoco esto fue posible. Ambos quedaron insatisfechos, pero no se tiraron nada en cara el uno al otro. Se encontraban a gusto y los dos se disculparon y se auto-convencieron de que la próxima vez tendrían más éxito.

Héctor intentó que Inés se quedara con él esa noche, Eloísa no llegaría hasta pasadas las diez de la mañana siguiente. Pero Inés vivía en casa de sus padres y no estaba dispuesta a quedarse.

Héctor la acompañó a casa, pensando en el horrible resultado de su aventura, y en el hecho de que si Inés no quería quedarse, posiblemente fuera por que no le apetecía y no por cuestión de sus padres, al fin y al cabo, ya era lo suficiente mayorcita como para pasar la noche fuera de casa. Tampoco podía evitar pensar en Eloísa y en lo que estaría haciendo en esos momentos con Jacob. Su situación era además de frustrante, ridícula. Él era quien había querido dar solución a aquel matrimonio que parecía a la deriva después de siete años de comunidad, y él fue quien empujó a su mujer a los brazos de otro hombre, otro hombre que a ojos vista la estaba satisfaciendo mucho más de lo que él lo había hecho hasta ahora. Mucho más de lo que él ahora veía que podía satisfacer a Inés.

Llegaron al final de la Calle de la Paz, cerca de la Plaza de la Reina, y detuvo su coche, un pequeño Mercedes biplaza gris oscuro de segunda o quizás tercera mano. Inés bajó y con una leve sonrisa se despidió de él. No lo besó.

Héctor volvió a casa, pensando en todo lo ocurrido, pensando en Jacob, pensando en Eloísa, pensando en Inés, y pensando en que en ciertas ocasiones debería de morderse la lengua antes de hablar. Al fin y al cabo, si el matrimonio no funcionaba, pues que no funcionase, ya se arreglaría, y si no se arreglaba, al carajo, para eso se habían inventado los divorcios. Pero no, él siempre tenía ideas brillantes, él siempre sabía lo que tenía que hacer. Cuántas veces se arrepentía de sus ideas brillantes, las ideas son solo para plasmarlas en los libros, no para llevarlas a la realidad, donde se estrellan irremisiblemente.

Llegó a casa y buscó la llave en el bolsillo derecho de su pantalón, notó que tenía una erección, una buena erección. Entró en el baño y después de orinar se masturbó.

Año 2000

Tasio se había especializado en el espionaje industrial y tenía varios clientes importantes que lo mantenían ocupado gran parte del tiempo. Su carrera profesional la inició como asesor fiscal de empresas alrededor de 1979. Pero después de apenas tres años de profesión, de inspecciones, de trámites administrativos, y de asesorar a clientes que al final hacían lo que les venía en gana desoyendo sus consejos, y que muchas veces sólo buscaban de él su bendición para así tener a alguien a quien echarle la culpa si las cosas iban mal, se cansó, el trabajo que antes le apasionaba, pasó a agobiarle, y cada vez estaba más convencido de que tenía que hacer algo drástico. Fue a principios de 1982, cuando siguiendo el consejo de su íntimo amigo Héctor, cambió de ocupación. El propio Héctor hizo algo parecido unos años después abandonando su carrera profesional como abogado y dedicándose a escribir novelas. También acertó con el cambio. Tasio había seguido un camino bastante distinto diplomándose como Detective Privado y abandonando la asesoría. En un principio, la idea era la de encargarse solo de unos pocos casos sin importancia que no le complicasen demasiado la vida, como asuntos de divorcios, bajas laborales, y similares, pero fue el propio Héctor el que por un lado se convirtió en un buen cliente, primero por unos asuntos relacionados con su mujer, y años después, porque de forma habitual le solicitaba pequeñas investigaciones –y no tan pequeñas-, que luego utilizaba en sus novelas. Fue precisamente durante la investigación de una gran multinacional para una de las novelas de Héctor, cuando trató de cerca los asuntos de espionaje industrial. Héctor le presentó a unos contactos de su época de abogado, y pronto surgieron asuntos interesantes. De hecho, había abandonado totalmente las pequeñas investigaciones y se dedicaba casi en exclusiva al espionaje e investigación de la propiedad industrial. Claro que a Héctor no le podía decir que no cuando este le solicitaba alguna investigación, además, todo hay que decirlo, Héctor era de los que pagaba bien y rápido, sin discutirle nunca los gastos. Lo cierto es que luego le sacaba un buen rendimiento cuando acababa de publicar la novela, y era de los que

publicaban por lo menos cuatro al año, de ese modo, ambos salían siempre beneficiados y mantenían una relación de amistad cordial, juntamente con la profesional. A Tasio siempre le había asombrado la capacidad de escribir de Héctor, no era normal, ni por asomo, publicar cuatro novelas anuales, aunque fuesen de una longitud moderada como solían ser las suyas. Incluso le comentó hace unos meses que estaba pensando en escribir bajo seudónimo para no saturar el mercado con su nombre. Dicen que Stephen King hizo algo similar publicando cinco novelas con el nombre de Richard Bachman. Quien sabe si Héctor llegaría a ser tan famoso como King.

Tasio tenía algo más de cincuenta años, y habiéndose acostumbrado a vestir con traje y corbata siendo asesor fiscal, era una costumbre que todavía conservaba, y raro era el día que no se le veía impecable. Ya había echado algo de barriga con los años, y el traje siempre había sido adecuado para disimular estas cuestiones, motivo adicional para conservar su arraigada costumbre. No se imaginaba con vaqueros y camiseta. Usaba tirantes de tela, a pesar de lo poco habitual de este tipo de prenda hoy en día, y siempre calzaba buenos zapatos de piel con suela de cuero, generalmente italianos. Era soltero, y sin duda lo sería por muchos años, le gustaban las mujeres, pero con moderación, y las temía. Ese temor era el motivo de que no alargase nunca ninguna relación, por lo que muchas veces tenía que recurrir al previo pago de honorarios para desahogarse con alguna "mujer de la vida" como él las llamaba cariñosamente.

Cuando era asesor, llegó a tener en Valencia un despacho con seis empleados a pesar del poco tiempo que llevaba dedicándose a la profesión, despacho que en realidad no llegó a cerrar, sino que traspasó a unos colegas que lo fusionaron con otra asesoría ya existente. Ese día fue el más feliz de su vida, y desde entonces su única oficina es un pequeño cuarto en su casa, donde no tiene instalado teléfono porque siempre utiliza el móvil, el cual desconecta a voluntad siempre que no quiere ser molestado. Dispone de un viejo ordenador y de una no menos vieja impresora a color que le basta para la redacción en "Word" de los informes de sus investigaciones.

Cuando necesita conectarse a Internet lo hace desde un pequeño cibercafé que hay instalado en la misma esquina de su casa.

Esa misma mañana había acabado de redactar el informe para una filial de la Bayer alemana que lo había tenido ocupado los últimos quince días. Estaba decidido a tomarse unos días libres y desconectar el teléfono, el informe le proporcionaría unos buenos honorarios, y sin duda se había ganado el descanso.

Estaba ordenando los papeles impresos para llevarlos a encuadernar, cuando sonó el móvil. Se sacó el Motorola del bolsillo, lo abrió, y en la pantalla leyó "ECTOR", sin hache. Lo había grabado así por ahorrarse una letra. Era un verdadero coñazo eso de escribir con las teclas del móvil.

-¿Qué vas a escribir ahora? –preguntó sin más prolegómenos-

-Tú siempre al grano.

-El buen uso del tiempo es muy importante y no hay que malgastarlo.

-Oye, necesito que me investigues un asuntillo con total confidencialidad.

-Hombre, me ofendes. ¿Acaso no he sido suficientemente discreto con los asuntos que te he trabajado hasta la fecha.

-Sí, claro, en ningún momento he querido insinuar lo contrario, lo que pasa es que es un tema muy delicado y no quiero tratarlo por teléfono, y menos en el móvil. ¿Quedamos en Cánovas? –Héctor sabía que Tasio solía ir a comer a ese restaurante, bastante céntrico, cercano a su casa, y muy económico en el que se comía bastante bien.-

-Hoy mismo he comido allí. Podemos tomar café a las siete de la tarde. ¿Te viene bien?

-O.K. –colgó-

Tasio acabó de amontonar los papeles del informe y los llevó a que se los encuadernaran en gusanillo que era como solía presentar sus trabajos. Mientras salía de casa iba pensando en que seguramente tendría que olvidarse de esos días de fiesta que se había propuesto coger.

Héctor estaba muy raro últimamente.

CAPÍTULO II

Año 1982

-¿Cómo que en la calle?, ¿Te da igual que te vean? –le increpó Eloísa- Héctor se ruborizó por la rabia contenida al ser atacado por Eloísa.

-Eloísa, en Burjasot no nos conoce nadie.

-Hablas de Burjasot como si fuese la Alemania del Este antes de que tiraran el dichoso muro ese. Burjasot está a un paso, además, te recuerdo que el hecho de que tú no conozcas, o creas no conocer a nadie en Burjasot, no quiere decir que no te conozcan a tí. Además, pueden conocer a Inés. Hasta es posible que en el bufete tengáis clientes de Burjasot. ¿Me equivoco?

-Está bien, iré con más cuidado, pero a ti también pueden verte. ¿No? –intentó defenderse él como buenamente pudo-

-Yo no voy por la calle dándome arrumacos con Jacob.

-Bien, pero Jacob tiene vecinos y os pueden ver, además, te recuerdo que antes vivíamos en Ontinyent. ¿No se mosqueará nadie si te ven deambular por allí?

-No es lo mismo, la gente podrá imaginarse lo que le venga en gana, pero no podrá decir que me han visto en una situación delicada. Además, te recuerdo que todo esto ha sido idea tuya.

-Pues bien que te has acostumbrado enseguida y bien que lo estás disfrutando.

-¿No se trataba de eso? ¿Acaso no tenía que disfrutar? Se supone que esto lo has maquinado para que nuestro matrimonio no naufrague, aunque pienso que tu

única finalidad era acostarte con esa zorra y buscabas una excusa para que yo no te dijera nada. Ahora resulta que has tenido un gatillazo y te molesta que Jacob esté disfrutando de tu mujercita mientras tú te tienes que aliviar en el baño.

Héctor no contestó, eso le pasaba por haberle dado tantos detalles a Eloísa, había sido un imbécil y empezaba a estar harto de la situación, cuando aún no habían transcurrido quince días desde que aquel proyecto fantasioso pasó a ser una realidad.

-¿Qué piensas hacer al respecto? –continuó Eloísa mientras Héctor le daba la espalda-

-¿Al respecto de qué?

-De lo que estamos hablando. ¿Te parece bien ir paseándote por ahí tan descuidadamente?

-Ya te he dicho que iré con más cuidado.

-¿Eso es todo?

-¿Qué más quieres que haga? No puedo borrar lo del pasado viernes. Además, sigo convencido de que no nos reconoció nadie.

-¿Y en el bufete?

-¿Qué pasa en el bufete?

-Eso es lo que yo te pregunto, ¿Actúas con discreción allí o pasas de todo?

-Ya está bien. –cada vez le costaba más controlar su rabia-

Eloísa no bajaba la guardia y parecía seguir dispuesta a profundizar en la llaga abierta. Héctor intentó ignorarla y se metió en su pequeña biblioteca privada. Era el único lugar de la casa en el que se acostumbraba a respetar mínimamente su intimidad. Eloísa estuvo tentada a seguirle, pero se contuvo. Por ese día era suficiente.

Héctor se sentó en el sillón de la biblioteca después de coger un libro cualquiera de las estanterías y se puso a ojearlo sin llegar siquiera a concentrarse en el contenido. Hacía calor, a pesar de que la biblioteca estaba cubierta de corcho que la aislaba algo del exterior. No cabía duda de que tenía que poner aire acondicionado como en el resto de la casa. En invierno aquel reducto se convertía en una nevera y en verano

uno empezaba a sudar nada más entrar. En definitiva, que no había cristiano que pudiera leer tranquilamente, salvo unos pocos días al año en los que la temperatura pasaba desapercibida.

Año 2000

Llegó a la Plaza de Cánovas en coche, conducía una berlina de BMW que había sustituido a su viejo Mercedes. Pudo aparcar en la zona azul sin demasiados problemas, a pocos metros del restaurante donde había quedado con su amigo.

Cuando entró en Cánovas, Tasio lo estaba ya esperando en la barra saboreando un café corto y fuerte, sin azúcar. Se acercó y se dieron un fuerte y afable apretón de manos.

-¿Cómo te va? –le preguntó Héctor-

-Ya ves, a tu disposición como siempre.

-Ya será menos.

-¡Te diré!, tenía previsto irme unos días de vacaciones y aquí estoy, a ver qué es eso tan confidencial que quieres contarme.

-Vamos a una de las mesas. –dirigiéndose a uno de los camareros pidió un gin tónico de Larios-

-Es sobre Eloísa –notó como Tasio se sorprendía, aunque no dijo nada-

-¿Tenéis problemas?

-No exactamente, mira... –no sabía como plantearle la situación-. Bueno, el caso es que Eloísa se comporta de una forma algo violenta últimamente, y temo que haga alguna tontería. ¿Recuerdas aquel asunto antiguo que te encargué investigar cuando ella estaba liada con Jacob y yo con Inés?

-Sí, claro, pero aquello terminó hace varios años. ¿No?

-Hombre, la relación terminó, pero todavía quedan coletazos, y precisamente de ello es de lo que te quería hablar. Temo que Eloísa haga una locura. Además, ahora sabes que estoy escribiendo mi biografía novelada, y creo que ha sido otra tonta idea mía, porque ha resucitado muchas cosas y creo que puede ser el desencadenante de alguna tragedia.

-¿Tan grave es?

-Quizá no, pero puede que sí. Necesito tu ayuda para averiguarlo y si puede ser para evitarlo.

-¿Qué debo hacer entonces?

-Necesito que sigas a Eloisa durante un par de semanas a todas partes. Algo como lo que hiciste en 1982 cuando te encargué aquel primer trabajo, pero más a fondo porque ahora no estamos hablando de sexo sino de cosas más graves. Y por supuesto, además de la discreción que siempre te pido, te pido también un cariño especial en esta investigación. Gástate lo que haga falta y si es necesario, siempre que sea de confianza, búscate ayuda.

-Prefiero trabajar solo y ahora no tengo nada entre manos. ¿Cuándo empiezo?

-Ya mismo, nos veremos los lunes y los jueves a estas horas aquí mismo, salvo que encuentres algo realmente importante, en cuyo caso te ruego que te pongas en contacto conmigo de inmediato.

-Hecho. De todos modos, yo necesitaré más datos por tu parte. Quiero saber qué es lo que temes, qué está ocurriendo en tu casa, si actualmente tenéis algún lío por ahí, o cualquier otra cosa, creas que esté relacionada o no con el asunto.

-Sin problemas, si quieres te puedo hacer ahora mismo un pequeño resumen y conforme vaya avanzando la investigación, profundizamos todo lo que quieras.

Héctor acabó de un solo trago la mitad del gin tónico que le quedaba y dejó un billete de mil pesetas sobre la mesa. Salieron sin esperar el cambio.

Héctor subió a su BMW y salió en dirección al puerto. Tasio se fue caminando hasta su casa mientras pensaba en lo que había estado comentando con Héctor. Héctor y Eloísa siempre habían hecho una pareja muy extraña, llevaban ya casados veinticinco años, lo sabía, porque además de que él estuvo en la boda, Héctor le había hablado el otro día de que estaba preparando las bodas de plata, ¿o no eran las de plata? Bueno, el caso es que estaba seguro de que hacía un montón de años que estaban casados. Tenían un solo hijo que tendría poco menos de esos veinticinco años, porque la pareja se casó de penalti, como entonces se llamaban a estas cuestiones de ir tres a la boda. El chaval se dejó pronto los estudios y estuvo unos años a la sombra de su padre, el chico prometía, pero evidentemente no le gustaba estudiar. Ahora trabajaba en una empresa relacionada con la informática. La verdad es que el sistema educativo, al menos aquí en España, siempre ha sido muy deficiente, y no se ha sabido adaptar a las distintas necesidades de cada persona. A uno intentan hacerle aprender de memoria una serie de estupideces que no le servirán para nada en un futuro, ni en su vida ni en el mundo laboral, y pocas cosas prácticas se pueden aprender. De ahí que mucha gente termine su carrera con grandes desconocimientos de cosas necesarias por una parte, y con un bagaje de conocimientos inútiles por otra, conocimientos que sin duda irá olvidando poco a poco en el transcurso del tiempo, precisamente por su total inutilidad. Cuántas horas perdidas en los estudios con los codos sobre la mesa con el único fin de aprobar un examen inútil.

Héctor y Eloísa fueron durante un tiempo una pareja envidiada por los demás, a pesar de haberse casado tan jóvenes, la cosa les funcionó bien durante mucho tiempo, luego vino la crisis, la primera de las crisis porque luego vinieron otras. A los seis o siete años de casados se liaron con sus respectivos amantes y ahí empezaron sus problemas, aunque posiblemente, de no haber derivado la cosa por ahí, hubieran acabado separándose como tantas otras parejas a las que se les había agotado la magia del amor. Nunca se sabe qué puede resultar mejor, una vez tomada una decisión que no tiene marcha atrás. Héctor le encomendó entonces una investigación para que siguiese a Eloísa. Fue muy desagradable, porque algunas de las sospechas

de Héctor eran ciertas y así se lo tuvo que informar. En realidad, aunque todo había parecido idea de Héctor, Eloísa ya estaba liada con Jacob mucho antes de ocurrir aquello. Los desenfrenos sexuales con Jacob eran continuos y Eloísa parecía insaciable. Luego apareció en escena Hervé un divorciado más joven que Jacob, de origen francés que acabó liándose con el propio Jacob. Esto enfrió algo la relación de Eloísa con él, aunque no dio fin a la misma. Jacob jugaba a dos barajas y lo mismo se acostaba con uno como con la otra. Finalmente Hervé y Jacob formaron pareja estable y se fueron a vivir juntos. Eloísa acabó con su relación sexual con Jacob, aunque mantuvo su amistad con él, y Héctor siguió liado un tiempo con Inés. Pero claro, aquello no podía durar. A Eloísa se la comían los celos y todo eran presiones para que Héctor abandonase a Inés. Eloísa lo amenazaba con liarse con el primero que pillase, aunque a esas alturas a Héctor ya le daba todo igual, o al menos eso era lo que parecía. Eloísa quería saber cada detalle de su relación con Inés, le increpaba cada día, y no lo dejaba dormir hasta que Héctor no le había dado el parte diario. Relación que por otra parte había sido también muy problemática según el propio Héctor le había contado a él. Durante mucho tiempo Héctor e Inés no pudieron hacer el amor porque la erección le era totalmente imposible con ella, a pesar de que con Eloísa seguía funcionando perfectamente. Héctor llegó a pensar que estaba poseído por algo desconocido que le impedía las relaciones fuera del matrimonio. Además, cada vez de forma más inconsciente, deseaba a su mujer de una manera desasosegada y descontrolada, estaba como poseído. Ella hacía con él lo que le venía en gana y finalmente le dio el temido ultimátum. Héctor se lo contó un día entre llantos; Eloísa lo había obligado a abandonar a Inés, sin más explicaciones y finalmente claudicó, no se pudo negar, necesitaba a Eloísa de forma pasional e incontrolada. Eloísa lo había rodeado de algo que él desconocía y que no comprendía, y no podía estar sin ella. A Héctor le costó sincerarse con él, pero finalmente se lo contó todo. De ahí que conociera con tanto detalle las relaciones sexuales de su amigo con Eloísa y con las otras, porque hubo otras después de Inés, pero las cosas fueron de otro modo.

Héctor se había convertido en el perro faldero de Eloísa y sexualmente era un completo esclavo. Lo hacían cuando a ella le venía en gana y como ella quería, y en más de una ocasión compartieron cama con otras personas para satisfacción de las fantasías sexuales de ella. Eloísa, además, tuvo alguna que otra aventura fuera del matrimonio, aventuras que luego le contaba en la cama a Héctor, lo humillaba y a veces incluso lo obligaba a que le hiciese el amor cuando todavía olía a otro hombre. Todo esto, en vez de repugnarle a Héctor, lo excitaba, hacía que cada vez deseara más a Eloísa, y ella se aprovechaba de la situación, hacía lo que le venía en gana y utilizaba sexualmente a su marido como le apetecía. Muy complicada, cuanto más lo pensaba Tasio, más complicada le parecía la extraña pareja. Y ahí estaban, veinticinco años después felizmente casados, al menos en apariencia. Ahora le había pedido que la siguiera de nuevo, pero se notaba preocupación en la voz de Héctor, en realidad, Tasio había adivinado y sabía que no se equivocaba, que lo que pretendía Héctor era proteger a su mujer, no sabía bien de qué, pero era evidente que quería protegerla de algo. Héctor seguía enamorado y encoñado con Eloísa. Tasio prefirió iniciar la investigación sin ideas preconcebidas, por lo que de momento no le preguntó nada más a Héctor, quería seguirla un par de días, y luego ya preguntaría más cosas, era su forma de actuar, sabía que cuando empezaba una investigación con alguna idea preconcebida, inconscientemente dejaba de lado senderos importantes y se cegaba por lo que creía que era el centro de la investigación, cuando en realidad no era más que un faro fantasma que lo hacía apartarse de la realidad. ¿Qué le preocuparía a Héctor? ¿Podría estar relacionado con el contenido de su autobiografía? Sabía que Héctor nunca daba sus libros a leer a nadie antes de publicarlos, salvo a Eloísa que leía cada día lo que Héctor había escrito. Eloísa era su musa y su mayor seguidora, y según muchas veces le había confesado a Tasio, sus novelas cambiaban de rumbo cada día por los comentarios que le hacía Eloísa. Algunas novelas eran más de ella que de él. Es cierto que él era quien sabía plasmar las ideas sobre el papel de forma que les daba un encanto y una coherencia que sus lectores adoraban, pero no era menos cierto que muchas ideas eran de ella, y que muchas de las novelas que había

iniciado con ideas de él mismo, acababan convirtiéndose en algo totalmente distinto a lo que había pensado inicialmente conforme se acercaban al desenlace, pero eso no lo sabía nadie. Según le dijo Héctor, estas cosas solo se las contaba a su mejor amigo, y Tasio era su mejor amigo, y Tasio desde luego no se lo contaba a nadie. ¿Qué contendría la autobiografía que leída por Eloísa hubiera podido provocar alguna situación alarmante? Conociendo la vida que habían tenido, no era de extrañar que si Héctor había sido demasiado sincero en algunas cuestiones, la imagen de Eloísa podía quedar dañada, aunque por otra parte, la dependencia de Héctor era tal, que Tasio no imaginaba posible que pusiera en la autobiografía algo que pudiera perjudicarla a ella. La autobiografía era novelada y simplemente estaba basada muy ligeramente en la realidad, o al menos eso era lo que Héctor le había dicho, pero en el fondo estaba convencido de que en ese maldito libro se encontraba la clave de todo. Ya lo tenía planeado, seguiría a Eloísa un par de días para hacerse una primera visión de conjunto, y luego le pediría a Héctor que le dejase leer lo que había escrito hasta la fecha, de aquel libro. No aceptaría un no por respuesta, al fin y al cabo, aquello estaba relacionado con la investigación, y Héctor no podía negarse a darle facilidades en beneficio de lo que pudiera averiguar.

Eloísa estaba en el baño, con la bañera llena de agua cuasi hirviendo y con cuatro dedos de espuma provocada por una mezcla de gel, sales de baño, champú y depilador. Eloísa pasaba horas dentro de la bañera, la relajaba, podía soportar temperaturas que a otras personas les parecían abrasadoras, de hecho nunca podía bañarse con Héctor porque a él le gustaba el agua más bien fría, o al menos no tan enormemente caliente como a ella. Los poros se le abrían y limpiaba su piel con profundidad, cada centímetro, depilándose las piernas, los brazos y los sobacos, y aquella línea de pelos que le bajaban desde la parte inferior del ombligo hasta el comienzo del pubis. Una línea de pelos que parecía una fila de hormigas que se

dirigían al hormiguero que era la misma zona umbilical. Eloísa odiaba esos pelos, por lo que continuamente los estaba eliminando, pero estos se empeñaban en su intento por volver a aparecer, cada vez más lustrosos y con mejor cara. También tenía pelos en la espalda, encima del culo, en el pequeño hueco que se formaba en el centro de la espalda. Estos eran más finos y suaves, pero eran los más molestos porque le costaba quitárselos por su posición de retaguardia. Se la veía feliz, el cuarto de baño parecía el centro de Londres en un día de niebla intensa, al espejo le costaría recuperar su propiedad reflejante, cubierto como estaba de una espesa capa de vaho húmedo.

Eloísa a veces se depilaba también el pubis y con su pequeño cuerpo parecía una niña, aunque esta operación no la hacía muy a menudo porque cuando volvían a salirle los pelos se pasaba varios días rascándose y además algunos de ellos le pinchaban entre las piernas.

Cuando salía del baño se secaba con cuidado todo el cuerpo y se ponía sus cremas de rejuvenecimiento en la cara y en las tetas, y leche hidratante en todo el cuerpo, se pintaba las uñas de las manos con esmalte rojo, y cuando estaba inspirada hacía lo mismo con las uñas de los pies. Tenía unos pies griegos que no le gustaban, el dedo índice sobresalía de forma exagerada sobre los demás. A ella le hubiera gustado tener unos pies egipcios, más armónicos, con el dedo pulgar más largo y los otros en orden descendente. Aunque en realidad era más cómodo tener pies griegos que egipcios porque la mayoría del calzado estaba diseñado para este tipo de pies, a pesar de que había leído en alguna parte que estadísticamente solo un 12'5 por ciento de la población tenía los pies griegos.

Se pintó las uñas de los pies, sí, hoy se las iba a pintar. Con una piedra pómez se limó unas pequeñas impurezas de los talones, y se retocó con una maquinilla de afeitar de Héctor los bordes del pubis, perfilándolos y convirtiéndolo en un perfecto triángulo isósceles. Se puso un poco de desodorante en los sobacos que le escocieron, miró la etiqueta y efectivamente era de los que contenían alcohol, nunca se acordaba de mirar que no tuvieran alcohol cuando los compraba.

Se puso unas braguitas blancas tipo tanga, con encajes delicados en su parte delantera, y decidió no ponerse sujetador. Tenía unos pechos pequeños que le permitían poder hacer eso de vez en cuando sin que peligrase demasiado su estabilidad, aunque con la edad ya habían empezado a caérsele ligeramente. Se miró en el espejo y no vio nada más que vaho. Salió del cuarto de baño y se miró en el espejo del dormitorio, un espejo de cuerpo entero. Se bajó delicadamente las bragas para comprobar el acabado de su depilación y se las volvió a poner. Estaba satisfecha. Tenía cuarenta y seis años, pero seguía teniendo un cuerpo de niña ya adolescente, pequeño pero bien formado, con cuarenta y pocos kilos. Todavía podía ponerse el traje de boda, después de veinticinco años, apenas había engordado un par de kilos. Estaba satisfecha consigo misma.

CAPÍTULO III

Tasio esperaba verla con cara de preocupación o de pocos amigos, quizás enfadada, pero se sorprendió al verla salir de casa rebotante de felicidad, estaba muy guapa, siempre solía estar guapa, pero se podía decir que lo estaba más de lo normal. Su andar era enormemente elegante, con sus zapatos de tacón de aguja sus pasos eran cortos, y movía cadenciosamente su pequeño culo de forma muy sensual. Tenía el culo en forma de manzana, como a él le gustaban, nunca le habían gustado las mujeres con el culo en forma de pera, ni las que tenían enormes masas de celulitis alrededor del mismo, tampoco le gustaban las mujeres grandotas, aunque tuvieran buenas tetas, en definitiva, tenía que admitir que Eloísa era su tipo de mujer, además era encantadora en el trato, sensual y morbosa, muy morbosa. Era difícil mantener

una conversación con ella y no pensar en el sexo al menos una docena de veces. Los zapatos eran abiertos por delante y dejaban ver unas uñas recién pintadas. Las uñas de las manos, larguísimas, también estaban pintadas del mismo color fuego. Llevaba una falda muy corta y unas medias grises. La falda era negra y contrastaba con una blusa blanca. Se le adivinaban los pezones y los pechos pequeños pero cimbreantes evidenciaban la carencia de sujetador. Llevaba colgando del hombro un pequeño bolso negro que Tasio se imaginó lleno de pequeños trastos inútiles. Siempre que había tenido ocasión de ver el contenido del bolso de una mujer, bien por curiosidad o bien en el desarrollo de alguna de sus investigaciones, se había encontrado con toda clase de sorpresas y cosas inesperadas, además de totalmente inútiles desde su punto de vista masculino. Además, había mujeres que lo usaban de papelera, y mantenían en su interior paquetes de tabaco terminados, envoltorios de chicles y caramelos, alguna servilleta con anotaciones a lápiz, y todo ello mezclado y enrevesado con un par de juegos de llaves que luego nunca encontraban cuando las necesitaban, clínex, algún pintalabios, condones, encendedores, las más precavidas llevaban algún par de medias de repuesto, también se podían encontrar entradas de cine o de teatro de meses atrás y un sinfín de cosas inidentificables.

La había estado esperando en el interior del coche durante un par de horas, después de asegurarse de que estaba en casa mediante una llamada telefónica que cortó cuando ella cogió el teléfono. No sabía si tenía servicio para controlar quien llamaba, por lo que tuvo la precaución de llamar desde una cabina cercana. Su teléfono móvil tenía la opción de realizar la llamada de forma anónima, pero no se fiaba de sus habilidades de programación y temía meter la pata.

Llevaba un Opel Corsa de alquiler porque Eloísa conocía su Ford Escort ranchera, la verdad es que siempre había pensado que tenía que cambiar de coche porque había muy pocos Escorts ranchera y acababa llamando la atención si tenía que seguir a alguien. Imaginaba que ella cogería su Citroën Xsara que tenía aparcado en la puerta, pero se volvió a equivocar, vio que pasó de largo y siguió a pie calle abajo. Si la seguía en el coche se iba a dar cuenta de inmediato, si la seguía a pie y ella se subía

al coche de otra persona, no iba a poder seguirla. Mientras pensaba si la seguía de un modo u otro, vio como entraba en la peluquería que había en la misma esquina. No haría falta moverse de momento, la esperaría en el coche. La verdad es que odiaba aquellas largas esperas. Las odiaba porque aunque le gustaba leer, no podía hacerlo porque si leía no controlaba nada a su alrededor, a veces se entretenía escuchando la radio, aunque en una ocasión, después de pasarse una noche en vela oyéndola, cuando intentó poner en marcha el coche para seguir a la persona que estaba vigilando, la batería hizo un sonido sordo y ahogado que acabó muriendo sin que el coche arrancara. Desde entonces, oía pocas veces la radio con el motor parado. Es cierto que aprovechaba las esperas para pensar, pensar en la investigación, y pensar en sus problemas personales, cotidianos, pensar en lo que había sido su vida hasta el momento, pensar en los motivos que tenía, o quería tener para no casarse, pensar en sus necesidades sexuales que tenía que atender. Muchas veces, las largas esperas acababan en una especie de depresión producida por malos y repetitivos pensamientos. Llevaba ya casi veinte años de detective, y lo cierto es que no se podía quejar, vivía bien y no le faltaba de nada, incluso tenía ahorrados algunos millones para cuando decidiera retirarse. Vivía en un lugar pequeño pero céntrico y cómodo, y no necesitaba nada más, pero se sentía solo, muchas, demasiadas veces, se sentía solo. La soledad le gustaba, pero le gustaba mientras podía controlarla, mientras era él quien decidía aislarse y mantenerse a solas del mundo, pero cuando necesitaba compañía se daba cuenta de que vivir solo resultaba triste, reconfortante a veces, pero triste las más de las ocasiones. Quizás algún día encontrara a una mujer a quien no temiera, alguna mujer que le transmitiera seguridad, alguna mujer con la que compartirlo todo, lo bueno, lo malo, y lo ni bueno ni malo. Pero tenía casi cincuenta años y no había conocido ninguna mujer con la que compartir su vida más allá de un par de meses. Por otra parte, su trabajo tenía horarios extraños, o mejor dicho, no tenía horarios, y lo mismo tenía que pasar una noche en casa que en el coche, o en el banco de algún aeropuerto, y eso era difícil de compartir, era difícil encontrar una pareja que se acostumbrara a ese tipo de vida, aunque posiblemente, dentro de cinco

o seis años, si decidía retirarse y vivir de sus ahorros, entonces, posiblemente sería más fácil encontrar a alguien con quien compartir lo que le quedara de vida, pero entonces tendría ya cincuenta y cinco o más años. ¿De verdad podría creer que sería más fácil encontrar a alguien a esa edad? Quien sabe.

Eloísa llevaba ya más de dos horas en el interior de la peluquería, a Tasio le dolía todo, allí embutido en el interior de aquel minúsculo coche. ¿Cómo podían estar tanto tiempo las mujeres en la peluquería? Cuando él iba al peluquero acababa en veinte minutos. Las mujeres, entre los tintes, las mascarillas, las “permanentes”, las mechas, el secador, que si un lavado, que si otro lavado, un retoque, otro retoque, córtame un poco más del flequillo, este tinte me ha quedado un poco más claro que el del mes pasado, otra capa de tinte, otro lavado, otro secado, y las conversaciones de la peluquería, las interminables e insulsas conversaciones de peluquería, solo comparables con el montón de revistas inútiles que su peluquero decía que eran de medicina, por aquello del corazón. Tasio iba a una peluquería mixta, donde lo mismo iban mujeres que hombres, y los veinte minutos que pasaba aseándose el pelo, eran una tortura, el peluquero acababa siguiéndole la corriente a todas las mujeres, parecía disfrutar con ello, Tasio estaba convencido de que su peluquero era incluso más maruja que la más recalcitrante de sus clientas, y por eso le resultaba fácil sonsacarles hasta lo más íntimo. En la peluquería se hablaba de todo aquel y aquella que no estaba presente, del vecindario y de los famosos, de las suegras y de los artistas de cine, de los cuernos y de los embarazos sospechosos. La peluquería ha sido siempre un nido de chismes de todo tipo. Lo que llega a la peluquería acaba expandiéndose y propagándose hasta el infinito, seguro que el famoso Big Bang que dio origen al universo comenzó en el interior de la peluquería de alguna lejana galaxia.

Eloísa salió de la peluquería, Tasio cesó en sus pensamientos inconexos y volvió a observarla desde el interior del coche, había entrado guapa, pero tenía que admitir

que había salido despampanante, la larga incubación en la peluquería había valido la pena. Su larga cabellera estaba como rejuvenecida y sus ondulaciones eran más elásticas, con más movimiento, más vida. Eloisa subió al Xsara, Tasio puso en marcha el Corsa y la radio.

Julio tenía treinta y cinco años, se había independizado recientemente de sus padres, con los que había estado viviendo hasta el verano pasado. Nunca había sido mujeriego, aunque era guapo y resultaba bastante atractivo para aquellas mujeres que buscan alguien delicado y sensible, y no al típico macho hispano. Era casi barbilampiño, posiblemente por su lejano origen indio. Su tatarabuela dicen que era india americana. No era ni rubio ni moreno, tenía una tonalidad de pelo poco común, muy liso, melena corta, ojos ligeramente, muy ligeramente oblicuos, y grandes, curiosos, delgado, un metro ochenta. Julio siempre había sido muy tímido, y después de tantos años viviendo con sus padres, había decidido irse a vivir solo, porque entre otras cosas, se avergonzaba de seguir como mantenido de sus progenitores, aunque colaboraba en el sostenimiento familiar con parte de su sueldo de cajero de supermercado. No era virgen, pero casi, a sus treinta y cinco años, apenas había tenido un par de breves encuentros sexuales con mujeres, y un intento frustrado con un compañero de colegio. Siempre se había sentido como un bicho raro, y las mujeres no lo habían atraído nunca excesivamente. Tampoco los hombres, en realidad, su instinto sexual parecía bastante apagado. Ese estar en medio de todo y no acabar de tener las cosas claras, fue lo que en el instituto, con apenas diecisiete años, lo llevó a una primera experiencia sexual con un compañero suyo, mucho más espabilado y avezado en las lides sexuales, que vio en él un homosexual en potencia. Se hicieron amigos, fueron un par de veces al cine, y en plena GUERRA DE LAS GALAXIAS, mientras escuchaba aquella famosa frase de “que la fuerza te acompañe”, notó que la mano de su amigo se posaba encima de su paquete. No supo qué hacer, y ante la

duda y la sorpresa, decidió no hacer nada, mientras Luke Skywalker seguía con sus aventuras espaciales. Poco después, y sin soltar la mano de donde la tenía, Juan, que así se llamaba su compañero, lo cogió de la parte de atrás del cuello con la otra mano, y le dio un profundo y apasionado beso, introduciéndole la lengua hasta casi rozarle las amígdalas. De fondo se oían los disparos de los láseres de las naves en forma de “X” y de “Y”, aunque dicen que en el espacio, debido al vacío, o a la ausencia de gravedad, en realidad no podrían oírse. Julio se excitó a la vez que sintió unas fuertes ganas de vomitar. Salió corriendo de la sala del cine y tuvo que volver otro día para ver como terminaba la película. Nunca más se volvieron a dirigir la palabra Juan y Julio. Tampoco volvieron juntos al cine.

Unos pocos años después tuvo un par de encuentros con dos hermanas, por separado, primero con la mayor. La relación no tuvo un gran éxito, aunque la chica, prendada del tamaño de aquello que tenía él entre las piernas, no pudo resistir contárselo a su hermana pequeña, quien no paró de acosarle hasta que no tuvo más remedio que enseñárselo. Lo hizo en el patio del instituto, detrás de los cuartos de baño. La chica alargó la mano y le tocó el miembro tímidamente y cuando notó aquel calor y vio que aquello parecía querer crecer más en su dirección, dio media vuelta y salió corriendo. Sexualmente no había tenido ninguna otra experiencia hasta que el otro día, mientras atendía la caja del supermercado, una mujer, algunos años mayor que él, después de pagar la cuenta con la VISA, lo miró a los ojos y le preguntó a qué hora terminaba. Entre balbuceos le dijo que acababa su turno a las ocho.

-Te espero fuera –le dijo ella-

Fueron a casa de él, estaba ordenada y limpia, aunque la cama estaba sin hacer, sólo la hacía los domingos por la tarde, y era jueves. No importó mucho porque de todos modos hubiera acabado deshecha. Aquella mujer tenía una gran experiencia y consiguió hacer con él lo que nunca había soñado ni después de ver una película porno de aquellas que alquilaba de vez en cuando en el videoclub de al lado del supermercado. Recordaba que ella había murmurado cuando le bajó los pantalones y los calzoncillos: “Esto es todo un descubrimiento”. Pero esta no salió corriendo. Nada

de eso. Él apenas hizo nada, fue ella la que lo estuvo cabalgando durante más de dos horas. Cuando él se corrió por segunda vez, y cuando todavía su miembro estaba dentro de la mujer, ella se acarició el clítoris y las tetas hasta correrse salvajemente encima de él, retorciendo el pene de Julio en su interior.

-Volveré otro día –le dijo ella al oído.-

El no tuvo fuerzas para contestar, estaba como flotando. Ella se marchó. Ni siquiera se habían presentado, aunque ella sabía que él se llamaba Julio porque llevaba el nombre en una plaquita de plástico sobre el corazón, como todos los empleados del supermercado, y él sabía que ella se llamaba Eloísa porque lo vio en su VISA. Nada más sabían la una del otro ni el uno de la otra, pero era suficiente.

Eloísa salió de la peluquería eufórica, se sentía llena de vida, olía a limpio. Subió al Xsara, arrancó el motor y miró por el retrovisor, no venía nadie y salió en dirección a Capitanía. Iba pensando en Julio, el chico que había conocido la semana pasada. Cuando estuvo en el supermercado sintió algo extraño al ser atendida por él. Hubiera jurado que era virgen a pesar de que ya era mayorcito. ¡Qué tímido era!. Apenas si habían cruzado una docena de palabras desde el supermercado hasta su casa, y quizás otra docena en su casa. Estaba segura de que el chico, que en realidad ya no era tan chico, la estaba esperando cada día desde entonces, sabía que había causado en él la suficiente impresión como para estar pendiente de la puerta cada día, cada momento. Ella sonreía de satisfacción. Hoy se había estado bañando y depilando con esmero, y hasta había ido a la peluquería. Estaba excitada y quería sexo, pero no con Héctor, o mejor dicho, no solo con Héctor, quería algo más. Había descubierto en aquel hombre, bastante más joven que ella y Héctor, una vitalidad sexual latente increíble. Estaba dispuesta a volver a verlo, y de hecho se dirigió a su casa sin avisar. Eran las ocho treinta, llamó a su puerta. Julio abrió, estaba en calzoncillos. Ella sonrió.

Tasio la siguió hasta un parking cerca de Capitanía, aparcó su Corsa a unos cien metros del Xsara de ella. La siguió con mucha precaución, se había puesto un pequeño bigote postizo por si se giraba y lo veía de lejos, que no pudiera reconocerlo a la primera. Las precauciones apenas fueron necesarias porque ella parecía no percatarse de lo que ocurría alrededor.

Entró en un portal y pudo ver que subía a un tercer piso por el indicador del ascensor. Él subió a pie al tercer piso, había dos puertas. En una de ellas vivía un matrimonio, según se deducía de una pequeña placa metálica, en la otra no ponía nada. Tasio supuso que Eloísa había entrado en esta segunda. La luz del pasillo se apagó, Tasio no la volvió a encender, se sentó en los escalones dispuesto a esperar unos minutos. Volvió a pensar en su jubilación y en su soledad, volvió a pensar en lo difícil que sería encontrar a alguna mujer que se interesara por un viejo gordo sin demasiado dinero. Oyó unos gemidos y ruido de cama, el ruido característico de cuando no se usa para dormir. Los gemidos y los ruidos de cama siguieron durante un buen rato, de pronto el silencio. Tasio se levantó y bajó por las escaleras, se fue hasta la otra esquina y esperó intentando pasar desapercibido. Debía averiguar quien vivía en aquella casa y no estaría de más poner algún micrófono, e incluso alguna microcámara por si se repetía la ocasión. Eloísa tardó casi otra hora en bajar a la calle, se la veía igual de guapa, aunque ligeramente más despeinada, sólo ligeramente. La siguió hasta el parking, y luego hasta su casa. Dejó el coche en la calle y subió. Tasio decidió esperar un rato más, aunque había visto luz en casa de Héctor y supuso que estaba en casa. No creía que fuera necesaria más vigilancia esa noche.

Héctor estaba haciendo la cena, le gustaba cocinar. Esa noche no estaba haciendo nada especial, simplemente una patatas fritas, eso sí, con aceite de oliva, y unos filetes de ternera, todo acompañado con una ensalada aliñada con un buen vinagre. Su hijo estaba en casa de un amigo, esa noche cenaría a solas con Eloísa. Seguía preocupado por su comportamiento, temía que hiciera alguna barbaridad, y esperaba que su amigo lo avisase rápidamente si veía alguna actuación peligrosa en ella.

Eloísa entró en casa sonriente, le dio un pequeño beso en la boca.

-Tengo una sorpresa para ti esta noche.

-¿Ah sí? ¿De qué se trata?

-Si te lo digo no hay sorpresa.

-¿Has estado en la peluquería?

-Me alegro de que se note. ¿Te gusta?

-Estas muy guapa, aunque siempre estas muy guapa. —era sincero—.

-Tú siempre tan cumplidor.

Cenaron mientras veían en la televisión una de esos horribles telefilms de extraterrestres sin ningún sentido, al cual no le prestaron la menor atención, al menos él.

Se fueron temprano a la cama.

Eloísa se fue al cuarto de baño después de cenar y se limpió los dientes, pero no se lavó, sabía que olía a sexo y a Julio, pero conscientemente no eliminó esos rastros de su cuerpo.

Se desnudó y se metió en la cama con Héctor. Héctor llevaba todavía los calzoncillos. Eloísa cambió el tono suave de su voz por otro más severo, más duro, y le espetó, más que le dijo, que se quitara los calzoncillos. Eloísa apagó la luz, Héctor sintió una fuerte excitación, como siempre le ocurría cuando ella le hablaba en la cama en ese tono. Era síntoma de que tendrían un encuentro sexual.

-Ven aquí encima.

Él la obedeció y se puso encima de ella, a horcajadas.

-¡Huéleme!. Toda.

Héctor se puso a olerla. La olía sonoramente mientras arrastraba su nariz y sus labios por todo el cuerpo de ella. Olió cada rincón de su cuerpo, principalmente debajo de las axilas que era lo que más lo excitaba. Le olió también las ingles y el sexo, volviendo hacia arriba oliéndole el ombligo y los pechos. Ella le había cogido el pelo y le dirigió la cabeza de nuevo hacia su sexo, para que él siguiera oliendo, luego tiró de él y lo besó. Después de besarlo acercó sus labios mojados al oído de él y comenzó a susurrarle.

-Vengo de follar con otro tío -el cuerpo de él se tensaba mientras dejaba escapar un ligero gemido contenido-

-No me he lavado para que puedas sentir su olor, su olor mezclado con el mío...

Estaba tomando un café en Cánovas, mientras esperaba a Héctor. Era pronto todavía, pero así se relajaba un poco. Se relajaba y pensaba en cómo contarle a Héctor lo que había averiguado hasta la fecha. Lo había llamado por teléfono y le había dicho que necesitaba una copia de lo que tenía escrito hasta hoy de la biografía, y luego quería todo lo nuevo que fuese escribiendo o modificando. Héctor se mostró reacio, pero finalmente aceptó su petición y suponía que se la traería ahora mismo. Esperaba que Héctor no se tomara demasiado a mal el comportamiento licencioso de su esposa, aunque después de aquella noche, ya todo fue más bien normal, normal y aburrido. Tasio averiguó que aquel hombre se llamaba Julio Vargas y que trabajaba en un supermercado atendiendo una de las cajas. También averiguó que era soltero y vivía solo. No se le conocía ninguna relación estable, ni ningún vicio además del de fumar pitillos.

Tasio había ido a La Tienda del Espía, en una de las esquinas de la calle del Antiguo Reino de Valencia y había comprado una cámara vía radio V4111, como otra que ya había utilizado en su última investigación para la Bayhar. La otra la perdió, o mejor dicho, no pudo recuperarla de donde la había instalado, pero no tenía excesiva importancia porque su precio no llegaba a las 60.000 pesetas. La cámara le permitía grabar incluso prácticamente sin luz y utilizaba como receptor un ordenador portátil que le había dejado un amigo suyo, también del oficio. La cámara no necesitaba cableado, esa era su principal ventaja, y la calidad de transmisión era aceptable. Lo complicado fue encontrar un lugar apropiado donde esconderla de manera que se pudiera grabar la cama. Entrar en la casa, curiosamente fue mucho más fácil. Julio nunca daba la vuelta a la llave, y era una vieja puerta de las de pestillo corriente, la pudo abrir con una VISA antigua que guardaba en la cartera para esos casos, aunque normalmente resultaba más complicado entrar en algún domicilio ajeno. A Tasio tampoco le preocupaban las cuestiones morales de entrar a casas ajenas y grabar conversaciones o imágenes, intervenir los teléfonos y cosas así, sin ningún tipo de autorización judicial. En realidad le divertía poder informar a sus clientes de estas cuestiones, aunque muchas cosas no las podía poner por escrito para evitarse problemas con la Ley. Encontró primero un sitio apropiado fuera de la habitación, pero tenía el inconveniente de que si cerraban la puerta, se iba a quedar a dos velas. Finalmente encontró un lugar en una de las esquinas del armario. Era un armario grande y viejo, muy recargado, cuestión que ayudó a disimular la cámara. Aun así, estaba convencido de que la descubrirían si la dejaba mucho tiempo. Eloísa no volvió desde aquel día, pero Tasio pudo comprobar el buen funcionamiento de la cámara. Pudo comprobar que el tal Julio se empezaba a poner muy nervioso a la hora en que el otro día acudió Eloísa. Empezaba a dar vueltas por la habitación, salía, volvía a entrar, y una hora después, o quizás algo más, se acostaba, apagaba la luz y se masturbaba. Así cada día. El primer día, Tasio se llevó una sorpresa. Cierto que con la luz apagada no se veían las cosas demasiado claras, pero gracias al sistema de

infrarrojos la imagen era suficientemente válida. Se veía poco, pero el tamaño de aquella verga se apreciaba con claridad. En la vida he visto cosa igual, pensó para sí. Héctor entró por la puerta del restaurante y se acercó a la barra saludando a dos camareros con los que se cruzó. Pidió un gin tónico de Larios.

-Hola, qué tal –saludó a Tasio-

-Bien, aquí, con el cafecito.

-Toma –le acercó un sobre abultado- Ahí tienes lo que tengo escrito hasta ahora. Ojo, es totalmente confidencial, tan pronto lo leas debes de devolvérmelo, y no quiero que hagas copias, sería una putada que alguien se me anticipara y lo registrara en Propiedad Intelectual.

-Puedes estar tranquilo, nadie te va a quitar tus derechos. ¿Lo ha leído Eloísa?

-Sí, cada vez que escribo algo nuevo lo lee, se empeña en que le imprima cada página.

-¿Y te ha hecho algún comentario? Algo en especial que no le guste.

-No, nada. Algunos pequeños cambios sin importancia de nombres y lugares, pero nada más, en realidad, aunque la quiero vender como autobiografía, hay más ficción que realidad, como de hecho advierto en la introducción. Lo monto como autobiografía, simplemente para crear más morbo y más expectación hasta su publicación, creo que puede ser un gran éxito, pero quiero guardar gran parte de mi intimidad, no quiero dar a conocer mis trapos sucios.

-Resultará un poco complicado. ¿No?

-No demasiado, en realidad, la excusa perfecta es la de realizar un entramado policíaco, con algún crimen de por medio, y mencionar alguna de mis otras obras, en fin, convertirme en protagonista de una de mis novelas de ficción. El título quiero que sea comercial, de momento tengo pensado el de CONFIESO, es corto y creo que impacta suficiente. En la campaña de lanzamiento que quiero preparar unos meses antes de la edición será donde mi editor y yo aclararemos que se trata de una más de mis obras de ficción, pero con algunos datos reales mezclados, de manera que nadie

sabría nunca lo que es cierto y lo que no lo es, y se crearía con ello la suficiente polémica.

-Yo ya he empezado el trabajo. Como verás, hasta ahora no te he preguntado nada, y lo primero que he hecho hoy ha sido pedirte la novela. He actuado de ese modo porque no quería tener ninguna idea preconcebida, quería simplemente ver qué es lo que pasaba en estos días y luego profundizar. Pero ahora creo que ha llegado el momento de que me cuentes realmente cuales son tus temores, y en qué te basas para creer que tu mujer puede hacer algo inconveniente.

-Tasio –la voz de Héctor se hizo más profunda, a la vez que hablaba con un tono de voz más bajo-. Temo que Eloísa sea capaz de un crimen.

- Un crimen?

-Si

- A quien se supone que se va a cargar?

-A Inés

-Pero...  Por qué?  Qu  te hace pensar una cosa así?

-No s , son una mezcla de sentimientos, y por otro lado sus propias palabras. Como sabes, hace ya varios años que Inés y yo dejamos nuestra relación sexual-amorosa, pero seguíamos siendo amigos y debido a nuestro trabajo, nos veíamos a menudo y mantuvimos algunas conversaciones telefónicas, e incluso algunos e-mail. Luego dej  el bufete y empecé a escribir, o mejor dicho, empecé a escribir y dej  el bufete. Ello hizo que la relación entre Inés y yo se distanciase todavía algo más, lo cual calmó ligeramente los ánimos de Eloísa, pero no del todo, porque seguimos hablando por teléfono. Cuestiones sin importancia, ella me hacía algunas consultas del trabajo, y aunque yo hace tiempo que lo dej , la ayudaba en alguna cosilla del bufete. Todo cosas sin importancia. En cierta ocasión Eloísa me acusó de estar viéndome a escondidas con Inés, cosa que naturalmente negué.

- Te veías con ella?

-No, en absoluto, en realidad no me atrevía. No me atrevía porque Eloísa tiene un sexto sentido muy desarrollado y siente vibraciones de todo tipo. Sé que no podría engañarla.

-¿Entonces?

-¿Entonces qué?

-¿Por qué crees que ella sentía eso si no era cierto?

-No lo sé, supongo que tampoco será infalible, quizás lo que sentía era el peligro latente, o mi posible deseo hacia Inés, no lo sé, el caso es que yo no tuve nada que ver sexualmente con Inés desde que la dejé.

-¿La dejaste tú?

-Sí, ya te lo conté, me vi obligado a dejarla. Eloísa no estaba dispuesta a que yo continuara con la relación.

-¿Y qué ha ocurrido ahora que te hace temer por Inés?

-No temo por Inés, temo por Eloísa, por lo que pueda hacer y de lo que se pueda arrepentir después. Han sido varias cosas, hace unos meses escuchó un mensaje en el contestador que había dejado Inés, y se mosqueó por el tono de voz de Inés, más que por el contenido del mensaje, según ella, el tono era muy "personal". En realidad era una tontería, nada serio, pero ya sabes como son las mujeres. Yo no sabía que hacer para evitar tener problemas con Eloísa, estaba harto de que la situación se alargase tanto a pesar de haber terminado oficial y realmente con Inés, así que le propuse que le diría a Inés que ya no la volvería a llamar ni quería que ella lo hiciera.

Así lo hice, y rompí ya de una forma más definitiva si cabe con ella, ni una sola llamada, nada, ausencia total de cualquier tipo de relación. Tuve que renunciar a mi amistad con Inés para salvar de nuevo mi matrimonio.

-¿Valió la pena?

-Por supuesto, sabes que quiero a Eloísa, aunque creo que no es justo lo que he tenido que hacer, pero no me arrepiento de ello y creo que lo volvería a hacer si se presentase la ocasión.

El caso es que hace pocos días, Inés coincidió conmigo en una cafetería. Puedes imaginar quien entró a continuación. Se puso histérica, y bajo mi punto de vista perdió el sentido de la realidad, amenazó con matarla, con eliminarla definitivamente de mi vida, aunque no en ese momento, en público no dijo nada, dio media vuelta y se largó, la película vino después, en casa, me puso verde.

-Sabes que esas cosas se dicen en momentos de furia, pero no se mata por ello.

-Sí lo sé, pero yo también siento cosas, quizás por los muchos años que llevo con Eloísa. Esas sensaciones que ella nota en las personas, yo acabo notándolas también, menos intensamente, menos certeramente, pero las siento, y también siento las que Eloísa produce, y créeme si te digo que no me gustó nada su aura de ese día. Nada.

-Creo que exageras y que me has puesto a investigar una insensatez.

-Insensatez o no, quiero que sigas investigando y que me informes de todo lo que sepas. Yo sería el primero en alegrarme si estoy equivocado, pero también quiero estar preparado para el caso de que no lo esté.

-Está bien, como quieras, seguiré vigilando, no te preocupes.

-¿Qué tienes que decirme de estos días?

-Nada

-¿Cómo que nada? ¿Qué mierda de detective eres?

-Nada relacionado con el tema de la investigación.

-Oye Tasio, no te quedes conmigo. El tema de la investigación es Eloísa, y por lo tanto, cualquier cosa más importante que una hora en la peluquería, debes de contármela.

-¿Estás seguro de que quieres oírlo?

-Sí, para eso te pago.

-Eloísa tiene un lío.

-Lo sé, me lo dijo ella.

-¿Te lo ha dicho? ¿Y qué piensas hacer?

-Nada.

-Oye tío, de verdad, no te entiendo.

-Mi relación con Eloísa y la forma de llevarla, es cosa mía, sabes que la adoro, que sería capaz de cualquier cosa por ella, y sé lo que debo exigirle y lo que no. Es muy libre de tener alguna aventura si lo cree necesario.

-Ella te obligó a dejar a Inés.

-No hace falta que me lo recuerdes, lo tengo claro.

-Pero moralmente no puede obligarte a eso y luego hacer lo que le venga en gana.

-Eso es cosa mía y de ella. Tú límitate a informarme, no me des consejos.

-Lo hago porque eres mi amigo.

-Y lo agradezco, pero no son necesarios. Si lo necesito te lo pediré. Todo en esta vida es relativo y depende de cómo te lo cojas, todo es importante o no en la medida en que te lo propongas, y nada es lo que parece. La guerra de los cien años duró en realidad 116, los sombreros Panamá se fabrican en Ecuador y no en Panamá, los rusos celebran la revolución de octubre en noviembre, los pinceles de pelo de camello en realidad se fabrican con pelo de ardilla, Jorge VI en realidad se llamaba Alberto, y las grosellas chinas son de Nueva Zelanda. ¿Quieres que siga?

-No, déjalo estar.

-¿Quién es ese tío? –cambió de tema Héctor-

-Creía que no te importaba.

-Yo no he dicho que no me importe. ¿Quién es? Quiero una foto suya, su nombre, su trabajo y su domicilio.

-¿Quieres ver lo que calza entre las piernas?

CAPITULO IV

Tasio estaba recostado en su cama. Debía cambiar las sábanas porque ya empezaban a tener olores extraños. Eso de vivir solo era desastroso para el mantenimiento de la casa. Nunca tenía ni tiempo ni ganas de hacer las tareas del hogar, y el polvo y la ropa sucia se amontonaban por doquier, mezclados con listados de ordenador, libros desordenados y revistas tiradas. Por suerte el piso era muy pequeño, apenas setenta metros cuadrados, de otro modo, la suciedad y los trastos se hubieran expandido en una mayor superficie, no aportando nada positivo a cambio. De ese modo, cada quince o veinte días aprovechaba algún domingo por la tarde, o un día en el que el trabajo no le apremiase, y se dedicaba a reorganizar un poco la vivienda. Ponía un par, o tres de lavadoras y recuperaba todos los calzoncillos y calcetines que tenía tirados. Muchas veces tenía que buscar algún calcetín ya usado para volverlo a utilizar porque no le quedaban limpios. A veces se limitaba a ir a la tienda y comprar otra media docena. Había oído hablar de ropa interior de usar y tirar, aunque nunca la había encontrado en ninguna tienda, si la encontraba, seguro que la usaría y se evitaría un problema. La única tarea que hacía más diariamente era la de plancharse los pantalones y la chaqueta del traje, y alguna camisa, aunque no diariamente, y cada quince días llevaba el traje a la tintorería para una limpieza más profunda. Odiaba calentarse la cabeza por las mañanas para vestirse, de manera que cada temporada compraba tres trajes idénticos y de ese modo no tenía que buscar combinaciones ni pensar en qué traje quedaría mejor para según qué ocasión. Dicen que Albert Einstein hacía lo mismo, su ropero estaba lleno de trajes grises idénticos. El

único símbolo de coquetería que utilizaba Tasio eran las corbatas, tenía un sinfín de ellas de todos los colores y diseños. Era la única prenda que se cambiaba diariamente y cuando estaban sucias las tiraba y compraba nuevas. Había días que pensaba que tenía que contratar a alguien para que le limpiase la casa, pero era muy suyo para esas cosas y prefería tener la casa hecha un desastre, antes de tener que estar pendiente de las idas y venidas de una extraña que además acabara criticando sus costumbres y su vida desordenada. Al fin y al cabo, nunca recibía visitas en casa, a los clientes los atendía siempre en el domicilio de estos, o bien en algún lugar público mientras tomaban café o comían. A nadie le importaba cómo tuviera la casa. Sus padres habían fallecido hace pocos años, su madre era la única persona que se metía con su vida desordenada, pero la mujer lo hacía de corazón y por el bien de su hijito, porque él siempre fue su hijito a pesar de los muchos años que ya iba acumulando. Era hijo único, aunque podía haber tenido un par de hermanos de no haber sido por los abortos que tuvo su madre después de nacer él. Siempre se había criado solo y había hecho cuanto le había venido en gana, nunca le había faltado de nada y desde los dieciséis o diecisiete años hasta los veinticinco en que decidió independizarse, entraba y salía de casa de sus padres a cualquier hora. Muchas veces sorprendía a su madre esperándolo despierta asomada a la ventana a las dos o las tres de la madrugada, la mujer se preocupaba, al fin y al cabo era su hijito, su único hijito.

Él quería mucho a sus padres, sintió mucho su pérdida, separada apenas un año una de la otra. Primero falleció su padre de cáncer de colon, y la mujer quedó tan triste y sola que se fue detrás de él diez meses después sin ninguna enfermedad definida, mas que los achaques normales de la edad. Ya nada la consolaba, a pesar de que Tasio intentaba visitarla más a menudo.

Tasio debía ponerse a régimen, la barriga cada vez le sobresalía más y ya hacía años que compraba los trajes en El Corte Inglés, en la sección de tallas grandes. La primera vez que tuvo que comprar la ropa en esta sección después de comprobar que nada le venía bueno en las secciones habituales, fue traumático para él, pero ahora ya se había acostumbrado. Cada vez le costaba más entrar y sobre todo salir del coche, y

por supuesto, si tenía que seguir a alguien a pié, la cosa se ponía mal, pero estaba harto de regímenes. Durante su juventud, siempre había tenido tendencia a engordar, y continuamente estaba a régimen, perdía kilos y luego los ganaba con mucha más facilidad con que los había perdido, era frustrante y estaba cansado. Cansado de tener que controlar cada bocado que probaba. Hacía al menos siete u ocho años que había dejado definitivamente de controlar su peso, ni siquiera se pesaba, aunque estaba convencido de que había pasado hacía tiempo de los cien kilos, peso más que sobrado para su más bien corta estatura. Si no te cuidas no llegarás a viejo, le decía su madre cada vez que lo veía más grueso, y déjate de fumar esos puros que te van a matar. Tasio en realidad no fumaba gran cosa, únicamente puros y solo después de cenar, también alguno después de una buena comida, o algún purito más pequeño los días en que desayunaba, cosa rara porque normalmente no probaba bocado hasta mediodía, y había veces que ni eso. Lo cierto es que no se explicaba cómo tenía tanta tendencia a engordar con lo que comía. De joven comía mucho más, era cierto, abusaba, pero ahora no comía más que otros que pesaban poco más que la mitad que él. Era injusto, pero darle vueltas al asunto no lo solucionaba, lo mejor era dejarlo estar, y si se tenía que morir unos años antes, pues bueno, se moriría, al fin y al cabo muchos de sus conocidos de la infancia no habían llegado vivos a su edad, los unos por accidentes de circulación, los otros por extrañas enfermedades, y alguno por accidente laboral, él no era un viejo todavía, pero había alcanzado una edad que le permitía ver las cosas desde otro punto de vista. A veces nos obsesionamos por la imagen, por vivir muchos años, por el éxito, por los bienes materiales, cuando en realidad la vida es, o debiera de ser, mucho más sencilla que eso. Unos días atrás vio en televisión una reposición de "Forest Gump". La vida de aquel sencillo ser y la forma en que estaba desarrollada la historia, te hacía ver las cosas de otra manera. Nunca había llorado tanto en una película como con esta, y eso que ya la había visto cuando la estrenaron. Tonto es el que hace tonterías, repetía Gump a lo largo de la película, con su mirada inocente. La vida es como una caja de bombones, nunca sabes lo que te va a tocar. ¿Por qué nos complicamos tanto la vida? Las cosas han evolucionado

muy rápidamente en los últimos años, y cada vez es más necesaria la competitividad entre las personas, siempre hay que conseguir más cosas y con menos tiempo que los demás. Cuanto más ha conseguido una persona, más insatisfecha se vuelve y más quiere seguir consiguiendo, para finalmente morirse de repente de un ataque cardíaco o aplastado por un camión. Cuán absurdo puede llegar a ser todo. Cada vez estaba más convencido de que tenía que retirarse pronto y vivir tranquilamente y con pocos gastos los días o años de vida que le quedaran, sin complicaciones, sin calentarse la cabeza, sin bienes materiales que lo atasen a la sociedad consumista, más allá de una pequeña vivienda donde protegerse del frío y del calor y no tener que dormir en la calle, ni coches, ni motos, ni comida de lujo. Una persona puede vivir con bien poco, y con lo que tenía ahorrado, seguro que podría vivir tranquilamente aunque llegase a los ochenta, cosa por otro lado harto improbable.

Estaba en la cama, recostado, mal recostado con una postura forzada porque le dolía un costado, había poca luz en la habitación, y las manchas de humedad y moho en las paredes todavía la hacían más oscura. Tendría que llamar a un pintor. A pesar de todo estaba leyendo el texto que su amigo le había facilitado. Estaba redactado en Word con una letra clara, parecía una Arial, de mediano tamaño, quizás trece o catorce puntos. Se leía cómodamente, además, el estilo de escritura de Héctor era sencillo, fácilón, no resultaba nunca pesado de leer. Él había leído muchas de sus novelas, aunque no todas, porque no le gustaba leer mucho, y Héctor no paraba de publicar. Eso sí, las tenía todas porque Héctor siempre le regalaba uno de los primeros ejemplares dedicado, tenía incluso algún ejemplar de alguna novela que no había llegado a publicar. Quizás algún día, si necesitaba dinero, hasta valdría un pico su colección, y más, teniendo en cuenta que incluía material inédito. Tenía incluso una copia de una novela que escribió hace un montón de años con una pequeña máquina de escribir portátil, una auténtica joya en papel amarillento, y tampoco estaba publicada.

A pesar de todo, le gustaba leerlas porque siempre veía en ellas parte de su trabajo, parte de sus investigaciones, Héctor le hacía investigar cualquier cosa, que si la vida

de algún actor, que la de alguna prostituta, gente que se dedica a las drogas, a los tatuajes, a los percing, al contrabando, grandes empresas, mafiosos, Héctor hablaba de todo en sus novelas, y muchos datos los había conseguido de él mismo, de sus investigaciones, eso le hacía sentirse orgulloso, incluso pensaba que si realmente llegaba a retirarse, posiblemente siguiera investigando cosas para las novelas de Héctor, solía ser más divertido que su mayores investigaciones sobre espionaje industrial. Recordaba una investigación reciente sobre un grupo de prostitutas, nunca en su vida había hecho tanto el amor y con tantas chicas diferentes en tan corto espacio de tiempo, acabó agotado, pero se divirtió mucho. Luego leyó alguna de sus escenas sexuales en una de las novelas de Héctor, resultaba divertido verse retratado de forma más o menos real como personaje de ficción en una novela que acabarían leyendo miles de personas. Por cierto. ¿Habría Héctor de él en su biografía? ¿Contaría este tipo de detalles y mencionaría su nombre auténtico? No había pensado antes en eso, eso no estaría bien, no, sería abusar de su confianza, y si contaba intimidades de este tipo y por otro lado no contaba las suyas propias y las de Eloísa, sería injusto, muy injusto. Debía leer cuanto antes todo el libro, y si era necesario, actuaría como censor y exigiría que se eliminasen los párrafos que fueran necesarios. Aunque a lo mejor se estaba precipitando, quizás no saliese en la novela, al fin y al cabo, Héctor tenía otras cosas mucho más interesantes que contar en su libro, que su triste vida, pero si él no aparecía en el libro es porque no lo tenía en cuenta, es porque no agradecía sus investigaciones que al fin y al cabo eran la base de sus libros, sería como querer decirle al mundo que todo su mérito era de él y nada de Tasio. No sería justo. Tenía que salir, claro que tenía que salir, pero si se pasaba con los detalles le echaría la bronca, lo que está bien está bien, pero sin pasarse. Aún estaba en la primera hoja donde se podía leer: "CONFIESO, por Héctor Ramos", la novela estaba dedicada a Eloísa. Héctor dedicaba todas sus novelas, incluso hubo una hace tres o cuatro años que se la dedicó al propio Tasio. ¿Cómo era? "A mi amigo Tasio que siempre ha colaborado en mis novelas". Era una novela que resultó bastante polémica porque hablaba de una multinacional importante, y aunque el nombre estaba

cambiado, se podía adivinar fácilmente de quien se estaba hablando. Creía recordar que incluso recibió una demanda, aunque al final no prosperó la cosa.

CONFIESO

Por Héctor Ramos

Esto que tiene entre sus manos, en realidad no es una biografía, aunque podría serlo, ¿Por qué no? Muchos personajes son reales, a algunos se les ha cambiado el nombre, a otros ni eso, otros personajes y lugares son totalmente ficticios, únicamente forman parte de la trama. El lector sin duda sacará sus conclusiones, conclusiones que garantizo que en la mayoría de los casos serán equivocadas. Nunca, ni los más allegados sabrán distinguir entre la realidad y la ficción. Esta es una novela distinta, diferente a las otras mías anteriores. He querido poner en ella una pequeña parte de mi vida, pero aderezada con muchas, muchas cosas ficticias e imposibles. Lo ficticio no debe inmediatamente asociarse a deseos míos incumplidos, insatisfacciones personales, ni nada parecido, simplemente se han creado entramados alrededor de bases reales. Las fantasías se mezclan con la realidad y la realidad con la ficción. Si tuviera que decir qué porcentaje de realidad esconde esta novela, sería difícil de determinar, pero posiblemente no esconda más de un diez por ciento de realidad, el resto es mera ficción. No puedo decir aquello de que cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia, porque en ocasiones la coincidencia no existe, pero en otras sí que lo será. Puedo haber inventado o imaginado algo que con mi desconocimiento refleje alguna otra realidad de la que yo soy ajeno, en otras ocasiones la realidad estará plasmada a conciencia. Sólo he pretendido con ello crear un ambiente de misterio mayor en esta, mi nueva novela, pero quiero que usted, como lector, la considere como eso, como una novela más de Héctor Ramos. En la novela

encontrará acción, sexo, e incluso algún crimen, hasta es posible que yo acabe matando a alguien. ¿Quién sabe?

Sí que es cierto que esta novela será única porque nunca voy a volver sobre estos temas. Sí que espero seguir escribiendo, pero la ficción total volverá a ser la protagonista de mis libros. Espero que este “experimento” guste al lector y que lo llegue a considerar como algo irreplicable que le gustará releer en un futuro.

Si usted, amigo lector se siente retratado de un modo u otro en la novela, siempre que el retrato sea de su agrado, puede pensar que forma parte de ese diez por ciento de realidad entremezclada con la ficción. Si aquella parte que usted lee, donde parece que está usted mismo, no le gusta, piense que forma parte del noventa por ciento de ficción. Al fin y al cabo, ¿Por qué tenía que ser cierto?

CAPÍTULO V

Estaba recostado del otro lado, la postura forzada del principio había acabado durmiéndole medio cuerpo y sentía cosquilleos por todas partes. Llevaba más de cuatro horas de lectura, lectura que quedó totalmente interrumpida de repente a mitad de un capítulo porque allí acababa, allí seguía una hoja en blanco. Era curioso, nunca le había pasado, nunca había empezado a leer una novela y leerla de un tirón, y de repente ver que no puede seguir leyéndola porque está inacabada, como por un fallo de imprenta, como si el editor o el impresor hubieran olvidado algunas páginas, o como ocurría en las novelas por entregas, como las que Stephen King y Alberto Vázquez-Figueroa habían vuelto a poner de moda. Su amigo Héctor era increíble, cada vez lo sorprendía más, había conseguido crear un entramado tal, que ciertamente resultaba difícil descubrir ese diez por ciento que admitía en la introducción que era real. Incluso para él que presumía de conocer a Héctor, le resultaba difícil de distinguir. Héctor había sido muy diplomático en algunos puntos de su biografía, Eloísa quedaba retratada casi como una santa, aunque sí que se admitía un cambio de parejas como juego erótico, sí que aparecía Inés. También había aparecido él mismo en un par de capítulos, y se daba buena fe de que había colaborado en algunas investigaciones importantes de sus novelas. Su nombre “artístico” era Pablo, aunque estaba pensando en decirle a Héctor que pusiera su nombre verdadero, al fin y al cabo, Tasio no sonaba tan mal, y tenía que admitir que en lo escrito hasta el momento, su imagen quedaba bastante bien parada, hasta daba

algunos detalles de sus escarceos con las prostitutas de su reciente investigación. Al fin y al cabo no estaba casado, y el hecho de que se supiese que había andado con putas no lo iba a perjudicar, y más sabiendo que era por exigencias del guión. Una investigación es una investigación, y a veces uno se ve obligado a hacer ciertas cosas que simplemente debe de hacer por obligación y por profesionalidad.

Héctor nunca había tratado en profundidad el tema homosexual. ¿Qué pasaría si le pedía que investigase ese mundo? No, eso no, eso es otra cosa, al fin y al cabo, Héctor siempre le había dado total libertad para que buscase la ayuda necesaria. Sí, eso es, tenía un amigo detective que era un poco amanerado, podría subcontratarle el trabajo, sí, ¿por qué no?

Se había leído la biografía de un tirón, bueno, la parte que estaba escrita. No mencionaba los temores de Héctor sobre Eloísa, tampoco mencionaba que Tasio – Pablo- investigase nada relacionado con Eloísa, ni la actual investigación ni aquella otra ya lejana. ¿No lo habría puesto, o Eloísa lo habría obligado a quitarlo? Al fin y al cabo Eloísa leía cada una de las páginas nada más ser escritas. Héctor admitió que había cambiado algunos nombres y cosas sin importancia siguiendo los consejos de Eloísa, pero ¿Hasta qué punto eso sería cierto? ¿Hasta qué punto la censura “Eloisiana” no habría sido más intensa y lo que ahora había leído Tasio estaba ya manipulado más o menos profundamente? Esa posible censura podría impedirle a Tasio llegar a alguna conclusión más clara. Si Eloísa no tuviera la costumbre de leer los borradores, podría pensar que había leído este por curiosidad y que no había sido modificado. De ese modo podría llegar a alguna hipótesis sobre lo que hubiera pensado Eloísa al leer esto o aquello, pero así, no tenía ninguna garantía de estar leyendo el original, el verdadero. ¿Cómo podría averiguarlo? De ser así, Héctor no estaría dispuesto a admitirlo, y si le preguntaba directamente y existía alguna prueba de ello, posiblemente Héctor la destruyera antes de que Tasio pudiera tener acceso a ella. Tal vez se viera obligado a investigar algunos detalles en casa de Héctor sin que este se enterara. De hacerlo era por su bien, para continuar con la investigación que le había sido encomendada, al fin y al cabo no tenía por qué perjudicarlo. Debía de ser

muy precavido, ya vería, en caso de tener que investigar algo privado de Héctor, pensaría bien, antes, las posibles consecuencias de su investigación.

Héctor estaba pensando en su nueva novela, no en la autobiografía que la estaba escribiendo a ratos muertos, sino sobre la que tenía previsto publicar el próximo trimestre. Ya tenía la idea global en su cabeza y llevaba escrita casi la mitad. Héctor nunca hacía borradores ni diagramas, ni estructuras sobre papel de lo que sería el guión de su próxima novela. En ese sentido trabajaba mentalmente como Truman Capote. Su estilo no tenía nada que ver con el de Truman, pero sí su forma de estructurar las novelas. Había leído recientemente que Capote decía algo así: “Invariablemente tengo la ilusión de que la acción de una historia, el comienzo, el medio y el final, tiene lugar todo a la vez en mi mente... que la veo toda entera en un instante. Pero a la hora de ponerla en marcha, de escribirla, ocurren infinitas sorpresas. Gracias a Dios, porque la sorpresa, ese giro, la frase que llega de ninguna parte en el momento justo, es el beneficio inesperado, ese pequeño empujoncillo regocijante que va manteniendo en pie al escritor. Hubo un tiempo en el que solía utilizar cuadernos de notas para escribir bocetos de historias. Pero me dí cuenta de que hacer esto era un poco como matar la idea de antemano en la imaginación. Si el concepto es lo suficientemente bueno, si de verdad te pertenece, entonces puedes olvidarlo... te perseguirá hasta que lo escribas.”

Héctor hacía eso mismo, con la particularidad de que nunca, a diferencia de Capote, había utilizado cuaderno alguno para plasmar ideas, todas las llevaba en la cabeza y crecían y se modificaban conforme las iba escribiendo. En su caso, no sabía si le ocurriría igual a Truman Capote, además, tenía el factor externo que era Eloísa, esta, al leer cada párrafo nuevo que él escribía, hacía sus comentarios, ella, lógicamente, desconocía el desenlace que Héctor tenía pensado para la novela, de ese modo, Eloísa podía ser más espontánea, más sincera en sus comentarios, y muchas veces,

esos comentarios devenían en un cambio sustancial de la trama del libro. No estaba condicionada por una idea que solo estaba en la cabeza de Héctor. Pocas veces modificaba lo ya escrito, pero muchas, muchas veces, el futuro de lo que estaba pendiente de escribir cambiaba de rumbo. El destino de la novela era siempre desconocido, los propios personajes por una parte cobraban vida y en sus conversaciones surgían cosas nuevas en las que Héctor no había pensado, y los comentarios, algunos de ellos absurdos de Eloísa, llenaban de nuevas variantes de rumbo cada novela. Una vez empezaba a escribir, llegaba un momento en que necesitaba un aislamiento total, era una vez sobrepasado el meridiano de la novela. Era entonces cuando le gustaba recluirse unos días, no en una cabaña perdida de unas montañas nevadas como hacía Paul Sheldon, el protagonista de la novela de Stephen King: "Misery", sino en algún buen hotel de una ciudad tranquila como Ávila, Segovia o Salamanca. Era entonces cuando todo fluía más rápido y acababa con mayor rapidez la novela, a veces eran quince días, otras veces menos tiempo. Cada día remitía a Eloísa lo escrito vía e-mail, y Eloísa le hacía sus comentarios a vuelta de correo después de leer el nuevo texto. Durante esos días no había teléfono y el único contacto era un solo e-mail diario de ida y otro de vuelta, ese era el pacto con su mujer. La tenía al día de todo, pero a cambio él disponía de un aislamiento casi total. Se encontraba ahora en ese punto con su nueva novela, le estaba dando vueltas a los varios desenlaces, y le apetecía pasar unos días en Segovia para terminarla y enviarla de inmediato a su editor. Eran sus principales gastos, los días que pasaba fuera de casa para finalizar cada novela, y los honorarios y gastos de su amigo Tasio sobre las investigaciones que le encomendaba. El problema con Tasio es que no había forma de convencerlo de que se conectara a Internet, y mientras estaba fuera siempre tenía que contactar con él en el teléfono móvil. Tendría que regalarle un nuevo ordenador con conexión a Internet y acostumbrarlo a su uso porque el que ahora tenía era una verdadera pena. Siempre se lo decía, si estuviera conectado a Internet, le podría pasar informes de sus investigaciones vía e-mail, el trabajo sería el mismo porque de todos modos debía de redactarlo con el Word, y además se evitaría el tener que

imprimirlo o pasarle el disco. Estaba todavía dudando entre irse a Segovia o a Ávila. Cuando iba a Segovia, normalmente se hospedaba en el Parador de Turismo, desde donde había una vista excelente de la ciudad, además de tener un buen restaurante y numerosos servicios complementarios, como el de masajista, que le venía muy bien para relajarse por las tardes antes de entrar de lleno en la historia de sus novelas. También se hospedaba en ocasiones en un pequeño hotel del centro, Los Linajes, muy tranquilo, y que tenía la principal ventaja de que podía pasear por las noches por el centro de la ciudad sin necesidad de coger el coche ni el taxi. Desde la terraza de alguna de sus habitaciones también tenía unas vistas excelentes. Además, resultaba encantador, estaba construido sobre un palacio del siglo XI. El Parador era un edificio mucho más moderno y frío. Siempre que viajaba a Segovia dudaba entre alojarse en uno o en el otro, porque había otros hoteles, pero ciertamente no eran de su agrado. Cuando se decidía por Ávila, le ocurría otro tanto de lo mismo, debía elegir entre el Parador de Turismo, mucho más acogedor por su tamaño que el de Segovia, y con mayor encanto, además de céntrico, y el Palacio de Valderrábanos, con habitaciones más viejas y algo menos cómodo, pero también muy tranquilo e igualmente céntrico. El Palacio tenía la ventaja de que disponía de un buen restaurante, El Fogón de Santa Teresa, además de que estaba justo al lado de la catedral. Siempre que se alojaba en el Palacio compraba unas botellitas de vino de Cebreros que vendían en una tienda situada justo enfrente de la misma Catedral, un vino joven pero con mucho cuerpo que le encantaba. Era mucho más caro comprarlo allí en la tienda que en la Cooperativa de Cebreros donde lo envasaban, pero para comprar una docena de botellas no valía la pena desplazarse hasta Cebreros, donde además, no había ningún hotel digno para pasar quince días, y la carretera de acceso era penosa. No le gustaban las curvas. Estaba inquieto, se encontraba entre la necesidad de acabar su novela, y la de seguir de cerca las investigaciones de Tasio sobre su esposa, la cual podría aprovechar su ausencia para cualquier cosa. Por otra parte, estaba convencido de que le bastarían cinco o seis días para terminar la novela, la tenía muy estructurada y muy clara en su cabeza. Cogió la guía de CAMPSA y buscó Ávila, subrayó con un rotulador rojo el

teléfono del Parador y lo marcó. En recepción le dijeron que no tenían habitaciones libres para todo el periodo que él había solicitado. Refunfuñando buscó en la guía el teléfono del Parador de Segovia, donde sí que pudo hacer la reserva para siete días. Después de colgar se quedó pensativo, el caso es que le apetecía más ir a Ávila. Volvió a abrir la guía y marcó el teléfono del Palacio de Valderrábanos. Estaba completo. Bien, murmuró para sí, “Iremos a Segovia”.

Tasio estaba en casa, revisando las últimas grabaciones tomadas en casa de Julio. Eloísa había vuelto a verlo una vez más desde que instaló las cámaras. En la grabación no se veía cuando entró en la casa aunque sí que se oían algunas palabras sueltas, aunque la mayoría eran murmullos que no se entendían. Como media hora después, se empezaron a ver imágenes al entrar en la habitación de Julio. Cuando entraron, él ya estaba completamente desnudo, ella sólo de cintura para arriba. Sus pequeños pechos, cuasi perfectos e idénticos estaban bañados de sudor por la excitación, con los pezones apuntando amenazadoramente a Julio. Julio se los besó mientras ella acabó de desvestirse, primero se quitó los zapatos y las medias, y luego la falda. Llevaba unas braguitas azules minúsculas, preciosas, delicadas, azul cielo, delicadas como todo su cuerpo. Se las quitó. Su piel era morena, sin excesos, aunque claramente se deducía que tomaba el sol desnuda, seguramente en la terraza de casa. No eran rayos UVA porque no tenía en la espalda, justo sobre el culo, esa pequeña zona que suele quedar blanca al quedar en contacto con la máquina, aunque también podría ser que esa zona se la tratase posteriormente con crema. Había unas cremas que servían para esas cosas, para oscurecer la piel. Lo sabía porque una vez,

unos años atrás, cuando todavía llevaba barba, se le ocurrió afeitársela en pleno verano, sin pensar en que su piel había tomado un color oscuro por su exposición al sol durante todo el verano, y la zona afeitada quedaría totalmente blanca. Así fue, cuando se vio en el espejo se prometió que no saldría de casa hasta que no le volviera a crecer la barba. Fue un amigo suyo quien le recomendó la crema, la cual se aplicó sin leer las instrucciones, y el resultado fue una cara llena de manchas oscuras entremezcladas con manchas blancas. Había sido peor el remedio que la enfermedad, aunque sin duda había sido culpa suya por no aplicarla correctamente.

Estaba ya completamente desnuda y Julio seguía besándole los pechos, mientras sus manos de largos dedos la tenían cogida por la cintura. Cayeron sobre la cama, el debajo y ella a horcajadas sobre él. Lo que vino después era indescriptible, Tasio quedó prendado de la imagen de Eloísa. Siempre lo había cautivado, tenía una gran personalidad, pero nunca la había visto desnuda, y mucho menos en aquella actitud sexual y posesiva, era como un animal salvaje, salvaje y tierno a la vez, como cuando un león coge entre sus fauces a una de sus crías para ponerlas a salvo. Tasio sintió una excitación inmediata, rebobinando una y otra vez la grabación, volviendo sobre todo a ver la parte en que ella terminaba de desnudarse ante la cámara. Era perfecta, bellísima, nadie diría que tenía casi cincuenta años. En el piso de Tasio no hacía calor, sin embargo empezó a sudar hasta empapar la camisa. Dos amplias manchas se dibujaron bajo los sobacos y una grande y alargada se dibujaba en la zona de la espalda.

Además de estas escapadas a casa de Julio, dos desde que Tasio la seguía, Eloísa no hacía nada fuera de lo normal, vivía a su aire, hacía de ama de casa, aunque de la limpieza se encargaba una señora achacosa que iba todos los lunes, miércoles y viernes a limpiar el polvo, la ropa y a planchar. Eloísa era la que solía hacer la compra y cocinar, aunque esto último lo hacía muy a menudo el propio Héctor. Dedicaba mucho tiempo a su aseo personal, tanto en casa como en la peluquería, y se gastaba una fortuna en toda clase de potingues en El Corte Inglés. Iba y venía, se juntaba con algunas amigas a tomarse el café o a desayunar chocolate con churros. Era increíble

que mantuviera esa figura con tanto chocolate. Cada vez que Tasio tomaba una taza de chocolate parecía darse cuenta de en qué parte del cuerpo se le quedaba a vivir para siempre. No visitaba ningún gimnasio, aunque parece ser que hacía algunos ejercicios en casa. Siempre iba impecable, nunca utilizaba vaqueros ni ropa amplia. Siempre ropa ajustada y normalmente tacones de aguja. En alguna ocasión salía con zapatillas planas, aunque no era nada habitual.

Eloísa estuvo unos años trabajando como secretaria de una importante empresa, pero lo dejó porque no necesitaba para nada el dinero y resultaba más seductor y agradable dedicarse a ser la musa de su marido desde que se convirtió en un autor de éxito como pocos. Lo acompañaba a las presentaciones de sus más importantes novelas, a las ruedas de prensa, y a su manera, hacía de relaciones públicas aprovechando su enorme encanto personal. Tasio había podido averiguar que Eloísa tenía sus propias cuentas bancarias que manejaba sin el control de Héctor. Automáticamente, cuando Héctor cobraba alguna de las liquidaciones de la editorial por sus derechos de autor, se hacía una transferencia del diez por ciento del total a una de las cuentas de Eloísa, de donde ella disponía a su antojo, por una parte para los gastos de la casa, y por otro lado para todos sus caprichos y necesidades. Los ingresos de Héctor eran lo suficientemente fuertes como para que ese diez por ciento fuera más que suficiente. Héctor, por su parte, gastaba lo que necesitaba del otro noventa por ciento y el sobrante lo invertía en bolsa y en alguna de las sociedades de las que era partícipe. Todo el dinero que invertía, no obstante, era en beneficio de ambos porque no tenían separación de bienes. Todo era ganancial. Todo, excepto una pequeña herencia que era propiedad de Eloísa, que constaba de un pequeño terreno de huerta cerca de Valencia y una casita modesta.

Según le había contado alguna vez su amigo, Eloísa y Héctor nunca hablaban de dinero, su situación era lo suficientemente desahogada como para no entrar en polémicas ni en discusiones. Cuando ella necesitaba algo de mayor importancia como podía ser un coche, se lo decía a Héctor que era quien lo compraba. El resto funcionaba solo. Si iban a comer fuera de casa, pagaba Héctor. Tasio estaba

convencido de que Eloísa ni siquiera sabía qué cantidades de dinero le pertenecían, aunque posiblemente Héctor tampoco lo tuviera muy controlado. Tasio en ese aspecto tampoco podía quejarse, porque al fin y al cabo sus gastos eran mínimos y sus ingresos nada despreciables. Su único objetivo era acumular los suficientes millones en el banco para retirarse con comodidad, y era feliz siempre que no le faltaran mil duros en el bolsillo, con mil duros y la VISA, se iba a todas partes. Vicios tenía muy pocos, aparte de los puros y el teatro, si es que al teatro se le puede llamar un vicio. Solía ir al teatro en Valencia, aunque cuando hacían algún estreno en Madrid que le llamaba la atención, no dudaba en coger el coche, o el tren y desplazarse para verlo. A Héctor y a Eloísa también les gustaba el teatro, aunque nunca habían coincidido los tres en ninguna función.

Unas semanas antes había ido a Madrid a ver el estreno de DIEZ NEGRITOS, de Ágata Christie. Tenía previsto haberse desplazado en tren, tranquilamente y pasar la noche en Madrid para volver al día siguiente, pero fue imposible, era increíble, pero todos, absolutamente todos los hoteles de Madrid estaban completos. Como ya se había hecho el ánimo de ver el estreno y además ya había comprado la entrada anticipadamente en Caja Madrid, cargando el importe en su VISA, cogió el coche y se plantó en Madrid en algo más de tres horas. El Escort no daba para más. El estreno era en el Teatro Muñoz-Seca, en pleno centro de Madrid, en la Pl. del Carmen. Había comprado una entrada para una butaca cercana al escenario. El Teatro era muy pequeño, acogedor, y la interpretación fue muy buena.

Antes de entrar al Teatro, como iba sobrado de tiempo, estuvo deambulando por los alrededores. Le llamó la atención una cercana "Santería", Santería la Milagrosa se llamaba, ofrecían Misas espirituales, rompimientos, despojos, limpiezas, y un montón de cosas más. No conocía el significado de casi nada de eso, pero se sintió intrigado y entró al interior, vendían cosas de lo más variopintas, leche de sándalo, amarre haitiano, aceites, de manzana, de naranja, de nardos, de romero, piel de serpiente, pescado seco, hasta una rata y un pollo secos, y ojos de buey. Resultaba repugnante. Salió, mareado por el fuerte olor a incienso del interior y la visión de aquella enorme

rata. En una calle cercana, había una gran oferta de tatuajes y de "piercing". Te claveteaban la parte del cuerpo que quisieras, desde dos mil pesetas para un piercing sencillo en la nariz, hasta mil doscientos duros en los genitales. Desde luego, había que tener ganas para meterse eso en el cuerpo. Una prostituta mal encarada se le acercó, a pesar de que todavía eran las siete de la tarde, le hizo un gesto con la mirada, apenas perceptible, pero no le hizo caso, no sabía lo que cobraría, pero desde luego no podía ser muy cara. Vio muchas más deambulando por la calle, una de ellas apenas tendría dieciocho años, cuerpo pequeño y tetas inmensas. La mayoría eran sudamericanas, jóvenes unas, mayores otras, flacas o entradas en carnes, pero todas muy estropeadas. Posiblemente de noche dieran el pego y consiguieran fácilmente clientes, pero a plena luz del día, a uno no le apetecía mucho pagar para que lo manosearan. Se podía ver a los chulos alrededor, controlando. Había policía, pero hacía la vista gorda. Un drogadicto hecho una piltrafa estaba acostado en el banco de la parada de autobús, impidiendo a los usuarios sentarse. Se retorció y hacía ruidos extraños, incluso se tiró un sonoro pedo cuando Tasio pasó por su lado. Los que estaban esperando el autobús se apartaron un par de metros. Era repugnante. En vista del aspecto de todo aquello, prefirió volver hacia el teatro. Como todavía era algo pronto, se sentó en la cervecería que había enfrente, donde se hizo un par de cañas y unas tapas hasta que fue hora de entrar a ver la función. Algunos de los actores estaban también tomándose su cerveza en una de las mesas.

La vida de Julio había cambiado. Solo había tenido tres encuentros amorosos con Eloísa, pero ella había creado a su alrededor una dependencia tal, que no pensaba en otra cosa. Apenas habían hablado, no sabía nada de ella, no sabía a qué se dedicaba, no sabía dónde vivía, ni qué años tenía. Parecía mayor que él, aunque difícilmente podía calcular su edad. Tenía un cuerpo perfecto. Ya eran visibles algunas arrugas,

pero su piel era todavía bastante tersa. El hecho de no tener ni un gramo de grasa sobrante sobre el cuerpo, sin duda ayudaba.

Pasaba las horas en la caja del supermercado, abstraído, la imagen de Eloísa era como un fantasma que lo seguía a todas partes. Dormía poco y mal, y sentía ansiedad, mucha ansiedad. Cuando se despedía, no le decía cuando iba a volver, él no se atrevía a preguntar por si le contestaba que no volvería más. Suponía que estaba casada por el anillo que llevaba en su mano izquierda, un anillo sencillo de oro con una piedra en su parte superior, un brillante parecía, aunque él no entendía de joyas. Todo en ella respiraba sensualidad y clase, mucha clase. Se la veía culta aunque de lo que habían hablado tampoco se podía deducir nada. Su experiencia era mucho mayor que la de él, aunque para ello bien poco era necesario. Siempre había sentido complejo por el tamaño de su verga. La última vez que la midió, por curiosidad, medía casi treinta centímetros en plena erección, y su grosor no era desdeñable. Tenía miedo de hacerle daño a Eloísa, pero ella, a pesar de lo menuda que era, se la metía hasta el fondo, desaparecía en su interior como una serpiente que se esconde en una cueva cálida, agradable, de donde no apetece salir.

Durante las mañanas tomaba café, mucho café porque tenía continuamente sueño aunque no podía dormir. La media cajetilla de pitillo diarios que se fumaba antes de conocerla se había transformado en cajetilla y media, y eso que no lo dejaban fumar durante el trabajo, sólo en la pausa del bocadillo. Para mantenerse despierto y no abandonar su puesto de trabajo para tomar café, se preparaba todas las mañanas un termo de medio litro bien calentito, y entre clienta y clienta, se metía un café en el cuerpo. Quizás por eso fumaba más, para compensar los nervios adicionales que le producía el café. El otro día le pareció verla en el parking, pero no era ella, eran solo sus deseos de verla que la hacían imaginarla. ¿Cuándo volvería? ¿Qué pasaba si no volvía? Quería vivir con ella, casarse con ella, llenarla de hijos, pero no se atrevía a preguntarle nada, sabía que su relación era imposible y que no podía durar, y que cuando antes empezara a preguntar o a insinuar que la quería, antes desaparecería, desaparecería como desaparecían los espejismos en el desierto cuando uno se

acercaba a beber de ellos, de sus aguas apetecibles, de sus aguas deseadas, de sus aguas imprescindibles para seguir vivo unas horas más. Pero la duda no lo dejaba vivir, si ella le hubiera dicho que no volvería, él lo hubiera aceptado, qué remedio le quedaba, pero por lo menos sabría a qué atenerse. Pero esa inmensa duda, ese no saber nunca cuando volvería a verla, ni si volvería o no a estar entre sus brazos. Era como cuando un familiar desaparece durante mucho tiempo. Uno no quiere que haya muerto, pero en el fondo acabaría aceptando con más resignación esa muerte, antes que una larga desaparición inexplicada, antes que no saber qué le podría estar ocurriendo, si estaría sufriendo y viviendo una vida no deseada, si estaría intentando volver a casa y no podía. Sí, era así, el ser humano acaba aceptando con mayor facilidad la más grande de las desgracias cuando sabe que ya no hay remedio, pero las dudas corroen la mayor de las templanzas. Nunca había dependido tanto de nadie, al fin y al cabo, ni siquiera había tenido una gran necesidad sexual, las mujeres no le eran indiferentes, pero no solía fijarse en ellas demasiado, quizás porque las veía inalcanzables, quizás porque su necesidad sexual quedaba calmada con algún sueño húmedo y con alguna paja el fin de semana mientras veía la tele.

En más de una ocasión había dudado de si sería o no homosexual. La experiencia que había tenido en el instituto no era suficiente para estar seguro de que no lo era, pero los hombres tampoco lo atraían excesivamente. Sí que era cierto que alguna vez había comentado para sus adentros lo bien hecho que estaba alguno de los clientes que pasaban por el supermercado, pero también pensaba eso cuando veía un cuadro que le gustase, a pesar de que no entendía de arte ni le apetecía comprar el cuadro para su casa. Era todo confuso en su interior, su vida siempre había sido confusa, y desde que aquella niña alargó su mano para tocar su pene en el instituto después de haber insistido tanto en verlo, y salió corriendo, pensó que era un monstruo, que no podía gustar a las mujeres y que estaba acabado.

CAPÍTULO VI

Desde el interior del Alcázar se divisaba a lo lejos lo que antes había sido un pueblo y que desde la década de 1970 quedó anexionado a la propia Segovia, como una parte más de la misma ciudad. Era Zamarramala, famoso por las fiestas en las que un día al año son las mujeres las que mandan oficialmente en todos los hogares.

El Alcázar es impresionante, por dentro y por fuera. Fue una lástima que se incendiase, aunque la reconstrucción en 1940 fue bastante acertada. A Héctor le gustaba visitarlo cada vez que iba a Segovia. Le gustaba especialmente el Patio del Reloj, con aquel suelo de piedra a cielo descubierto. Pasear lo inspiraba, le servía para pensar. Estaba relajado lejos de la más bulliciosa Valencia. Segovia, con poco más de cincuenta y cinco mil habitantes, es como un pueblo grande, es tranquila, acogedora, y se come bien, desde luego hay numerosos sitios donde comer las bendiciones castellanas que suponen el cochinillo y el cordero asados, todo acompañado con buenos vinos tintos de la Ribera del Duero.

Al llegar a Segovia, antes de dirigirse a las afueras donde está el Parador, Héctor dejó el coche en el parking que unos años atrás se instaló en pleno centro, donde el acueducto se levanta majestuoso, ya no pasan los coches por debajo de sus arcos. Paseó de un extremo a otro como si fuera un ritual, desde la Plaza donde todavía permanece el famoso Mesón de Cándido y el acueducto presenta su mayor altura con dos hileras de arcos, hasta su nacimiento, mucho más arriba, donde las dos hileras de arcos se convierten en una sola y finalmente los arcos van siendo cada vez más

pequeños hasta desaparecer totalmente. Luego paseaba en dirección contraria y se detenía en el Mesón de Cándido, donde también por costumbre y como algo obligado en cada visita, de detenía a comer. Uno de los mayores encantos del Mesón eran sus numerosos comedores. Parecía que en cada visita comiese en un restaurante distinto. Comedores, a algunos de los cuales se accedía a través de estrechas y empinadas escaleras. Comedores llenos de cuadros, de fotografías dedicadas, de billetes antiguos, y de mil cosas distintas. Comedores cargados de historia. Cierto que el mesón había perdido parte de su encanto desde que ya no lo regentaba su fundador, ya fallecido, pero todavía valía la pena ser visitado. Héctor prefería comer en el José María, cerca de la Plaza Mayor, pero la visita al Cándido era obligada, al menos una comida por viaje. Pedía su sopa castellana, su ajoarriero, y por supuesto su ración de cochinillo. Una jarra de vino de la casa, que por cierto en la última época ya había sido sustituida por vino embotellado, botella que le sacaban a uno a pesar de pedir la clásica y ya olvidada jarra. Y de postre el ponche segoviano. Tampoco era su postre preferido, pero formaba parte de su tradición, de su ritual. Después de comer ya empezaba a alegrarse de que en Ávila estuviera todo completo. En el fondo siempre le había gustado más Segovia, lo que ocurría es que no quería ir siempre al mismo sitio, pero qué importaba eso si ese sitio era en el que uno estaba más satisfecho, más tranquilo, más feliz espiritualmente. Desde la ventana de alguno de los comedores se podía ver el acueducto, aunque no desde el pequeño comedor donde hoy estaba. Disfrutaba de cada cucharada de sopa y de cada bocado del tierno cochinillo, era una auténtica delicia. En el viaje anterior estuvo comiendo en el restaurante La Concepción, en la Plaza Mayor, restaurante calificado con un sol en la última edición de la Guía de CAMPSA, con un sol, al igual que el Mesón de Cándido y que el José María, con la diferencia de que en el restaurante La Concepción uno no parece estar comiendo en Segovia. A Héctor siempre le había gustado comer los platos tradicionales, platos que no encontró en La Concepción, donde la cocina era excelente y el comedor del sótano resultaba coquetón, pero no fue lo mismo, se sintió como extraño, como fuera de lugar, aislado en otro mundo, en otra región. Nada como

disfrutar de la clásica comida segoviana en el José Maria, en el Cándido, o también, como no, en el Duque, y en el propio Parador. Pocos son los Paradores con cocina excelente, aunque el de Segovia es una excepción.

Siguiendo igualmente con su costumbre de muchos años, le compró un par de décimos de lotería al hombre que frecuentaba el porche de la entrada del mesón. A la vuelta hacia casa pasaría por Villacastín, y después de dar una vuelta por la Iglesia parroquial, compraría otros dos décimos en una tienda cercana a la misma.

Eloísa estaba comiendo pipas mientras veía la televisión. Era viernes por la tarde, Héctor había partido hacía un par de días para terminar su última novela, de hecho ya le había enviado unos textos que ella había recibido en su portátil conectado al móvil. Como de costumbre, Héctor se había ido sin decirle dónde, era una de sus tontas manías, preparaba las maletas, le decía que iba a terminar la novela y simplemente se iba. Tampoco sabía durante cuanto tiempo, aunque rara vez estaba fuera más de dos semanas, lo normal eran unos diez días. Le gustaba lo que había leído, iba quedando bien el nuevo libro, tenía el gancho y el encanto de los anteriores, aunque era más profundo, con los años y después de tanto escribir, su marido estaba perfeccionando su estilo, era bueno, muy bueno. Ella estaba orgullosa de que de sus comentarios personales sobre lo escrito fueran surgiendo cosas, modificaciones, alteraciones al guión original de cada una de sus obras. En cierto modo ella se sentía co-autora de las mismas, aunque no figurase como tal en las publicaciones. Héctor a menudo trataba asuntos escabrosos y escenas sexuales que la excitaban, le encantaba leerlas, incluso en ocasiones se sentía como protagonista de algunas novelas, o al menos de algunos fragmentos.

Después de veinticinco años de casados, estaba satisfecha de su relación, su matrimonio era de los que duraba toda la vida, aunque como cualquier otro, había tenido sus crisis. Recordó los inicios de su amor, ella, algo más de dos años mayor

que él, se sintió atraída desde el primero momento, él tenía dieciocho años recién cumplidos y ella algo más de veinte. Estuvieron saliendo juntos durante algo más de dos años, aunque a las dos semanas de conocerse ya se habían acostado. No cabía duda de que lo suyo fue un flechazo, lo que se llama un amor a primera vista, fue romántico y obsceno a la vez. El primer día se besaron y él le tocó las tetas con cierta timidez por encima del suéter de ella. La primera vez que lo hicieron fue en el coche de él, en un descampado cercano al recinto ferial, el sonido de las atracciones se oía de fondo, entrando por las rendijas de los cristales que habían quedado entreabiertos. Gente que se dirigía al aparcamiento a recoger sus coches para ir a sus casas, pasaban apenas a unos metros de donde ellos estaban. Era excitante, muy excitante. Luego lo hacían cada día, todos los días durante dos años, las más de las veces en el mismo coche, en el mismo descampado, y otras en casa de él cuando no estaban sus padres, alguna vez también en casa de ella, otras en la tienda de campaña cuando se iban de camping, y cuando su corta economía se lo permitía, en alguna pensión de algún pueblo cercano. A él no le importaba que ella estuviera con la regla o no, simplemente lo hacían. Ella tomaba anticonceptivos, pero un día debió de olvidar alguno, y fruto de aquello fue su temprano matrimonio. Matrimonio al que todo el mundo presagiaba una corta vida, pero allí estaba, aguantando contra viento y marea. Terminaron pues su periodo de amantes como novios, se convirtieron en marido y mujer, y durante algún tiempo siguieron haciéndolo cada día, luego cada dos días, después un par de veces por semana y ahora, lo normal era una vez por semana, algunas semanas, hasta dos veces. Todo tiene su tiempo y sus maneras, al principio el sexo era sin tapujos, pero muy natural, sin que hablaran de fantasías sexuales entre ellos, sin que hicieran nada fuera de lo que se considera normal, aunque, ¿Qué se considera normal en el sexo? Luego las fantasías iban tomando forma, hablaban entre ellos de variantes, y hacían cada vez más cosas y más diferentes. Lo más fuerte que recordaba de aquella época fue cuando lo hicieron en una playa nudista, a pleno día y a la vista de los que pasaban por allí, eso sí, estaban algo resguardados en unas rocas, pero nada, cualquiera que pasaba los veía. De hecho, incluso unos extranjeros

se quedaron mirando hasta que ambos terminaron entre gemidos. Más adelante llegó el bajón, el primer bajón de su éxtasis, de su amor, de su deseo, sobre todo en lo que a él respectaba, ella sentía más deseos que él, aunque muchas veces los deseos estaban dirigidos a otros hombres. Fue cuando empezó su aventura con Jacob. Jacob era tierno y fue muy buen amante con ella. Cuando Héctor insinuó la posibilidad de que realizasen algún intercambio de parejas, ella ya lo conocía lo suficiente como para conseguir llevarlo por el terreno que ella quería, y de ese modo consiguió oficializar su relación con Jacob, como si en realidad eso hubiese sido idea de Héctor. A cambio, Héctor se lió con Inés, de todos modos hubieran acabado liados, y mejor así, todo estaba más controlado. Esa época no duró mucho, pero la libido de ambos subió hasta el infinito, cuando no lo hacían con sus respectivos amantes, se poseían el uno al otro de forma desbocada, casi diaria. Fue una buena época, pero terminó, como casi todo, terminó. Ella dejó a Jacob, entre otras cosas porque se había ido a vivir con su amigo Hervé. Qué cosas, ella nunca lo hubiera dicho, nunca hubiera adivinado que Jacob era homosexual, o más bien bisexual. Cuando terminó lo de Jacob, no le gustaba que Héctor siguiera manteniendo su aventura con Inés, cosa que no le costó de conseguir. Ya por entonces el carácter de ella se había modelado y madurado lo suficiente para saber hasta qué punto tenía poder sobre Héctor, hasta qué punto Héctor haría lo que ella le dijese. Desde entonces su relación cambió radicalmente, pasando a una relación cuasi ama-esclavo, en lo que al sexo se refería. Lo hacían cuando a ella le apetecía, él nunca pedía sexo, y nunca se negaba cuando ella lo exigía. Incluso en algunas ocasiones mantenían relaciones en las que después de quedar ella satisfecha, lo “castigaba” a él sin correrse durante un par de días. Nunca discutían sobre el sexo y él se comportaba totalmente sumiso en la cama.

Esa relación pseudo sado-masoquista continuaba todavía hasta el presente, aunque habían existido variantes a lo largo del tiempo. En un par de ocasiones hicieron unos intercambios de parejas, aunque en ambos casos él no pudo penetrar a su “partenaire”. Era tanta la dominación que ella tenía sobre él, que únicamente podía finalizar el acto si lo hacía con ella. Desde ese segundo fracaso. Fracaso desde el

punto de vista de él, posible éxito desde el de ella que cada vez se sentía más segura de sí misma, ya no realizaron más intercambios de parejas. Ella se limitaba a tener alguna que otra aventura, aunque muy esporádicamente, porque podía tener todo el sexo que quisiera con Héctor. Estaba tan segura de su dominación, de su poder, que en algunas ocasiones, cuando había tenido alguna relación con alguien, simplemente se lo contaba. Sabía que a él le dolía, le hacía daño, pero lo soportaba estoicamente, y que en el fondo, incluso lo excitaba. Cuando tuvo su primer encuentro sexual fuera del matrimonio, con Jacob, no se lo dijo porque todavía su situación de dominio era prácticamente inexistente, aunque ya era latente. En el fondo ella sabía desde el primer día que se conocieron que ella podría conseguir todo lo que quisiera de él. Esa sensación de poder la reconfortaba. No abusaba de ella, la dosificaba, pero el hecho de saber que existía, muchas veces ya era suficiente.

Su amigo se había ido a Segovia, al principio no quería decirle donde iba, pero Tasio le recordó que estaba trabajando para él y tenía derecho a conocer sus movimientos por si necesitaba algo de él. No le bastaba con poderlo llamar al móvil. Estaba terminando otra novela, una relacionada con unas sectas que el propio Tasio estuvo investigando hacía seis u ocho meses. La verdad es que se lo montaba bien, desaparecía unos días, por supuesto no se iba de camping ni frecuentaba los hostales, nada de eso, siempre en los mejores hoteles, aunque siempre en ciudades tranquilas y normalmente por el centro de la península. Evitaba el bullicio y la vida nocturna. A Héctor le gustaba comer bien, y sabía de buena tinta que durante esas escapadas no se privaba de nada, buena comida, buenas saunas, masajes, algo de deporte para combatir el estrés, y a escribir. Tasio sospechaba que en esas escapadas también había sexo, seguro que sí, mucho sexo, pero Héctor siempre se lo había negado, incluso se enfadó en una ocasión cuando Tasio se lo insinuó. En fin, tampoco lo entendía, al fin y al cabo sabía lo de las aventuras de Eloísa.

Por supuesto, Héctor se habría llevado su portátil Toshiba para escribir, pero Tasio sabía que cuando escribía en casa, no lo hacía en el portátil, sino en el de sobremesa. Esa era su ocasión para entrar en casa y escudriñar en el disco duro para ver si sus sospechas tenían sentido o no. Ni siquiera tendría que forzar la cerradura, había convencido a Héctor para que le dejase una llave de casa por si la necesitaba en su investigación de las actividades de Eloísa. Prometió no utilizarla a no ser que fuera imprescindible. El problema sería Eloísa, si salía de casa y él la seguía, no podía entrar en casa y buscar lo que quería, de manera que tendría que arriesgarse, o entraba en plena noche cuando Eloísa estaba durmiendo, o dejaba de seguirla en una de sus salidas a costa de perder parte del hilo de su investigación. Sabía que disponía de unos pocos días, hasta que Héctor volviese.

El hecho de pensar en que podía entrar de noche mientras Eloísa dormía, lo intranquilizaba, cada vez su atracción hacia ella era mayor y se sentía incómodo e inseguro cuando estaba cerca de ella, aunque ella desconociese su presencia y su debilidad.

Tenía el llavín entre las manos y lo movía con nerviosismo, en uno de los cambios de una mano a otra cayó al suelo con un sonido metálico apagado.

La señora María estaba preparando una paella, estaba contenta de que su hijo fuese hoy a comer, casi todos los domingos iba a comer con ellos. En realidad era una tontería que se hubiese ido a vivir solo, al fin y al cabo en casa siempre lo habían dejado hacer lo que quisiera. Irse a vivir solo para lo único que servía era para tener más gastos y para distanciar a la familia. Lo comprendería si se hubiera casado, la verdad es que el chico ya tenía edad, si se hubiera casado sería distinto, no estaría bien que viviera con sus padres, además, en el pisito no cabía tanta gente. Pero sólo, estando sólo, era una tontería. Con su cuarto que allí tenía. Todavía estaba con los mismos muebles que cuando se marchó.

-¿Te pico un poco de cebolla María? –era Cándido, su marido que acababa de entrar en la minúscula cocina-

-Qué cebolla ni qué leches, estoy haciendo paella.

-Pues por eso, la cebolla le da buen sabor.

-La cebolla reblandece el grano, y una buena paella debe de tener el grano suelto, que no esté duro, pero tampoco reblandecido. ¿Qué sabrás tú de la cocina?

-En la mili estuve destinado seis meses en la cocina del cuartel de La Coruña.

-Estuviste castigado pelando patatas que no es lo mismo.

-Algo se aprende –el tono de Cándido era continuado, bajo, como apagado, no demostraba emoción o sentimiento alguno-

-Algo se aprende, algo se aprende, este viejo chocho... –murmuraba en voz baja María sin que Cándido la pudiese oír-

-¿Qué dices?, no te entiendo.

-Que no quiero cebolla, y sal de la cocina que no cabemos los dos.

-Bueno... ¿Viene el chico hoy?

-Sí, claro que viene el chico. ¿Crees que iba a estar perdiendo el tiempo haciendo paella para ti?

-A mí me gusta la paella.

-Toma, y a mí, pero tu y yo solos con cualquier cosa nos apañamos, no estoy para cocinar a toda hora, y para lo que tú ayudas, ya vamos bien de fiambre.

-¿A qué hora viene el muchacho?

-Pues a hora de comer, como siempre, sabes que siempre viene a última hora y se va con el bocado puesto, pero qué se le va a hacer, al menos así lo vemos y podemos hablar un rato con él. Si se hubiera quedado en casa, otro gallo cantaría.

-Ya es mayor.

-Pero está solo. ¿Me puedes decir qué demonios hace solo la criatura?

-No está casado, pero igual tiene sus cosas y sus intimidades.

-¿Sus cosas? ¿A qué te refieres?, ¿A una chica quizás?

-Quizás.

-Mi niño no va con pelanduscas, y si no se ha casado es porque no ha encontrado a la mujer de su vida, pero por eso mismo no tenía que haberse ido de casa, pero se empeñó, y tú no se lo impediste. Tú tenías que haberte puesto duro.

-Pero María...

-Ni María ni leñes, que nunca has tenido carácter.

-Tampoco se lo impediste tú.

-Yo soy su madre, es distinto, una madre puede aconsejar a su hijo y lo aconsejé, pero no podía ponerme dura con él, para eso están los padres, para ponerse duros con los hijos cuando hace falta, pero a ti no hay quien te saque el genio. Pásame la sal.

-El chico ha de vivir su vida –le pasó la sal a María-

-¿Acaso tú no vives tu vida?, ¿Yo no vivo mi vida? Cada cual puede vivir su vida y no por eso tener que vivir separados. Una familia es una familia. Además – continuó María con su tono impetuoso- ese trabajo que tiene es muy soso, no me gusta. El chico es más listo que eso y debería de buscarse un empleo mejor. Ese empleo es de mujeres, no de hombres.

-Mejor eso que estar cargando camiones.

-Sí, pero una oficina, o quizás un banco. ¿Por qué no busca trabajo en un banco? De esas cosas entiende.

-Uno no siempre consigue el trabajo que quiere.

-Pero por lo menos podría buscarlo, lo que está claro es que el trabajo que uno quiere no irá a casa a buscarte.

-Si el chico es feliz...

-¿Qué va a ser feliz? ¿Cómo se va a ser feliz en la caja de un supermercado? Además, está en la otra parte de Valencia, si por lo menos estuviera aquí cerca, yo podría ir a comprar allí y lo vería más a menudo, pero así, ya ves, de domingo en domingo y con prisas. Yo no sé qué prisas tiene el chico. Por el trabajo no será, al fin y al cabo los domingos no abre el supermercado.

-Yo he estado toda la vida de albañil y no me quejo.

-Tú no te quejarías ni aunque te cayera la casa encima, tú eres un conformista y lo mismo te da una que media que ninguna.

-Pues el chico habrá salido a mí.

-Ni lo mentes, no digas tal cosa, que bastante desgracia tiene como para que encima digas que ha salido a ti. Arreglado iba. El chico tiene más carácter que tú, lo que pasa es que no sabe usarlo. Le falta experiencia, le falta alguien que sepa encauzarlo. Una buena mujer, -pausa-como yo. Pero hoy en día todo son pelanduscas y separadas. Si me lo coge una de estas me lo desgracia.

-Igual lo espabila.

-No, esas son unas buitronas, solo buscan exprimir al marido, casarse para vivir a su costa y luego acostarse con los demás. Eso es, unas buitronas y unas aprovechonas, que son todas unas aprovechonas. Y claro, si cuando tenía edad para encontrar una buena mujer no lo hizo, ¿Qué le queda ahora? Lo que he dicho, las que no quiere nadie y las separadas. Porque cada vez hay más separadas. ¿Te has fijado Cándido?

-Cada vez hay más –siguió María sin esperar respuesta de su marido-, normal, no hay quien las aguante, exprimen a uno, lo dejan tieso, y hala, a por otro, aunque esté casado. Porque ¿Cuántos matrimonios arruinan esas golfas? Le echan el ojo a otro, lo seducen con buenas maneras, como gatas suaves, y a la legítima que la chinchén. Aguantar un montón de años a un marido para que vaya otra y te lo quite. A la cárcel tenían que ir todas, por ladronas. Pero ese Aznar es otro calzonazos, mucho bigote y mucho cargo, pero es un calzonazos, la Botella, esa sí que vale. El Aznar hace lo que ella quiere, y así va el país. Si a mí me dejaran mandar, otra cosa sería. Cuando estaba Franco no era lo mismo, ahí estaba él bien puesto, aunque claro, la Carmen también tenía lo suyo, pero no era lo mismo, Franco era Franco. Después todo han sido paparruchas que si para el pueblo, que si tal, pero lo mismo daba el seco del Suárez que el simpaticón de Felipe o el soso este que tenemos ahora. Todos son iguales, unos calzonazos.

-Han hecho cosas buenas, hay más carreteras...

-¿Para qué quieres tú carreteras? Tú que no te has movido de Valencia desde que viniste a los veinte años a trabajar. Además, con Franco ya había carreteras, carreteras y coches, pero ni tenías tú coche entonces ni lo has tenido después. Carreteras...

Sonó el timbre de la puerta.

-El chico, ya está ahí el chico, anda, ábrele. ¿A qué esperas?

-¡Tú eres tonta!

-Oye, sin faltar, yo lo que soy es decente.

-No, una decente nunca se lía con hombres casados. Tonta es la que se lía con un hombre casado y no consigue nada de él. Cuando una arriesga su reputación por un tipo casado, debe de recibir algo a cambio.

-Tú eres muy lista por lo que veo.

-No todo lo que debiera, pero por lo menos yo no me he liado con ningún tío casado a cambio de nada, ni luego he estado lamentándome durante años pensando en él.

-No, si yo no me lamento.

-Supongo que no, que ya ha pasado suficiente tiempo, pero dime. ¿A cuántos te has llevado a la cama desde que te dejó?

-Pero cómo eres tan vulgar.

-¿Vulgar? No me digas que tú eres de esas que no necesita tener algo caliente entre las piernas de vez en cuando.

-Oye, si no cambiamos de tema yo me largo.

-¿Pero cómo eres tan estrecha? Vaya amigas que tiene una. Te veo de uvas a peras, te intento aconsejar y me dices que me calle. Abrase visto...

-No es eso, sabes que te aprecio, pero mi vida privada no me gusta que vaya en boca de nadie.

-Oye, ¿No me estarás llamando chafardera?

-No, no es eso, simplemente no me gusta hablar de Héctor, sabes que eso ya pasó hace mucho tiempo.

-Pero luego os habéis seguido viendo, que yo lo sé.

-Tú que vas a saber. Hemos sido amigos, eso es todo, hemos coincidido en algún sitio de vez en cuando, al fin y al cabo los dos vivimos en Valencia, y esto no es Nueva York.

-¿Quieres hacerme creer que nada de nada desde que lo dejasteis?

-Nada de nada, y ahora ni teléfono siquiera. Su mujer se ha puesto dura con él y no puedo ni llamarlo. Todo esto es una mierda, qué se le va a hacer.

-¿Y qué? ¿A ti te sigue interesando a pesar de todo?

-Yo siempre lo he querido.

-¿Pero te interesa o no?

-Ahora ya me he hecho a la idea, pero sí, claro que me interesa.

-Pues llámalo, ¡Qué coño!. Defiende tu terreno, o eso, o lo olvidas definitivamente y te buscas otro, que lo que yo digo, que tú eres tonta. Anda que con lo buena que estas... Si yo tuviera tus tetas y esa carita de ingenua... pues no iba yo a ligar ni nada.

-No seas golfa Carmen.

-Golfa lo será tu santa madre, que yo a mi marido, vamos, ni un mal pensamiento, lo que pasa es que una se emociona con estas conversaciones, y me pongo en tu situación, sin novio, ni marido, pues a eso me refería, a que si yo no estuviera casada ni tuviera novio, con tu cuerpo y tu vocecita, a triunfar, que son dos días. Que estás más buena que mojar pan.

-Si llamo a Héctor lo voy a perjudicar, no debo de hacerlo.

-Bueno, pues no lo hagas, ya te lo he dicho, búscate otro, pero hay que ver, con lo buen partidazo que es el tío. La pasta que debe de ganar el muy cabrón.

-A mí el dinero no me importa.

-Lo que importa es el tío, claro, pero si lleva algo “pegao”, pues mejor. ¿O no? Además, ya estás madurita, pero que muy madurita, y aunque tengas ese cuerpazo, no vas a encontrar a un niño virgen con el que irte. Tú, o se lo quitas a otra, o te comes las sobras, o te quedas a vestir santos.

-Ah –añadió- y a mi Manolo ni tocarlo eh. No vaya a ser que te esté dando yo aquí clases y quieras practicar conmigo. Estaría bueno.

-No te preocupes por tu Manolo que te lo puedes quedar para ti solita.

-Está bien, pero sin despreciar, que mi Manolo también tiene lo suyo.

-¿No piensas tener críos? –cambió Inés de tema de conversación-.

-No, ya ves, a mí también me pilló la cosa madurita, y a estas edades igual te sale mal. Mira, lo hemos “hablao” el Manolo y yo, y ya está la cosa bien. A lo mejor algún día adoptamos algún chinito o un peruano de esos que traen aquí, pero preñarme no, ya le he dicho al Manolo que la Carmen no se queda preñá.

La cafetería se estaba empezando a llenar de gente e Inés empezaba a estar incómoda. Su amiga Carmen había sido siempre bastante indiscreta y hablaba a voces sin tener en cuenta dónde estuviese.

Carmen era amiga suya del colegio de monjas donde estudiaron la básica. Siempre había sido muy lianta y muy mal estudiante. Mientras Inés estudió abogacía, Carmen trabajaba en un Burger. A pesar de que ahora se hacía la buena, siempre había sido de las que se liaba con unos y con otros. A los catorce ya había perdido la virginidad, en el propio colegio, ni más ni menos que con el jardinero, un muchacho de veintitantos años. Estuvieron haciéndolo todas las semanas hasta que la superiora en persona los pilló en un cobertizo en plena faena. A ella la expulsaron del colegio y el pobre jardinero se quedó sin trabajo, no solo en ese colegio, sino en cualquier otro colegio a doscientos kilómetros a la redonda. Ya se encargó la madre superiora de ello.

Que ella supiera, nunca se había dedicado a la prostitución, pero era de las que le sacaba hasta la sangre a todos los que se le acercaban, hasta que parece ser que se enamoró. Se enamoró, o quizás le vio las orejas al lobo. Casi cincuenta años y con

cada vez menos posibilidades de encontrar a alguien con el que compartir la vida. Al final tuvo suerte. El tal Manolo por lo visto era un buenazo, y o bien ignoraba el pasado de Carmen, o le daba lo mismo. Inés se alegraba por ella. Lo cierto es que al fin y al cabo le había ido mejor a Carmen que a ella, a pesar de su carrera de abogado y de lo lista que se creía. Su amiga Carmen tenía razón. Era tonta.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO VII

La novela avanzaba más lentamente de lo que tenía previsto, se había quedado como atascado en algunos de los diálogos y había dejado de tener claro el desenlace. Normalmente escribía en sesiones de unas tres horas, una sesión por la mañana y una sesión por la tarde, y venía a escribir unas siete mil palabras por día, eso sin agobiarse, a su ritmo, pero ya era de noche y apenas llevaba escritas mil quinientas. No estaba concentrado, el problema no era otro sino su imposibilidad de imbuirse en sus personajes. A cada momento le venía a la cabeza Eloísa, estaba nervioso, aquella escapada no era como las otras y quizás debiera de haber esperado un tiempo para acabar su novela hasta tener las cosas algo más claras.

Llamó a recepción y pidió un taxi que lo bajó hasta el acueducto. Estuvo paseando durante un par de horas, recorrió toda la base del acueducto y la zona vieja por su interior, de derecha a izquierda hasta llegar a la catedral. Estos paseos le solían servir de inspiración, pero en esta ocasión no podía concentrarse. Pensaba en Eloísa y también pensaba en Inés. La vida es muy complicada, la sociedad está montada de manera que para que sea estable y funcione adecuadamente, cada cual tiene que tener su pareja, su misma pareja durante toda la vida. La inestabilidad cada vez mayor en la que los matrimonios duran solo unos pocos años, provoca problemas terribles, ya no solo en la pareja en sí, sino en los hijos que hayan podido tener. Familias rotas, hijos utilizados en el interés de los cónyuges separados, juicios interminables y problemas económicos de todo tipo. En muchas ocasiones, la mujer sale perjudicada

porque no tiene independencia económica, aunque cada vez menos, cada vez las mujeres van teniendo una mayor independencia con la que pueden afrontar mejor estas situaciones, invirtiéndose muchas veces el problema que pasa a ser del hombre que debe de pasar una importante pensión a su exconyuge, lo cual le impide en muchas ocasiones rehacer su vida con otra, precisamente por los problemas económicos, mientras ella sí que puede rehacer su vida con otro hombre, no es justo. Los hijos suelen ser de todos modos los más perjudicados, tanto en una primera separación, como cuando su padre o su madre con el que conviven, se casa con otra persona en segundas nupcias, también separada que aporta al nuevo matrimonio otros hijos. La convivencia se hace cada vez más difícil para todos.

Lo mejor sería que cada cual encontrase a lo largo de su vida una sola pareja con la que compartir sus días, y que ninguna otra candidata o candidato se cruzase en su camino, pero eso es imposible, de ahí las insatisfacciones, las infidelidades, y las consecuencias de todo ello, celos, matrimonios rotos, familias destrozadas. Podría escribir un libro sobre el tema, sí, posiblemente su próxima novela tratase de ello. No todos los hombres tenían una relación con sus respectivas mujeres tan extraña como la suya, o por lo menos eso creía, porque nunca se sabe, nunca se sabe lo que los demás esconden tras de sí, lo que se callan, lo que tienen miedo de mostrar al exterior. Él sabía que su mujer tenía aventuras esporádicas con otros hombres, además de las que habían tenido en común en los intercambios de pareja y el ya viejo asunto de Jacob e Inés, pero en cierto modo, eso mantenía vivo el matrimonio. También sabía que a él no le interesaban otras mujeres. Le interesó muy profundamente Inés en su día, e incluso estuvo a punto de romper con Eloísa para irse con Inés, pero finalmente no ocurrió, finalmente valoró todo lo que le unía con Eloísa, y los años pasados hasta el momento con ella. También valoró el hecho de que a pesar de los años de matrimonio que llevaban hasta entonces, su mujer no había dejado de interesarle en la cama, sino todo lo contrario. De hecho, ahora, veinticinco años después, todavía la deseaba como a ninguna otra. No es que las demás no le gustasen, no es que no se girara para seguir con la mirada a más de una moza, pero

la atracción que sentía hacia Eloísa era indescriptible, inigualable a la que ninguna otra le podía ofrecer. Su relación se había reajustado con el tiempo, el hecho de que él no tuviera el papel activo, sino más bien el pasivo en su relación, le permitía evitar frustraciones. De ese modo no estaba pendiente de sus deseos sexuales ni de solicitar relaciones sexuales a Eloísa y que esta se negara porque le doliese la cabeza, porque estuviese con la regla, o por tantas y tantas situaciones parecidas. De ese modo él se encontraba en una situación tranquila y plácida, y se había acostumbrado a pensar poco en el sexo, salvo para plasmar situaciones calientes en sus novelas. Ahí es donde él había conseguido también una forma de sexo, una forma de relación consigo mismo a través de sus personajes, relación que no se limitaba a las escenas de sexo, sino a todo lo demás, acababa siendo cada uno de los personajes, sintiendo lo que cada uno sentía y naciendo, viviendo y muriendo con cada uno de ellos.

Cuando Eloísa quería sexo, no lo pedía, simplemente se desnudaba en la cama y él ya sabía lo que tenía que hacer. Sus relaciones eran variadas y casi todas satisfactorias, pero tenían un denominador común, y era el protagonismo de ella, ella era quien dirigía la escena, y la que decidía en todo momento si estaba arriba o estaba debajo, o lo hacían por detrás o simplemente se masturbaban mutuamente o por separado. Ella era el centro de todo durante el acto.

Inés ya no le interesaba como pareja, cierto es que conservaba una gran amistad con ella y se sentía frustrado por haberla tenido que apartar de su vida de una forma tan drástica a causa de las exigencias de su mujer, pero sabía que tenía que hacerlo si quería mantener su matrimonio, y su matrimonio lo era todo. Sabía que sin Eloísa él no sería nadie, ni siquiera podría escribir.

Eloísa, Inés, Eloísa, Inés, ambas daban vueltas alrededor de su cabeza. De vez en cuando aparecía Tasio. Tasio no lo había llamado –pensó- Si no lo había hecho es porque no había sucedido nada digno de mención, tenía su móvil y estaba operativo. A pesar de todo, estaba intranquilo y no había forma de concentrarse.

No podía dejar de sentirse culpable por Inés, Inés no había tenido ninguna relación estable ni se había casado, después de que él la hubiera dejado, y era una lástima, era una mujer inteligente, guapa y sexi, y ya empezaba a tener una edad en la que le sería difícil encontrar una pareja adecuada. Quizás si su relación con ella no hubiera existido, ella hubiera encontrado alguien que estuviera dispuesto a compartir su vida con ella, sin los problemas de otra pareja preexistente. Esto lo hacía sentirse mal, no lo podía evitar.

El móvil sonó insistentemente en el bolsillo superior de su chaqueta de lana virgen. Lo abrió y leyó el número. Era Inés que llamaba desde el bufete.

¡Eso es! –pensó- ¿Cómo no me había dado cuenta antes? –Tasio estaba releendo los textos de la biografía de su amigo por si encontraba algo nuevo.

No era nada del contenido en sí lo que le llamó la atención, sino unas pequeñas letras al lado izquierdo superior de la primera página, en ángulo recto al texto: “confieso7.doc”.

Claro, Héctor guardaba distintas versiones del texto conforme iba avanzando, lo que le permitía recuperar archivos anteriores en el supuesto de tener algún problema con el último. Si la versión que Tasio sostenía en sus manos era la siete como parecía deducirse del nombre del archivo, eso podía significar que en el disco duro de su ordenador todavía estuviesen las seis versiones anteriores del texto, y que algunas de ellas fueran anteriores a posibles modificaciones sugeridas por Eloísa, o simplemente por cambios de criterio de Héctor. Quizás, si tuviese acceso a esos archivos, pudiese llegar a leer algunos textos que no figurasen en la última versión. No era seguro, pero posiblemente pudiera tener acceso a las zonas del texto que Eloísa hubiese “censurado”, a pesar de que Héctor decía que era solo cuestión de algunos pequeños cambios de nombres de personas y lugares.

Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y comprobó que el llavín estaba todavía allí. Miró el reloj y observó que ya pasaba de medianoche. Debería de ir a casa de Héctor y acceder a su ordenador. Se llevaría unos discos para grabar los archivos, sería más seguro que ponerse a leerlos allí mismo, teniendo en cuenta que Eloísa estaba en casa. La había estado siguiendo hasta las 10'30 y por lo que parecía, no tenía intención de salir de casa. Nada más llegar se desnudó y se puso un camisón y zapatillas según pudo entrever desde la calle con sus prismáticos de visión nocturna.

No sabía si se habría acostado ya, o estaría todavía despierta leyendo o viendo la tele. También sería posible que esperase a alguien, aunque no era probable porque se había desmaquillado y recogido el pelo. Si esperase tener algún encuentro sexual esa noche, seguro que se hubiese preocupado de tener otro aspecto.

Dejó nerviosamente el texto encima de su cama, volvió a comprobar que el llavín seguía en su sitio, y salió en dirección a casa de Héctor.

Aparcó a un par de calles de distancia, el aparcamiento a esas horas resultaba muy complicado, y se dirigió a pie hasta el domicilio. Al llegar vio luz en el dormitorio, se resguardó en un portal cercano e intentó ver el interior con los prismáticos. No la podía ver a ella, pero sí que se veían unas sombras en la pared por las que dedujo que estaba leyendo, acostada en su cama. Estaba sola. El resto de las luces de la casa estaban apagadas.

La luz no se apagó hasta pasadas las dos de la madrugada, a Tasio le dolían las piernas, había dado varias vueltas por la manzana y por los alrededores para no llamar la atención estando tanto tiempo parado en un mismo lugar. Se cruzó con un par de borrachos inofensivos y malolientes, uno de ellos le pidió un cigarrillo con voz gangosa y aliento fétido. Debía de tener piorrea porque nunca había oído algo tan nauseabundo. Tenía casi todos los dientes, pero su aspecto era repugnante, sin duda pronto empezarían a caerle todos. Se limitó a cambiar de acera, sin siquiera contestarle, tampoco quería que se fijasen en él y luego pudieran decir que lo habían visto.

Después de numerosas vueltas por el vecindario, vio también a una pareja haciéndose arrumacos en el interior de un coche. Ella llevaba una falda ligeramente larga pero que tenía remangada hasta casi la cintura. El joven que la acompañaba tenía una de sus manos debajo de las bragas de ella y la manoseaba mientras la besaba. Él no pudo evitar mirar la escena, ella abrió los ojos que tenía cerrados hasta ese momento y se le quedó mirando, pero no cesó de besar a su novio ni intentó taparse. Pareció que aquello la excitaba. No volvió a cerrar los ojos hasta que él siguió su camino. Un coche patrulla pasó por la calle vecina.

Finalmente, poco después de las tres de la madrugada, se decidió a subir a casa de Héctor, no utilizó el ascensor, odiaba los ascensores desde que en una ocasión, de chico, se quedó encerrado toda una tarde entre dos pisos. Subió por las escaleras silenciosamente, sin encender la luz, no quería arriesgarse a que algún vecino curioso se percatase de su presencia. Finalmente llegó al tercer piso, sacó el llavín del bolsillo y lo introdujo con mucho cuidado, muy despacio. Una vez en el interior, totalmente introducido el llavín en la cerradura, lo mantuvo así un par de minutos, mientras intentaba oír algún ruido en el interior de la vivienda. Quería asegurarse de que Eloísa no había oído la puerta. Le dio la vuelta a la llave, también con mucho cuidado, por suerte Eloísa solo le había dado una vuelta a la cerradura, por lo que pudo abrirla en menos tiempo y con menos ruido del previsto. Sacó la llave con cuidado, con mucho cuidado, y entreabrió la puerta. Estaba oscuro, todo en el interior estaba oscuro. Entró, llevaba zapatillas de deporte con suela de goma muy blanda, no hacía ruido sobre aquel suelo, por un momento tuvo miedo de que estuviera encerado y la goma de sus suelas gimiese con el contacto de la superficie abrillantada, no fue así. Se introdujo de nuevo la llave en el bolsillo y cerró la puerta tras de sí. Se dirigía al despacho de Héctor donde sabía que tenía el ordenador, pero no pudo evitar asomarse a la habitación donde se suponía que estaba Eloísa.

Estaba allí, acostada, dormía tranquilamente, una suave, muy suave luz del exterior, mezcla de luna llena y de la luz artificial de las farolas y algún reflejo lejano de luces de algún coche noctámbulo, alumbraban su rostro sereno, tranquilo, suave, bello.

Tenía el pelo recogido y se le veía una de las orejas, pequeña, perfecta, los labios carnosos, limpios de cualquier maquillaje, los tenía entreabiertos.

Después de estar unos minutos mirándola, casi suspirando, se dirigió al despacho. Cerró la puerta al entrar, quería evitar que se oyeran ruidos desde el exterior. Enchufó el ordenador, el ruido le pareció atronador, era increíble como eran de ruidosos aquellos aparatos cuando todo a su alrededor estaba en silencio. Durante el día y rodeados de movimiento y ruido, no se percibía cuan molestos podían llegar a ser, pero entonces, son un silencio absoluto, de madrugada, el ruido parecía tan fuerte y desagradable como la sirena de una ambulancia que atravesara la ciudad. El sistema operativo era el Windows 98, se cargó rápido porque Héctor no tenía otra cosa en el ordenador mas que el Word y el navegador de Internet, no lo usaba para otra cosa que no fuese escribir sus novelas y consultar datos en la red. Por suerte no tenía ninguna contraseña de acceso, por lo que bastó con pulsar la tecla intro cuando apareció la temida pantalla del password. Pronto localizó los archivos de sus novelas, había infinidad de ellos, y pudo observar que todos los títulos se repetían al menos doce o quince veces, seguidos con números correlativos entre sí. Estaban ordenados por orden alfabético, por lo que no le costó encontrar los archivos de CONFIESO, efectivamente, como había supuesto, eran siete. Sacó unos discos del bolsillo de su chaqueta y grabó los siete archivos, en realidad el séptimo no era necesario porque se suponía que era el que él tenía impreso, pero lo copió por si Héctor hubiese añadido algo más. Le bastaron un par de discos para copiar todas las versiones, el formato Word ocupaba poco, los textos no tenían imágenes de ningún tipo.

Apagó el ordenador y la pantalla y se dirigió igual de sigilosamente que había entrado, hacia la salida. Volvió a pasar por la habitación de Eloísa. Seguía dormida, apenas se había movido de su posición anterior, respiraba tranquilamente aunque observó que había entrado en una fase de sueño profundo, se podía ver cómo los ojos se movían debajo de los párpados cerrados. Se acercó a la puerta, la entreabrió, en ese momento la luz de la escalera se encendió, eran las tres y media de la madrugada.

-Mierda –murmuró para sí mientras volvía a cerrar la puerta, quedándose en el interior de la casa-

Era de noche, la luna estaba totalmente llena y su luz plateada alumbraba Valencia dándole un aspecto fantasmal, aunque agradable, como de cuento de hadas. Se echaba en falta una ligera niebla que con su movimiento retozara sobre las fachadas de los edificios, acariciándolos, proporcionándoles bellas sombras en movimiento. En los últimos años se había procedido a la limpieza de muchas fachadas que habían recobrado su antiguo y en muchos casos ya olvidado esplendor. El negro hollín que después de muchos años habían ido acumulando, desaparecía para dar paso a la blanca piedra. Los edificios eran bellos ya antes de su limpieza, pero pasaban desapercibidos porque estaban como ocultos, como hacía el camaleón entre los árboles o las piedras al cambiar de color y mezclarse con su entorno. Ahora estaban limpios ya algunos de ellos, habían perdido su carácter camaleónico que los confundía con el entorno de la ciudad, con el resto de los edificios, tan negros como ellos habían estado, para quedar como desnudos pero inmensamente bellos y bien formados, dejando a la vista todos sus atributos, sin vergüenza alguna, sin querer ocultarse de las miradas. Cada cual había recobrado su personalidad, distinta a la de los demás, aquello que su arquitecto había imaginado y soñado antes de que fueran construidos, cada uno era único, diferente. No se podía pasear por la ciudad ignorándolos una vez más como hasta entonces, la vista del viandante se escapaba hasta las fachadas, parecían haber surgido de la nada, cuando después de meses cubiertos con enormes andamios y telas, quedaban al descubierto. Era como si una mujer fea, insípida, saliera de la consulta de un cirujano que después de muchas horas de trabajo hubiera agraciado los rasgos de su cara, limpiado sus impurezas, eliminado sus arrugas acumuladas por los muchos años de una vida ajetreada, llena de estrés, de cansancio, de humillaciones, y saliera deslumbrante, moviendo las caderas descaradamente

porque quisiera salir del anonimato, del anonimato de ser una más entre miles para pasar a ser de nuevo ella, la más bella de entre todas.

Caminaba por las calles sola, se sentía libre, feliz, como si flotara, reía y daba vueltas sobre sí a la vez que seguía caminando. Se quitó los zapatos y siguió andando descalza, los zapatos quedaron abandonados, tristes, en posición obscena sobre la sucia calle. Ella seguía caminando, seguía riendo, se quitó la blusa que dejó flotar en el ligero viento de la noche, se quitó igualmente el sujetador que atenazada sus pechos, que los oprimía como el comunismo oprimía al pueblo, el sujetador cayó al suelo, sus pechos se vieron libres y se cimbreaban satisfechos mientras ella seguía caminando, parecieron sonreír. Pronto estuvo desnuda, totalmente desnuda, la calle seguía desierta, ella era libre. En uno de sus giros perdió la sonrisa, a lo lejos vio un hombre que como ella se había desnudado, la seguía, iba a su mismo ritmo, ni más rápido ni más despacio, la seguía, su enorme miembro se movía como el badajo de una enorme campana, derecha, izquierda, derecha, izquierda, golpeando con suavidad ambos muslos mientras caminaban. Su pecho estaba cubierto de grandes cantidades de vello negro entremezclado con algunas canas, como si de un viejo y gran mono se tratara. En la parte superior de las manos, e incluso entre los dedos, también tenía grandes cantidades de pelo, no así en el resto del cuerpo en el que apenas tenía, incluso en la zona de su pubis tenía un vello más escaso del normal. Su miembro seguía cimbreante, derecha, izquierda, derecha, izquierda.

Ella empezó a correr, ya no podía recuperar su ropa que había quedado dispersa a lo largo de más de quinientos metros de calle iluminada por la luna llena. De un portal surgió un mendigo sucio, borracho, extendió su mano que rozó uno de sus pechos que se agitaban al viento, incitados por la carrera de su dueña. Seguía corriendo, corriendo y mirando hacia atrás, todavía notaba el asqueroso contacto de la sucia mano sobre su pecho. El individuo corría también, el badajo se movía más rápidamente, la distancia entre él y ella se acortaba. Algunos coches empezaron a recorrer las calles, sus conductores se giraban para verla pasar, uno de ellos incluso se detuvo totalmente en medio de la Gran Vía y lanzó un sonoro silbido. Apenas la separaban ya unos diez

metros del enorme hombre mono que la perseguía. El pánico se apoderó de ella y se torció un tobillo, su cuerpo desnudo, perfecto, bello, limpio hasta ese momento, rodó por el suelo y su blanco impoluto se fue transformando en una especie de bronceado artificial irregular. Quedó mirando hacia arriba, indefensa, sucia, con el pelo mojado a causa de un charco cercano. Aquel enorme miembro había dejado de moverse a derecha e izquierda, estaba quieto, sobre ella. Ella gritó, gritó una y otra vez, gritó y su propio grito la despertó. Se incorporó de la cama, entre jadeos, sudada, asustada. No era la primera vez que había tenido esa pesadilla, se repetía cada cierto tiempo, pero cada vez parecía más real, más larga. Siempre acababa igual, con la vista de aquel hombre horrible y sus enormes atributos sobre ella.

Eloísa estaba desnuda, como en el sueño, sudada, como en el sueño, y asustada, como en el sueño. Se levantó de la cama y se dirigió al baño. Necesitaba una ducha, se sentía sucia, como en el sueño.

Estaba en casa, sola, triste, unas pequeñas y saladas lágrimas corrían por ambas mejillas hasta morir juntas en el mentón de su bonita y delicada barbilla. Estaba sentada en la cama de su habitación, una habitación casi infantil, donde todavía se conservaban algunos peluches de su niñez, donde el color de las paredes era todavía de un rosa pálido, donde sobre una mesita había un par de viejas Barbies, a una de las cuales le faltaba un zapato, tan viejas y abandonadas como ella misma se sentía.

La televisión, al pie de la cama estaba enchufada, pero sin voz, las imágenes del telediario estaban llenas de violencia, de guerras, todo el mundo parecía estar loco, todos parecían querer matar, odiar sin fin. La guerra desapareció de repente, un presentador siguió a otro y pronto se dio paso a los chubascos de los próximos días, zonas soleadas se combinaban con lluvias en una mapa, por encima del cual deambulaba graciosamente un globo con el anagrama de Renault, de fondo, la voz del

hombre del tiempo, voz que ella imaginaba porque no escuchaba, porque el sonido del televisor seguía desconectado.

Ella sostenía en una mano el teléfono, sonaba y sonaba, hasta que la comunicación se cortaba. Lo volvía a intentar y el teléfono volvía a sonar una y otra vez hasta que se volvía a cortar. Nadie lo cogía al otro extremo.

Después de hablar con su amiga Carmen, siguió un impulso y tomó la decisión de llamar a Héctor, lo quería, y no iba a permitir que su mujer se interpusiera entre ellos, no le importaba lo que sucediera con su matrimonio, estaba dispuesta a llevárselo con ella, a que de nuevo compartiera su cama, su vida. Él le había pedido que no la llamara más, pero Carmen tenía razón, ella debía defender su terreno, ella tenía unos derechos, ella había perdido la ocasión de ser feliz por estar con él, y él la rehuyó, pero sabía que la quería, sabía que la había dejado porque Eloísa se interpuso en su relación, porque no la soportaba, porque los celos la comían. La odiaba, Inés odiaba a Eloísa, y sabía que Eloísa la odiaba a ella tanto como ella misma pudiera odiarla, el odio era mutuo, incesante, enorme, creciente, inagotable, el odio era lo suficiente como para desear la muerte de la contrincante, para desear la desaparición definitiva de la otra.

Héctor no contestaba, lo había llamado antes desde el bufete y tampoco contestó, lo estaba llamando al móvil porque sabía que había salido de viaje, la propia Carmen se lo dijo, no sabía cómo se había enterado, pero parecía saberlo.

Lo volvió a intentar, en esta ocasión el teléfono no sonó repetidamente, sino que la voz de una operadora, voz que sonaba mecánica, metálica, advertía que el teléfono estaba desconectado o fuera de cobertura.

¿Qué pasaría si ahora llamaba a casa en lugar de llamarlo al móvil y hablaba con Eloísa? Eloísa sí que cogería el teléfono, entre otras cosas porque no sabría quien llamaba, a diferencia de Héctor que no cogía el teléfono porque identificaba sus números en el maldito visor de su Motorola. Y en el caso de que supiese que era ella, seguro que también lo cogería, no podría aguantar la curiosidad de averiguar por qué llamaba a esas horas, pensaría que estaba buscando a Héctor, pensaría que ella no

sabía que Héctor estaba de viaje. Lo cogería, aunque solo fuera por el deseo de llamarla zorra una vez más, de escupirle exabruptos por el auricular del teléfono, de tener el placer de colgarle si le apetecía. Así estuvo, sobre la cama, durante varias horas, las imágenes en colores del televisor se iban sucediendo y los personajes mudos iban cambiando, hasta que desaparecieron, una especie de nevada invadió la pantalla, un movimiento extraño y fantasmagórico se adivinaba al otro lado del cristal. La luz del cuarto la había apagado una hora antes y ahora esa luz nerviosa del televisor era la única que alumbraba de forma también nerviosa las paredes rosa de la habitación. Pasaban ya de las tres de la madrugada. Finalmente se decidió a llamar a Eloísa. Marcó su número y puso el auricular sobre su oreja izquierda. El teléfono empezó a sonar al otro extremo de la ciudad.

CAPITULO VIII

-¿Qué demonios estaba ocurriendo? –se preguntó Tasio-

Miró el reloj y eran las tres y media de la madrugada. Estaba en el despacho de Héctor, con las luces apagadas y la puerta cerrada, agachado detrás del sofá porque los acontecimientos se habían disparado. Cuando se disponía a salir, la luz de la escalera acababa de encenderse, por lo que decidió esperar hasta asegurarse de si quien había entrado era un vecino del bloque, o por el contrario, cosa poco probable a su parecer, se dirigía a casa de Héctor. No era prudente esperar en el pasillo, por lo que retrocedió hasta el despacho de Héctor. En ese momento unos gritos lo asustaron, notó un escalofrío a lo largo del espinazo. Era Eloísa, al principio creyó que

la estaban atacando, pronto se dio cuenta de que había sufrido una pesadilla, por lo que volvió a dirigirse al despacho. El teléfono sonó. ¿A quien se le ocurre llamar a esas horas?

Eloísa se había despertado y había salido al pasillo, fue entonces cuando sonó el teléfono. Por lo visto el único teléfono de la casa estaba en el despacho de Héctor, de manera que unos segundos después de agazaparse detrás del sofá, la puerta se abrió, la luz del despacho se encendió, el molesto sonido del teléfono seguía sonando. Parecía una escena de la película de Hitchcock, Crimen perfecto, con el teléfono sonando, la protagonista dirigiéndose a cogerlo, y el asesino escondido detrás de la cortina, en este caso una pequeña modificación del guión hacía que Tasio estuviera detrás del sofá, y Eloísa estuviera desnuda, a diferencia de la protagonista original.

-¿Dígame? –era la voz de Eloísa, algo ronca por su reciente despertar-

-¿Sí? –insistió-

Nadie contestó al otro extremo del aparato. Tasio podía ver los pies descalzos de Eloísa por debajo del sofá, sus uñas todavía tenían restos de esmalte rojo. Desde donde estaba apenas podía verla hasta la altura de los tobillos. Se arriesgó a asomarse por uno de los laterales del sofá, con mucho cuidado, sin hacer ruido. Eloísa estaba totalmente desnuda, Tasio sintió un cosquilleo agradable mezclado con una ansiedad insoportable por su delicada situación. Todavía sostenía con una mano el auricular del teléfono, a pesar de que daba la sensación de que no había nadie al otro extremo. La posición del brazo ocultaba sus pechos, pechos que imaginó Tasio recordando la cinta de video grabada unos días atrás en casa de Julio. Unos pechos de tamaño medio que lo habían cautivado. Ahora estaba allí, desnuda, casi al alcance de su mano. ¿Qué ocurriría si se levantaba de donde estaba? ¿Cómo reaccionaría Eloísa?

Estuvo a punto de hacerlo, su deseo de estar con ella, de besarla, de protegerla, de acariciarla, era cada vez mayor. Se imaginó a si mismo haciéndola el amor. Hubiera dado cinco años de su vida por desinhibirse de su timidez, de su prudencia, pero algo lo retuvo, pensaba en Héctor, aunque no pudo dejar de mirarla furtivamente. Las

imágenes del video le venían a cada momento a la cabeza, entremezcladas con lo que podía ver desde su incómoda posición.

Eloisa colgó el teléfono, uno de sus pechos quedó al descubierto desde su observatorio secreto. Tasio casi babeaba, no se movió. Si Eloísa hubiera dirigido su mirada hacia donde él estaba, seguro que lo hubiera visto, estaba como hipnotizado.

Había pasado el suficiente tiempo como para que la persona que había encendido la luz de la escalera hubiera llegado al tercer piso. Tasio supuso que se había tratado de algún vecino que ya se habría metido en casa, quizás borracho, quizás algún amante a escondidas que iba a hacerle el amor a alguna de las vecinas, mientras su marido patrullaba por la noche, o hacía de guardia de seguridad en alguna fábrica de algún polígono cercano. Quizás alguien que había oído algún ruido y simplemente salió al rellano y enchufó la luz para ver si veía algo extraño. Posiblemente la muchachita de las braguitas de nylon que se le había quedado mirando, con lascivia, mientras su novio la besaba y le metía los dedos en su delicado y sonrosado coñito, o el borracho que había entrado en el portal para resguardarse del viento.

Eloísa salió del despacho, apagó la luz, aunque dejó la puerta abierta. Tasio esperó sin moverse. Pronto oyó el ruido de la ducha, era el momento de irse.

Héctor optó por desconectar definitivamente el móvil, lo dejaría sin línea un par de horas antes de volverlo a conectar. Se sentía culpable una vez más, posiblemente Inés tuviera algún serio problema y lo llamaba a él porque no tenía a nadie más a mano que la pudiera ayudar. Su comportamiento le pareció deleznable, pero no podía hacer otra cosa. Si atendía la llamada, sabía que no podría escondérselo a Eloísa, que tendría que contárselo, o antes o después se enteraría. Si no la contestaba, quizás también Eloísa acabara averiguándolo, pero siempre le quedaba la salida de que se había comportado correctamente no contestando las insistentes llamadas de Inés.

-¿Por qué no me dijiste que te estuvo llamando? –Le diría su mujer-, pero él tendría una salida digna.

Por otro lado, no podía dejar de pensar en los motivos de tanta insistencia por parte de Inés. Le dijo claramente que no debía de volverlo a llamar. Él mismo dejó de hacerlo totalmente. Por un momento llegó a pensar que quien llamaba no era ella, al fin y al cabo en el bufete había más gente y él había trabajado allí durante algunos años, pero las llamadas posteriores, desde el teléfono de casa de ella, lo sacaron de cualquier duda razonable. Era Inés quien insistía en comunicar con él. ¿Le sucedería algo? ¿O simplemente quería insistir en verlo? No sabía que prefería, si lo uno o lo otro. El hecho de que le sucediera algo y lo necesitase, lo hacía sentirse mal, pero se justificaba pensando que otra persona de su entorno podría ayudarla. Si lo que quería era contactar con él, si quería verlo, si quería besarlo, si quería reavivar su relación, irse a la cama con él, entonces quizás la situación fuera peor porque seguro que seguiría insistiendo, y él no podría esconderse de por vida. ¿Cuántas veces, desde que dejaron de salir juntos le había pedido que quería un hijo suyo?, cientos. El enfrentamiento final entre Eloísa e Inés sería inminente, y el más perjudicado acabaría siendo él mismo, que estaba como entre la espada y la pared con aquella maldita situación. ¿Cómo podría acabar con esa agonía, con ese malvivir?

De pronto se imaginó a Inés tirada en el suelo, desangrada al lado del teléfono desde donde estaba llamándolo para pedirle ayuda. Alguien quería matarla y le estaba pidiendo ayuda. Ayuda que él le había negado. Su imaginación siguió su camino, de repente recordó que estaba en Segovia, al pie de la Catedral, en la Plaza Mayor, aunque hubiera descolgado el teléfono no hubiera servido de nada, no hubiera podido acudir a salvarla, pero podría haber llamado a la policía y pedir socorro en nombre de ella, hacer que se acercaran hasta su domicilio y la salvaran de aquel desalmado que la había matado.

Tenía el rostro desencajado, sus pensamientos fluían a borbotones y ya no sabía que pensar, no sabía como justificarse, no sabía lo que le ocurría a Inés, sintió angustia, una presión en el estómago, y no pudo evitar vomitar allí mismo, frente a la catedral,

justo donde las gitanas venden sus encajes y sus flores, justo donde las gitanas echan sus maldiciones a aquellas personas que se niegan a comprarles sus flores cuando ellas insisten en que les traerán suerte. Pero las gitanas no estaban a esas horas. Algunas personas lo miraban desde los soportales cercanos. Pensarían que estaba borracho.

No sabía qué pensar, no sabía qué hacer, los ojos se le hicieron acuosos, se le llenaron de lágrimas, lágrimas contenidas que no llegaron a escapar de aquellos pequeños lagos gemelos entristecidos.

Se acercó a la parada de taxi, esperaba que el taxista no lo hubiera visto vomitar. Necesitaba dormir, necesitaba la cama de su habitación en el Parador, necesitaba pensar, quizás mañana las cosas estuvieran más claras, quizás mañana podría escribir más que hoy, quizás mañana Inés volviera a llamar y él se atreviera a coger el teléfono. Posiblemente lo volvería a dejar sonar, sonar, sonar...

Se había acostado tarde y no podía dormir, había llegado a casa casi borracho, a pesar de que solo había tomado dos cervezas, aunque eso sí, de las grandes, de las de medio litro, pero no estaba acostumbrado a ningún tipo de alcohol. Lo más, un vasito de vino cuando comía en casa de sus padres, pero con aquellas copiosas comidas, platos repletos de paella, el alcohol desaparecía sin dejar rastro. Pero esa tarde, cuando salió del trabajo, se sentía deprimido, se sentía solo y se metió en un bar, un bar bastante oscuro, como en el que tomaba Homer Simpson sus cervezas con los amigotes de la Central Nuclear.

Pidió una cerveza que bebió rápidamente, y enseguida pidió otra que le duró algo más, aunque no mucho, posiblemente le habían hecho tanto efecto y se le habían subido a la cabeza porque las había tomado muy rápidamente, porque además, no

había probado bocado desde el desayuno de la mañana, no había comido por el mediodía, no tenía hambre, y quizás porque no acostumbraba a beber. Quizás por una mezcla de todos estos factores. El caso es que llegó hecho polvo a su casa, aunque tarde porque estuvo paseando durante horas por la ciudad, como un borracho más entre tantos otros. Curiosamente no se le pasaba el efecto del alcohol. Quizás si comía algo –pensó–, pero no comió nada, no tenía hambre.

Cuando finalmente llegó a casa, se echó sobre la cama y durmió un poco, aunque se despertó enseguida y ya no pudo volver a dormir. Así estuvo hasta pasadas las dos de la madrugada, todo le daba vueltas, la lámpara del techo aparecía y desaparecía, primero estaba en el techo y luego se escapaba hasta debajo de la cama dibujando una parábola casi perfecta en el aire, para volver a salir de inmediato de debajo de la cama y situarse de nuevo en el techo. El armario también parecía tener vida, se movía y con su ojo de cíclope lo miraba. Sí, era un cíclope, aunque su ojo no estaba en el centro de su frente, estaba a un lado, era un cíclope deforme. Rió.

Julio se levantó, estaba todavía mareado, pero algo había hecho que parte de su abotargamiento se desvaneciera. ¿Qué era aquel ojo en el armario?

Se subió encima de una silla y lo pudo ver de cerca, sí, aquello era una maldita cámara. Lo estaban vigilando. ¿Desde cuándo estaría allí instalada? Pensó en Eloísa, primero pensó en que debía avisarla, debía decirle que los habían estado espiando y que quizás estuviera en peligro. Luego pensó que no debía decirle nada, pensó que era ella quien lo vigilaba, quien había instalado allí la cámara para grabarlo, para grabarlos juntos cuando hacían el amor, para controlarlo si lo hacía con alguna otra, o simplemente para ver cómo se desesperaba por las noches cuando ella no estaba y acababa masturbándose.

Pero si era así, ella lo había traicionado, de ser así, también tendría que decírselo, no solo decírselo, sino pedirle explicaciones. Quería saber más de ella, qué pretendía de él. ¿Acaso lo estaba utilizando? ¿No estaría utilizando las grabaciones para su posterior comercialización? ¿No estaría en manos de alguna organización criminal

dedicada a la pornografía y Eloísa sería una de sus prostitutas? Aunque eso no cuadraba con lo que días antes había averiguado.

Si ya se sentía mal por su extraña situación, por su no saber qué ocurriría con Eloísa, con su lasciva relación, todavía empezó a sentirse peor ante tanta duda, ante tanta sospecha. ¿Qué haría si averiguaba que ella estaba detrás de todo? Si ella era la que había instalado la cámara, ¿Cómo reaccionaría? Posiblemente ahora mismo lo estuviera controlando, quizás lo había visto llegar borracho y había visto cómo se levantaba para coger la cámara de su sitio. Si era así, estaría ya advertida.

No sabía qué hacer, finalmente se decidió por meterse la cámara en el bolsillo y dirigirse a casa de Eloísa.

...

Llegó poco después, ya más despejado por el fresco de la madrugada. El portal estaba abierto, entró y encendió la luz. Subió las escaleras.

Cuando estaba por el segundo piso oyó unos gritos. El corazón le palpó rápidamente. Le pareció Eloísa. Sabía que vivía en el tercero, la había seguido un par de días antes. Había descubierto que estaba casada y que tenía un hijo ya adulto. Su marido era rico, era un escritor famoso, Ramos, o Robles se llamaba. Se había sentido utilizado, de ahí su malestar. Parecían felizmente casados por lo poco que pudo averiguar. ¿Qué pintaba él en toda esa situación? No lo sabía. De ahí su estado melancólico, de ahí su borrachera, él, que no estaba acostumbrado a beber. Y ahora eso, la cámara. Al oír la gritar, no sabía por qué, volvió a pensar en la cámara, e imaginó que lo estaban espiando ella y su marido para el guión de alguna película, o el argumento de otra de sus asquerosas novelas. ¿Por qué lo estaban espiando? ¿Qué pretendían? Sus pensamientos eran cada vez más confusos. Nunca había sido una persona brillante, pero en esos momentos se sentía más torpe que nunca.

Subió rápidamente hasta el tercer piso y siguió hasta situarse en el rellano intermedio entre el tercero y el cuarto. Decidió esperar a ver qué ocurría. Oyó sonar el teléfono. La luz se apagó. No la volvió a enchufar, se sentía más seguro, más protegido a oscuras. El teléfono dejó de sonar. Poco después le pareció oír el murmullo del agua,

pero no estaba seguro, y luego aquel tipo saliendo a hurtadillas de la puerta, sin encender la luz.

Colgó el teléfono, después de que dejó de sonar había oído su voz al otro lado del hilo telefónico, era Eloísa.

-¿Dígame?

-¿Sí?

Ella no se atrevió a contestar, no sabía qué decirle, las lágrimas todavía le recorrían por las mejillas. La idea del suicidio le había pasado muchas veces por la cabeza en los últimos años, pero ese día el sentimiento era más fuerte, mucho más intenso. Sentía unas ganas terribles de morirse, estaba harta de vivir, harta de toda aquella situación, de comportarse como una tonta como le decía su amiga Carmen. Pensó en entrar en el baño y llenar la bañera de agua caliente y luego cortarse las venas. Había oído que si se hacía con el agua caliente, la sangre salía del cuerpo sin apenas enterarse, y uno se sentía flotar hasta que moría dulcemente, como cuando se va al quirófano y lo pinchan a uno para inyectarle la anestesia. En ese momento estás mirando al techo y ves los focos del quirófano. Uno central, redondo, más grande, y otros, también redondos, más pequeños a su alrededor, como satélites del más grande. Primero los ves claramente, distingues la luz que sale individualmente de cada uno de ellos, luego empiezas a verlos borrosos y se mezclan entre ellos. La luz de todos se entremezcla en una única iluminación difusa, intensa, como debe de ser la entrada en el cielo. De repente la oscuridad.

¿Pero por qué tenía que quitarse la vida? Lo que debía hacer es quitar de en medio a su enemiga, a su mayor rival y más odiada hembra del universo. Si acababa con ella, Héctor acabaría en sus brazos. Posiblemente al principio estuviera muy abatido, pero se le pasaría, el tiempo todo lo cura, y allí estaría ella para consolarlo de tan enorme pérdida. Él se casaría con ella, estaba segura. Su hijo ya estaba crecido, por lo que no

les daría problemas, Héctor sería totalmente para ella, no tendría que compartirlo con nadie, su espera habría valido la pena. Ahora estaba de viaje, sin duda estaría unos días fuera. ¿Por qué no hacerlo ahora? ¿Por qué no matarla ahora que no podían acusarlo a él? De nada serviría matarla si acababan acusándolo a él del crimen, al fin y al cabo, el marido siempre es el mayor sospechoso. Hasta es posible que tengan alguna póliza de seguro que lo llenase de millones después de la muerte de su mujer. Esas cosas siempre las tienen en cuenta los policías. ¿Quién se beneficia del crimen? Es la primera pregunta que se hacen. Se levantó de la cama y cogió un cuchillo de la cocina, uno pequeño pero el más afilado. Salió de casa con el pequeño cuchillo en el bolso.

...

Cuando llegó cerca de casa de Héctor, a un par de calles de distancia, se cruzó con alguien que subía a un pequeño Corsa. Se miraron. A ella le sonaba esa cara, estaba segura de haberlo visto en alguna ocasión, sí, creía recordar que lo había visto con Héctor alguna vez.

Eloísa se sentía muy extraña. Aquel sueño la había intranquilizado mucho, ahora estaba ya más relajada, el agua recorriendo su cuerpo la tranquilizaba, pero sentía cosas raras, sentía como si un montón de personas estuvieran pendientes de ella, a su alrededor, el teléfono también la había intranquilizado. ¿Quién habría llamado? Si Héctor hubiera contratado aquel servicio de telefónica para saber quien llama, ahora no estaría tan intranquila. Pero notaba auras de otras personas cerca de ella, y no eran los vecinos, los vecinos estaban durmiendo, aunque quizás alguno se había despertado con sus gritos y el posterior timbre del teléfono. Pero lo que notaba era

distinto, pero no sabía interpretarlo. ¿Sería que Héctor estaba en peligro? A veces notaba esas cosas, cuando alguien cercano a ella le pasaba algo, ella se ponía alerta. Unas veces acababa averiguando lo que sentía, pero la mayoría de las veces simplemente sentía cosas, así, sin más.

Llevaba muchos meses leyendo cosas sobre magnetismo, brujería blanca y un sinfín de cosas relacionadas con la psique, porque quería controlar su magnetismo si es que realmente lo tenía, o lo que fuere aquello que ella sentía en su interior. Ella sabía que era mucho más sensible de lo normal, a las cosas, a los sentimientos de los demás. Héctor nunca había podido engañarla, ella siempre sabía cuando mentía. Incluso notaba si estaba con otra.

La semana pasada había leído que algunas personas tienen un magnetismo especial porque ya de antaño, cuando las personas estaban en mayor contacto con la naturaleza, el estar expuestos a los rayos de las tormentas era más habitual que ahora. Dicen que cuando a alguien le cae cerca un rayo, a menos de cincuenta metros, parte de la electricidad del rayo carga a la persona como si fuera una batería. Y no solo eso, sino que algunas de esas cargas de energía se transmiten por los genes de una generación a otra. Por eso los radiestesistas son tan sensibles, y les basta con utilizar medios sencillos como varillas de madera, alambres o péndulos, que simplemente utilizan para canalizar su magnetismo.

Cuando ella leyó eso, un escalofrío le recorrió el cuerpo, porque sintió que podía ser una explicación a su sensibilidad, a sus sentimientos tantas veces incomprendidos por los demás. Recordó que su madre le había contado muchas veces que de niña, estando en el patio del colegio, le cayó un rayo a pocos metros que destrozó una encina. La mujer, niña entonces, estuvo varios días sin apenas poder ver nada debido al fuerte fagonazo. Quizás esa era la explicación de porqué ella sentía cosas. Cosas de las que Héctor se burlaba porque no las entendía. La llamaba brujita, pero sabía que no la tomaba en serio.

Ahora estaba sintiendo muchas cosas, sentimientos contrapuestos, pero casi todo negativo, y estaba relacionado con ella. Con ella y posiblemente con Héctor. Se sentía espiada.

Salió de la ducha y se secó rápidamente. Entró nerviosa a la habitación y cerró las ventanas. Corrió las cortinas e hizo lo mismo en las otras habitaciones. Encendió las luces de toda la casa. Sentía ojos por todas partes.

CAPÍTULO IX

Había llegado agotado a casa la madrugada anterior, por lo que no tuvo ganas de ponerse a comprobar si las copias de los archivos eran recuperables desde su ordenador. Había llegado pasadas las cuatro de la madrugada y estaba muy nervioso. Todo se había conjugado para ponerlo nervioso, todo había salido bien hasta que se dispuso a salir de casa de Eloísa. ¿Quién iba a pensar que a esas horas habría tanto tráfico? Gente entrando al portal, Eloísa despertándose violentamente a la misma hora, a gritos, el teléfono sonando, y luego aquella mujer que lo vio subir al coche. Le estuvo dando muchas vueltas, sabía que la conocía, que la había visto en numerosas ocasiones, o quizás no tantas, pero estaba seguro de haberla visto antes. Pero hasta ese momento no cayó en la cuenta de que era Inés. Sí, estaba seguro, era Inés, Héctor se la había presentado años atrás, cuando coincidieron en una fiesta nocturna. ¿Qué hacía Inés a esas horas tan cerca de casa de Héctor? Que él supiera, ella no vivía por allí cerca, además, no eran horas para ir deambulando por la calle.

Los nervios no abandonarían su cuerpo al menos en una semana. Esperaba realmente que los archivos estuvieran bien porque no sabía si se atrevería a volver a entrar en casa de Héctor, además, el hecho de que lo tuviera que hacer de nuevo a escondidas de él, lo ponía más nervioso todavía. No sabía si había actuado bien o no, pero ya lo había hecho y estaba dispuesto a leer cada una de las versiones y subrayar todo aquello que le pareciese nuevo o distinto con respecto a la versión que ya había leído.

Se avergonzaba de sus deseos ocultos, de haber soñado con Eloísa, con su precioso cuerpo. La recordaba desnuda, como la había visto cuando sonó el teléfono, y la recordaba haciendo el amor con aquel maldito Julio en la cinta de video. Sentía celos, era increíble, pero sentía celos. ¿Cómo podía sentir celos de una mujer que no era la suya? De una mujer con la que nunca había tenido relación sexual alguna, de la mujer de su mejor amigo, que además, sabía que le había puesto los cuernos. El mismo Héctor no estaba celoso a pesar de saberlo, o al menos eso era lo que él decía. Tasio no estaba seguro de que eso pudiera ser, pero el hecho de que él mismo sintiera celos, todavía lo entendía menos. Nunca había tenido sentimientos tan fuertes por ninguna hembra. Esa noche incluso empezó a pensar que se había enamorado, pero desechaba aquella idea absurda de su cabeza. Él no podía estar enamorado, no podía enamorarse de Eloísa. De Eloísa no.

-¡Dios!. Qué complicado es todo esto –pensó en voz alta mientras sacaba los disquetes del bolsillo de la chaqueta-

Enchufó su ordenador y al oírlo vibrar ligeramente, recordó cuan ruidoso le había parecido el de Héctor rodeado del silencio de la madrugada.

Introdujo primero un disco y luego el otro y restauró las copias de seguridad sin problemas. Se sintió como un genio de la informática, orgulloso de sí mismo.

Localizó los archivos en el disco duro y abrió en el Word el que llevaba por nombre “confieso1.doc”, suponía que era el primero. Este archivo apenas contenía cuarenta páginas del libro. Iba a leerlo en pantalla, pero finalmente decidió imprimirlo, a pesar de que su impresora era bastante lenta. De ese modo podría rayar el documento a voluntad y hacerse cuantas anotaciones al margen necesitase, y sería mucho más cómodo que estar pegado a la pantalla durante horas.

Imprimiría todos los archivos y a media mañana empezaría a leer el primero.

Sería bueno desayunar. Pensó en una buena taza de chocolate caliente con churros, humeante, dulce, con el chocolate espeso, muy espeso como se lo preparaba su madre de niño. Seguro que lo relajaría. Sí, lo necesitaba. La imagen de Eloísa, etérea,

desnuda, se apoderó de nuevo de sus pensamientos, quedó como absorto, ni siquiera notó la erección incipiente debajo del pantalón.

Estaba todo hasta los topes, desde que habían inaugurado el garito unas semanas atrás, no había forma de pillar mesa, pero sus amigos se empeñaban en quedar allí, no comprendía que perra les había entrado con el dichoso local. Nos vemos en el Krassis, Krassis arriba, Krassis abajo, ni que les regalaran la bebida.

A media tarde aquello ya se había puesto imposible, y nada que decir a partir de las diez de la noche. Era cuestión de modas, seguro que en unos meses habrían abierto algún otro cerca de por allí y el Krassis tendría que cambiar su nombre por el de Krissis. La gente siempre ha sido muy gregaria, y le gusta ir donde más gente hay. Basta ver un bar o un pub con poca basca, para que no se coma un rosco en toda la noche. En el momento ves movimiento, entonces empieza a apetecerte entrar, y cuanto más gente hay, más quiere entrar, es todo muy absurdo.

Sus amigos, además, no eran demasiado puntuales, siempre le había jodido que no lo fueran, él odiaba llegar tarde a ningún sitio, en eso debía de haber salido a su padre. La puntualidad es una virtud más inglesa que española, no cabía duda, y si para más abundamiento se trataba de gente joven, entonces menos puntuales todavía. Mario, Juancho y el Migue eran de su misma edad, ya estaban todos crecidos y andaban por los veinticinco años, y como era típico de la generación de hoy, todavía estaban lejos de pensar en abandonar el nido familiar. Su padre se casó a los veinte, pero hoy en día no hay quien salga de casa antes de los treinta, al fin y al cabo, ¿Dónde se va a estar mejor que a la sombra de los padres si estos no exigen demasiado ni se meten

con uno? Sus amigos, y él mismo, llegaban a la hora que querían a casa y sus padres apenas si les pedían alguna que otra explicación. Las más de las veces ni un solo comentario. Tenían tele en la habitación y hacían lo que les venía en gana. Muchas veces pasaban la noche fuera, o se juntaban en el chalet del padre de Juancho. Era un chalet cojonudo en las afueras y cuando cogían una mierda demasiado grande, entonces preferían pasarla juntos en el chalet. Juancho siempre llevaba las llaves, y el muy borde, algunas veces desaparecía, con las llaves y con alguna tía. Cuando eso ocurría, todos sabían dónde iba a beneficiársela. El padre del Migue era un poco burro y si le había dado por beber, lo mismo se metía a hostias con la Paqui, su mujer, que con el Migue si llegaba en mal momento. Pablo nunca lo había querido acompañar a casa por no arriesgar, el tío estaba zumbado. La verdad es que el Migue tampoco era muy largo que se diga, pero era buena gente, aunque una vez se le fue la mano con su chica y el hermano de esta le partió la cara, así, literalmente. Todavía se podía apreciar la larga cicatriz que le bajaba desde el lóbulo de su oreja derecha hasta el centro del mentón. El Migue estaba muy orgulloso de su cicatriz. Decía que ligaba más, que a las tías les molaban esas cosas. Pablo pasaba del tema. Mario era un poco afinado, aunque parecía ser que también le iban las tías. Nunca se sabe, hoy en día hay mucha gente a la que le va cualquier cosa, y lo mismo se lía con una chavalita rubita delicada y mona que con un negrazo de un metro noventa. Juancho era el único de la breve pandilla con algo más de dos dedos de frente, además de él mismo, claro, porque Pablo se consideraba el más inteligente, aunque no le servía de mucho en aquel ambiente. Juancho era de los primeros en clase en el instituto, de los que le daba por empollar hasta las tantas de la madrugada, mientras los otros tres se iban de fiesta. Pablo lo solucionaba leyendo a última hora los textos. Tenía una memoria fotográfica, le duraba poco, eso sí, porque luego lo olvidaba casi todo, pero para los exámenes era una fiera. Le bastaba con leer los temas una sola vez una o dos horas antes del suplicio de las aulas. A Juancho le costaba sudor y lágrimas, pero el tío se lo ganaba, y difícil era que suspendiera alguna.

Pero a Pablo le aburría todo, desde segundo de básica la cosa de la escuela ya le empezó a cargar. Sus padres lo llevaron al psicólogo en más de una ocasión, y hasta les llegaron a decir que lo que ocurría es que su hijo era demasiado inteligente y por eso se aburría en clase, pero no era lo suficientemente inteligente como para considerarlo un niño superdotado, así que a joderse, a aguantar los rollos de los mediocres por no estar capacitado para estar con la élite. Estaba en un punto intermedio que para lo único que le servía era para aburrirse. Se estuvo aburriendo durante años, y ya en el instituto empezó a suspender, ya ni se molestaba en leer los temarios antes del examen. Muchas veces ni se molestaba en ir al examen. Durante un tiempo se esforzó por copiar algunas cosas, aunque era absurdo porque mientras preparaba las chuletas memorizaba los temas, y luego no era necesario que las utilizase. Pero era aburrido, muy aburrido. ¿Para qué coño quería aprender aquellas boberías que luego no aprovechaban para nada?

Llevaba con sus amigos lo menos quince años, se habían acostumbrado unos a otros y podría decirse que eran inseparables, aunque muchas veces no se soportaban entre sí, y se tiraban los trastos. Lo que más los separaba temporalmente eran las tías, cuando alguno de ellos se encoñaba con una tía, ya empezaban los problemas. Las tías son en sí un problema según les decía Pablo a los demás, son todas unas plastas que quieren comerte el coco. Bueno, el coco y lo que no es el coco. A veces son divertidas, pero una vez te las has magreado en el asiento de atrás del coche, son como los clínex, mejor desprenderte de ellas.

A Pablo no le iba mucho el rollo de las drogas y el alcohol, pero lo cierto es que sus tres amigos habían entrado en los últimos años en una dinámica peligrosa. Él también bebía cuando se juntaba con ellos, aunque con bastante más moderación, lo cual no impedía que en más de una ocasión llegara dando tumbos al domicilio familiar. El alcohol se había convertido en un problema curioso de los jóvenes de hoy. Muchos sólo bebían los fines de semana, cuando salían, pero lo hacían incontroladamente, y además siempre mezclando bebidas, bebidas y drogas muchas veces. No hay nada peor para el cuerpo que estas mezclas. Cada vez era más habitual escuchar en las

noticias que algún crío de trece o catorce años se había muerto al entrar en coma etílico, era una burrada. Los que no entraban en coma etílico, cogían una borrachera tras otra que los iba dejando sin neuronas, porque el alcohol machaca las neuronas, eso está comprobado, y las neuronas no se reproducen, al principio tienes un montón, parece que se te van a salir por las orejas, y luego se te van muriendo, así que si empiezas a machacarlas a los doce años con jotabés y pastillas, es muy probable que no llegues en un estado mental aceptable a los cuarenta, y eso si no te has quedado tieso con un coma etílico de esos o con una mierda de sobredosis por no contar las rayas que te metes. Él también se metía alguna que otra raya de coca y se fumaba algún nevadito. Lo que no había hecho nunca y no pensaba hacer era pincharse, eso no, ya no porque le pareciera más peligroso, que lo era, sino por su total aversión a las agujas. No podía soportar pensar que se tenía que pinchar una vena para colocarse. De pequeño la “practicanta” del pueblo le pinchó un tendón y anduvo cojo casi cuatro años. El Migue si que se había metido caballo alguna vez, el Migue no le hacía ascos a nada, y algún día terminaría mal, ya se lo decía Pablo, pero ni caso. Ninguno de ellos le solía hacer ascos a un buen porro siempre que tenían ocasión, y sus conversaciones acababan siendo de puro besugo. Reían y decían tonterías hasta el amanecer, y los días que tenían suerte se tiraban a alguna piba, cuando la tía se enrollaba, a veces incluso la compartían, aunque las más de las veces acababan haciéndose alguna que otra paja. Si llevaban plata también se iban de putas, aunque generalmente se conformaban con una buena mamada. La semana pasada una puta del puerto se encargó de mamársela a los cuatro por mil duros el lote entero.

-HOLA PABLO- dijo casi a gritos Juancho entrando por la puerta del KRASSIS-. En el local había un volumen decibélico terrible y si no levantabas la voz no había quien te oyese.

-¿Dónde está la basca? –continuó-

-Tan puntual como siempre. ¿Qué quieres que te diga? Hemos quedado hace media hora y tú eres el primero en llegar, aquí me tenéis como un imbécil, parece que no tengáis reloj.

-VALE, VALE, CÓMO ESTÁ EL PATIO HOY.

-ME TENÉIS HARTO, ESO ES LO QUE PASA. UN DÍA DE ESTOS ME VOY A MI ROLLO Y QUE OS JODAN A TODOS.

-¿TE VA UN JOTABÉ MIENTRAS ESPERAMOS?

En ese momento entraban por la puerta Mario y el Migue, sonrientes, cara de cómplices, con pinta de haberse fumado ya algún que otro canuto.

-¿CÓMO VA LA PEÑA?-dijo el Migue-

-¿HABÉIS PEDIDO NUESTROS JOTABÉS? –añadió también voz en grito, aunque un tanto aflautada, Mario-

-SOIS UNOS IMPRESENTABLES-contestó Pablo-

Uno de los camareros apareció finalmente por los alrededores y le pidieron los cuatro jotabés con hielo.

Esa noche se presentaba movida, seguro que llegaría otra vez a las tantas a casa. Menos mal que sus padres eran comprensivos, además, su padre estaba todavía de viaje, liado con su última novela, y su madre nunca le había hecho excesivo caso.- Se querían, pero en cierto modo se ignoraban. El otro día, cuando llegó a casa, también de madrugada, las tres o quizás las cuatro serían, encontró a su madre recién salida de la ducha, paseando por la casa desnuda. Nunca le había importado mostrarse desnuda delante de su hijo, en realidad siempre habían sido bastante liberales en ese aspecto en casa. Tampoco le prestaba demasiada atención, aunque tenía que admitir que en más de una ocasión la desnudez de su madre lo había excitado. Hasta sus amigos –que no la habían visto en bolas- le decían que su madre estaba buenísima. “No como la mía que parece una foca con bigote y todo”, le dijo una vez el Migue refiriéndose a su madre un poco entrada en carnes y algo descuidada en su aspecto físico.

Lo que tampoco entendía era qué hacía su madre a esas horas, a solas por la casa, con todas las luces encendidas.

Al subir a casa se había cruzado con un hombre de unos treinta, o quizás cuarenta años, siempre había sido muy malo para calcular la edad. Recordaba que llegó a

pensar que el tipo salía de su casa. ¿Le estaría poniendo los cuernos a su padre aprovechando su ausencia? No se atrevió a preguntarle nada a su madre, pero desde entonces no hacía más que darle vueltas al asunto, aunque ¿Cómo iba su madre a arriesgarse a hacerlo allí en casa si no sabía a qué hora iba a volver él? No, seguro que no era eso, ¿Pero de dónde salía ese tío? En la finca todo lo que había eran matrimonios mayores, no era muy normal cruzarse en la escalera con alguien como ese, y menos a unas horas tan intempestivas. Lo que sintió era estar medio borracho, lo que le impidió fijarse en él. Seguro que no lo reconocería si volvía a verlo. Tenía que dejar de beber, tenía solo veinticinco años y ya le parecía empezar a notar los síntomas de decadencia provocados por el alcohol, ¿O sería por las drogas que de vez en cuando tomaba? Por un momento se vio a sí mismo como el padre del Migue, gordo, fofo, borracho, violento y a hostias con todo el mundo, enemigo del mundo, lanzando exabruptos y tirándose pedos sin parar. Era un cerdo. ¿Podría él convertirse en algo similar? ¿Estaría abusando de la bebida? Se preguntaba si debiera cambiar de amistades, o limitarse a buscarse una tía y pasar de los amigotes. Tirársela hasta hartarse y casarse con ella. Su madre se lo había dicho muchas veces: “No me gusta la pinta de tus amigos”, pero él nunca hacía caso a su madre. Quizás si fuera su padre quien se lo dijera... Pero su padre nunca se metía con él. Todo lo que hacía le parecía bien, o quizás es que no le importaba. Su padre, al fin y al cabo, siempre estaba absorto en los personajes de sus novelas. Vivía en otro mundo, con otra gente, distinta a la que realmente le rodeaba. Era como vivir dentro de la pantalla de televisión, como esa película en que unos muchachos entraban en un mundo de ensueño cuando se pusieron a toquetear el mando de la televisión, convirtiéndose ellos mismos en personajes de ficción.

Claro, que él sabía que su padre lo quería, nunca le había pegado, y nunca lo había castigado a pesar de sus malas notas. Siempre había estado bastante consentido, y no era justo que lo criticara porque viviese en su mundo de ficción. No conocía a ningún otro escritor que publicase tantas novelas como él, aunque había empezado algo tarde. Recordaba cuando era abogado. La verdad es que resultaba más divertido

ahora. Cuando era abogado siempre estaba de mal humor y quemado por los clientes y los casos que le salían torcidos. Era una mierda según su propio padre decía. El escribir, escribir y por supuesto el poder vivir de ello, fue una liberación para todos. Su madre también estaba más relajada, se había dejado su trabajo, y se la veía feliz. No les faltaba de nada, tampoco es que viviesen mal económicamente cuando su padre era abogado, pero desde luego ahora ganaba mucho más con menos esfuerzo y haciendo lo que le gustaba.

A Pablo no le gustaba demasiado leer, aunque sí que había leído al menos la mitad de las novelas de su padre, le gustaban, solían ser bastante polémicas pero eran fáciles de leer.

No debía de quejarse tanto, había padres mucho peores que los de él. Lo que ahora le preocupaba era su madre, su madre y aquel tipo. No podía dejar de pensar en aquella noche pasada.

Confieso3.doc

...

Hace años que ya no soy yo, que no tengo personalidad propia, vivo en otra persona, soy una parte de ella, un apéndice, apenas un órgano sin voluntad. Creo pensar pero no pienso, creo vivir pero no vivo. A veces me comparo a uno de esos autómatas del cine que los enchufan y desenchufan a voluntad para programarlos y reprogramarlos a criterio y conveniencia de sus dueños. Son un pedazo de metal, yo soy un pedazo de carne. Vivo según mi programa, según lo que se me ha organizado y grabado en mis chips que son mi cerebro. Cerebro sin voluntad propia, cerebro con sueños que a veces, solo a veces parece pensar individualmente, sin pensar en su programador, sino en mí. ¿Pero estoy soñando cuando pienso así? Quizás sea un entretenimiento, un simple sueño lúdico también programado para relajarme, para hacerme creer que

todavía tengo voluntad, que todavía puedo decidir, que todavía dispongo de mi individualidad, de mi conciencia personal.

Ella está siempre ahí, siempre acabo haciendo lo que se me dice, como se me dice. Mis libros en realidad no son míos, soy una simple máquina a la que se le dictan situaciones, hechos que no sabe si ha vivido. Pienso que mi nombre es un pseudónimo, que yo soy eso, un nombre ficticio, pseudónimo de otra persona, de la que realmente piensa, de la que realmente siente, de la que realmente escribe. Esto lo siento cuando escribo mis novelas, pero lo siento mucho más ahora que lo que escribo es mi vida, toda mi vida, o lo que yo creo que es mi vida, lo que yo creo recordar de mi vida, porque ya no distingo entre la realidad y la ficción. Como si algunas de mis neuronas o de mis chips se hubiesen fundido y soldado entre sí a causa de una sobrecarga eléctrica. Me siento confuso, extraño, como quien tiene una erección y no sabe si es porque se está meando o porque está excitado y necesitado de sexo. Como el que siente un vacío en el estómago y no sabe si tiene hambre o está nervioso a causa de algún examen o alguna prueba que tiene que superar. Como el que llora y no sabe por qué llora, si a causa de su conjuntivitis aguda que le produce lagrimeo, o porque está triste, muy triste. Todo se confunde en mi interior. Recuerdo que mi nombre es Héctor Ramos, ¿Pero desde cuando lo sé? ¿Desde cuando recuerdo que lo recuerdo? ¿Cómo puedo saber que siempre he sido Héctor Ramos? Los recuerdos de mi infancia se confunden con los actuales, pero parece que Eloísa siempre ha estado ahí. Recuerdo a mi madre en sueños y tiene la cara de Eloísa. El otro día me vi siendo un bebé, mamando del pecho de mi madre, pero aquel pecho en realidad no era el de mi madre, aquellos pechos eran los de Eloísa. Sí, los conozco bien. Son los pechos más bonitos que he visto en mi vida. Su olor, su tacto, su color, su consistencia, su tamaño, todo es perfecto. Por la noche, cuando estoy con ella, la huelo y duermo como un bebé. Su olor me droga. ¿Será un reflejo condicionado? ¿Estaré programado para interpretar los olores de una forma concreta? ¿Seré como los perros que empiezan a babear cuando oyen el gong del laboratorio después de miles de ensayos?

Por ella sería capaz de cualquier cosa, siento que mi deber es protegerla, que mi única misión es hacerla feliz y que yo soy un mero instrumento lúdico para ella. Alguien con el que convivir cómodamente, como un buen electrodoméstico que se enchufa y se desconecta automáticamente regulando la temperatura sin que tengas que preocuparte de ello. Como esos nuevos electrodomésticos que parece ser que pronto tendremos todos en nuestros hogares y que se encargarán de llamar directamente al servicio técnico cuando observen un mal funcionamiento en su sistema. Como cuando uno se siente mal y llama al médico, eso harán los electrodomésticos. ¿Seré yo acaso un electrodoméstico de tercera o cuarta generación? ¿Seré como el hombre bicentenario ideado por Isaac Asimov? Siento la necesidad de escribir. A veces me levanto de madrugada y enchufo el ordenador y escribo, escribo sin apenas tener conciencia de lo que escribo. Yo mismo me sorprendo a veces de lo que leo al día siguiente. Yo mismo no puedo creer lo que yo he escrito. Otros lo llamarían inspiración divina, yo lo llamo desorden emocional, lo llamo inseguridad. Creo que he cruzado alguna frontera que no debiera de haber cruzado. En algún punto del camino me he perdido y no sé volver. No sólo no sé volver, sino que no tengo conciencia de ello y ni siquiera quiero volver. ¿O sí? Mi confusión es cada vez mayor. ¿Por qué estoy escribiendo mi vida? ¿Por qué, después de tantas novelas he tenido la necesidad de escribir mi biografía? ¿Es por generar morbo como le digo a mis entrevistadores? Como le dije a mi editor, como le digo a mis amigos. ¿O es alguna necesidad oculta? Posiblemente creo que puedo conocerme mejor a mí mismo si escribo lo que siento, si aprovecho estos relámpagos interiores para escupir palabras y más palabras, muchas de ellas sin sentido, muchas de ellas escritas por un ser desconocido que está en mi interior. A veces me siento poseído, embrujado. Cada vez que duermo y me despierto, debo de hacer un esfuerzo para distinguir lo que he soñado de lo que he vivido. ¿Habré perdido el sentido quizás? ¿Me estaré volviendo loco? Puede que no sea más que otro de esos Napoleones que llenan los psiquiátricos, pero mi personaje no sea Napoleón sino que me crea Héctor Ramos, cuando en realidad soy otra persona, cuando en realidad no

sea más que otra cosa. Posiblemente Héctor Ramos exista y sea un escritor famoso, y yo, después de leer todas sus novelas, haya creído que soy él, por eso quiero escribir mi biografía, para asegurarme de que soy él.

Debo de estar perdiendo el juicio.

...

Tasio estaba totalmente absorto en la lectura. Finalmente había encontrado un párrafo que había sido totalmente eliminado del texto definitivo. Sí que es cierto que con lo que había leído hasta el momento de los archivos números uno y dos, también había encontrado diferencias, pero apenas eran unos cambios de redacción, unos “perfeccionamientos de estilo” podrían llamarse, o simples cambios de algunos nombres, cosas sin importancia, pero de repente aquel breve capítulo sin sentido, aislado del resto del texto. ¿Qué significado tenía? ¿Por qué había desaparecido del texto definitivo? Había sido totalmente abortado, no modificado ni acortado, sino simplemente eliminado. Era un capítulo intranquilizante, no decía nada y a la vez decía mucho. ¿Era una simple maniobra de Héctor para “pillar” al lector en una trampa intelectual que le hiciera pensar cosas extrañas sobre la vida del autor? Posiblemente, pero si era así, ¿Por qué había cambiado de idea y lo había eliminado? Podía simplemente haber justificado el texto plasmándolo más adelante como un sueño, como una pesadilla que tuvo en una ocasión. Quizás Eloísa era la que se había encargado de censurar aquella parte. Tal vez porque lo que parecía es que ella estuviera dominándolo de una forma extraña, tal vez porque se pudiera interpretar que él era solo un objeto manejado por ella. ¿Pero quién iba a creer tal cosa? Héctor era alguien con una gran personalidad, con un fuerte magnetismo y con un carisma que nadie podía negar. Cuando había salido en la televisión en alguna entrevista, siempre había quedado perfecto. Una persona sin carácter, sin carisma, no podía quedar así en televisión. Nadie podría creer realmente que estuviera manejado desde la sombra. Aquello no podía ser más que una maniobra de Héctor.

¿Por qué la había eliminado?

Inés estaba en la bañera, totalmente cubierta de agua y espuma. Solo le sobresalía la cabeza, los hombros y los pezones de sus dos grandes tetas. Estaba muy nerviosa. Aún no estaba segura de lo que la había impulsado a abandonar aquel objetivo. De repente había tenido miedo y salió huyendo para volver a casa. Todavía tenía el pequeño cuchillo en el bolso, bolso que permanecía tirado en el suelo al lado de unas bragas sucias después de un día ajetreado. Aquel hombre era amigo de Héctor, sí, ya se acordaba perfectamente. Héctor se lo había presentado, tenía un nombre raro, un nombre de película que le costó recordar. Al final lo hizo, sí, era una película de Moncho Armendáriz, Tasio, eso era, Tasio.

Estaba segura de que él también la había conocido. ¿Qué pensaría? ¿Vendría él de casa de Héctor? Héctor no estaba. ¿Acaso vendría de ver a Eloísa? ¿A qué se dedicaba aquel tipo? No lo recordaba.

El caso es que sintió miedo, miedo también de sí misma. ¿Cómo podía haber salido de casa con la intención de matar a la mujer de su amante? Nadie en su sano juicio podía actuar de ese modo. La culpa de todo la tenía su amiga Carmen. No, no es que su amiga le hubiese dicho que la solución estaba en matar a Eloísa, pero sí que le había metido en la cabeza aquello de que tenía que defender su terreno, que no debería dejarse pisotear y que tendría que llamar a Héctor aunque se lo hubiesen prohibido. Pero Héctor tampoco le contestaba a las llamadas. Si no le contestaba a las llamadas, ¿Qué pintaba ella en todo eso? En su vida, nada. Ella era solamente unas tetas y un culo para recordar, nada más, posiblemente ya ni eso después de tanto tiempo. Héctor ya no la quería, Héctor ya no quería saber nada de ella. Ni siquiera la quería como amante, porque ella estaba dispuesta a seguir siendo la otra, la segunda, la que solo compartía una pequeña parte del hombre de otra, estaba dispuesta a no ser nada más porque él la llenaba con su presencia fugaz. Últimamente, hasta se había conformado con que él la llamase de vez en cuando, cada dos o tres días

quizás, y hablasen de cuatro tonterías, de algunos chismes del bufete o de algún proyecto para una nueva novela, ya ni siquiera hablaban de sexo, ya ni siquiera hablaban de amor. Ella era su mayor admiradora, era la que leía con más entusiasmo cualquier cosa que escribiera. Era una forma de compartir más horas con él, sin estar con él. A veces releía viejas novelas que le recordaban alguna situación pasada con él, porque Héctor siempre mezclaba cosas de la realidad con la ficción de sus novelas.

...

Ella no tenía derecho a matar a nadie.

...

El nivel de espuma seguía bajando conforme iban explotando con un sonido casi imperceptible que se escuchaba perfectamente en aquel silencio del cuarto de baño, en aquel silencio de madrugada. Reventaban continuamente, había miles, millones de burbujas que entre todas formaban aquel manto blanco, ligeramente amarillento. El nivel del agua permanecía, pero ya podía verse algo más que sus pezones. Agitó el agua con las manos y salpicó el suelo del baño. Otras muchas burbujas reventaron, pero nacieron otras muchas más, otras más tersas, más grandes, más lozanas y jóvenes que sustituyeron a las anteriores. Pronto el nivel de las burbujas volvió a llegar a sus pezones, pronto llegó incluso a cubrirlos.

Estaba más tranquila, más relajada, pero volvía a tener impulsos de acabar con aquella zorra.

CAPÍTULO X

Estaba convencido de que lo engañaba. Ya no sólo con su marido, el famoso escritor, sino con aquel otro tipo sobrado de kilos que salió de su casa la otra noche. Los gritos que había escuchado, posiblemente fueron provocados por alguno de sus orgasmos. Cada vez estaba más seguro de que lo estaba utilizando, de que lo único que le interesaba de él eran aquellas grabaciones. Hasta es posible que fuera una simple viciosa que después se regodease publicando en Internet sus encuentros sexuales, los suyos, y muy posiblemente los del resto de sus amantes como aquel gordo asqueroso. Ella nunca le había pedido dinero, por lo que nunca hasta ese momento había creído que se tratara de ninguna puta. Tampoco le había solicitado ningún regalo, ni él se lo había hecho. Lo único que había sacado de él era sexo, puro sexo. Sexo y claro está, aquellas posibles grabaciones. Él no podía consentir tal cosa. Pero ahora no era el momento. Después de estar un rato esperando en la oscuridad del rellano, cuando ya estaba en disposición de llamar a la puerta y de pedirle explicaciones a Eloísa, entonces aparece otro tipo, mucho más joven. ¿Sería otro de sus amantes? Por lo visto había organizado muy bien las citas. Eran casi las cuatro de la mañana y ya estaba con otro tío. El hecho de que se acostara con él, bastante más joven que ella, le pareció hasta normal, pero este otro, este otro era mucho más joven todavía. Dios, ¿En qué lío se había metido? ¿Cómo había podido caer en las garras de aquella mujer? Más bien parecía una devoradora de hombres. Cualquiera día podría hacerle chantaje con aquellos videos grabados en su habitación, aunque en realidad,

¿Qué importaba? Al fin y al cabo él no estaba casado y podía hacérselo con quien quisiera. ¿Quién se iba a escandalizar? Ni siquiera podría ser motivo de despido. Empezó a preocuparle que le hubiera pegado alguna maldita enfermedad, incluso el sida. Nunca habían tomado precauciones, no usaban condón, entre otras cosas porque dada su inactividad sexual hasta el momento de conocerla, no los necesitaba, y ella nunca le dijo nada de ponérselos. Sólo faltaba eso, que le hubiera pegado alguna cosa.

Se preguntaba qué debía hacer, si irrumpir violentamente y sin previo aviso en casa de Eloísa y pedir explicaciones, o esperar unos días para ver si aparecía por el supermercado y entonces, en su terreno, cuando estuvieran en su casa, en su habitación, en su cama, entonces forzarla a que le dijese la verdad. Pero claro, si lo estaba vigilando por medio de la cámara, se daría cuenta de que ya no funcionaba, entonces sospecharía y ya no volvería a aparecer para no tener problemas. Al fin y al cabo, ella creía que él no sabía dónde vivía.

Irrumpir en su casa, de todos modos era muy arriesgado, y más habiendo visto que entraba toda clase de gente. Hasta es posible que apareciese su marido en el momento menos oportuno. No, no era ningún héroe. Se esperaría unos días a ver qué ocurría.

-¡Mierda! –rumió Tasio- ¿Qué le pasa a esta porquería de cámara?

Había dejado de transmitir, no se veía un carajo. Si la había descubierto Eloísa, podría tener problemas. Podría imaginar lo que estaba ocurriendo, que Héctor le había encomendado a él la investigación. Vete a saber las conclusiones a las que podría llegar.

Instalar una nueva cámara era impensable, por otra parte, tampoco tenía ya demasiado interés seguir investigando allí mismo. Se trataba de encuentros sexuales y punto. Nada más que eso.

A partir de ahora seguiría de nuevo a Eloísa para ver si frecuentaba algo distinto a aquel pequeño piso. De momento la investigación no le había servido de gran ayuda. También sería conveniente vigilar a Inés. Al fin y al cabo, lo que Héctor le dijo es que temía que Eloísa hiciera alguna locura con Inés, y el hecho de que la otra noche se cruzase a altas horas de la madrugada con esta última, cerca de casa de Héctor, lo mosqueaba.

Había terminado recientemente la lectura de todos los archivos de “confieso”, poco más era lo que había encontrado aparte del breve capítulo suprimido. Tampoco probaba nada porque Héctor podría haber hecho modificaciones sobre algún archivo activo y por lo tanto que no se hubieran grabado ciertas partes del texto.

Sí que se habían suprimido, no capítulos, pero sí algunas pequeñas frases que entre líneas dejaban entrever posibles relaciones sexuales de Eloísa fuera del matrimonio. Eran simples comentarios aparentemente inocentes, pero que al menos a él le habían dado a entender que había más cosas. Poco más, la verdad es que Tasio había esperado descubrir más cosas de aquellos archivos, pero Héctor había sabido caminar sobre temas escabrosos de una forma muy “diplomática”. A lo largo de la novela autobiográfica, también se mencionaba algunos de sus viejos casos como abogado. Tasio los desconocía, por lo que no podría asegurar si eran realidad o eran también ficción. Por lo visto, al final, casi todo sería ficción.

Su instinto le decía que algo extraño estaba pasando. Sentía algo parecido a cuando su marido la engañaba con Inés, cuando había tenido aquellos encuentros sexuales después de teóricamente haber cortado. Ella lo sentía, era como si el orgasmo de él se le transmitiese mediante ondas indescriptibles a través de la distancia. Esta vez no era lo mismo, pero intuía que estaba relacionado con Inés. Sí, Inés pretendía algo. Llegó a pensar que Inés se había ido de viaje con su marido a donde este se hubiera ido. Posiblemente y en vista de la guía que dejó abierta, a Ávila. Pero las vibraciones

que sentía no parecían estar relacionadas con su marido. Su intranquilidad llegó a ser tan intensa que tomó la decisión de hablar con Inés. No sabía su teléfono, pero sabía dónde vivía.

Estaba leyendo un número atrasado del Cosmopolitan, concretamente un artículo sobre cómo perder peso. Todos los regímenes que aparecían en las revistas eran una tontería, pero le gustaba curiosear. De fondo se oía una vieja canción de Manolo Escobar, con el volumen bastante subido, seguramente del equipo de música de la vecina. A ella no le gustaba Manolo Escobar, pero tampoco le molestaba demasiado. Lo que sí que le molestaba era la falta de civismo que mostraban los vecinos cuando ponían a tope los equipos de radio o los televisores. Era un desastre vivir en un piso con las paredes de papel, porque parecía eso, que fueran de papel, se oía todo. Tenía un vecino que cantaba la canción de "Soy minero" cada vez que se lo hacía con su mujer, la música eran los gemidos de la cama y los de la señora entremezclados. A la de arriba le daba por cambiar los muebles de sitio cada dos por tres, y tenía otra vecina, ya muy mayor, que estaba obsesionada con que le robaban las patatas del cocido que dejaba todos los días en el fuego cuando salía a comprar. Según ella, era la vecina del segundo que entraba por la ventanita de la cocina. Lo más curioso es que la ventanita apenas medía treinta por treinta. Cuánto daría por vivir en el campo, ni siquiera en una urbanización. En las urbanizaciones, sobre todo en las de alrededor de las grandes ciudades, también había muchos problemas de vecindario, sobre todo por las zonas comunes como jardines y piscinas. A ella lo que le gustaría vivir es en una casa de campo lejos de cualquier otra casa, sin vecinos, sin ruidos, sin tener que subir escaleras cargada con la compra cuando el ascensor, del año setenta, se averiaba por enésima vez.

Llamaron a la puerta. ¿Quién sería a estas horas? Estaba pensando ya en ponerse a hacer la cena. Volvieron a llamar con los nudillos sobre la puerta de madera, no utilizaron el timbre.

La puerta no tenía visor, por lo que abrió directamente, sin tan siquiera preguntar quién era. La sangre le subió a la cabeza en una mezcla de sorpresa y rabia, se notaba la cara roja. Era Eloísa la que estaba al otro lado de la puerta.

-¿Puedo pasar?-la voz de Eloísa sonaba tranquila, sin rastros de rencor-

-Pasa –Inés estaba nerviosa, no podía ocultarlo. Las manos le temblaban ligeramente, y también la voz era insegura. Por nada del mundo se esperaba aquella visita.-

Eloísa miró alrededor, parecía inspeccionar aquel pequeño piso, donde sabía que en otros tiempos había estado su dueña haciendo el amor con su marido, cada martes y cada jueves. Su mirada no dejó entrever ningún síntoma de aprobación ni de desaprobación, la mirada de Eloísa era fría.

-Siéntate –comentó Inés, todavía nerviosa mientras apartaba unas viejas revistas del pequeño sofá marrón.

Eloísa tomó asiento.

-Gracias. Veo que estás sola.

-Vivo sola, ¿Esperabas encontrar a alguien en especial?

-¿Te refieres a Héctor? No, tenía claro que mi marido no estaba aquí. Ni siquiera sabía si te encontraría a ti. En eso sí que tenía mis dudas.

-¿Entonces?

-Quería hablar contigo, quería advertirte.

-¿Advertirme? ¿Desde cuándo te has preocupado de mí? Podías haberme llamado por teléfono.

-No tenía tu número, y si quieres que te diga la verdad, no recordaba tus apellidos. Sólo recordaba dónde vivías.

-Bien, pues ya que estás aquí. ¿Qué es eso de lo que querías advertirme?

-Sé que estás rondando de nuevo alrededor de mi marido.-subrayó la palabra "mi"- . No sé lo que te propones, aunque puedo imaginarlo. Tal vez te has mirado al espejo y no te ha gustado lo que has visto, te has dado cuenta que te estás haciendo mayor, todos nos estamos haciendo mayores, y que tus posibilidades de encontrar a

alguien que acabe con tu soledad, cada vez son menores. En vista de ello, has decidido realizar un último intento de conseguir a Héctor, de conseguir que me abandone. Al fin y al cabo nuestro hijo ya es mayor y ya no sería un motivo para retenerlo en casa. Si te soy sincera, no creo que busques el dinero de Héctor. Sé que sabes que su situación económica, nuestra situación más bien, es buena, muy buena, y sabes que si te lo llevas podrás vivir desahogadamente el resto de tus días, pero tengo que admitir que no creo que busques tal cosa. Lo buscas a él, siempre has querido quitármelo, nunca te bastó compartirlo conmigo y lo quieres para ti sola.

Hubo un silencio intenso en el pequeño recibidor, Inés había estado escuchando cada palabra de Eloísa sin ocurrírsele interrumpir. Eloísa hablaba despacio, pausadamente, pero estaba siendo directa, muy directa. Inés sabía que en gran parte tenía razón. Sabía que se había visto vieja, Carmen había reavivado sus deseos de poseer para ella, sólo para ella, a Héctor. También tenía razón con lo del dinero. Nunca le había interesado el dinero. Cuando lo conoció ya tenía una posición desahogada, pero nada que ver con la actualidad. Dicen que la gente se vuelve más materialista con los años, más burguesa. Sin duda en cierto modo era así, pero no tenía un ansia especial por disponer de una gran fortuna. Era de las que se conformaba con vivir bien, sin problemas económicos, pero sin lujos excesivos.

Eloísa parecía estar esperando respuesta a una pregunta no planteada.

-¿Qué te hace pensar eso? –preguntó por fin Inés, más que nada para romper el molesto silencio. Manolo Escobar había dejado de cantar.-

-Lo sé, simplemente lo sé. No puedo saber qué es lo que has pensado hacer para conseguirlo. Quizás todavía no hayas pensado nada. No lo sé. Lo que sí que tengo claro es que has tomado una decisión, y por eso he venido a advertirte. No voy a dejar que me lo quites. Por nada del mundo volverás a tener a Héctor entre tus brazos. –la voz de Eloísa seguía suave y cadenciosa, a pesar de la amenaza que escondían sus palabras.- Haré todo lo que sea necesario para impedírtelo. Cualquier cosa.

...

Cuando llegó a la calle, volvió a ver el pequeño corsa blanco que antes le había parecido que le seguía. Había un tipo en su interior. Estuvo a punto de acercarse para preguntarle descaradamente qué es lo que quería, pero tampoco estaba segura de si la estaba siguiendo a ella. Al fin y al cabo, ¿Para qué iban a seguirla? Decidió no darle importancia al asunto y subió de nuevo al Xsara.

Tasio se dio cuenta de que Eloísa lo miró al salir del portal. A esa distancia y con el bigote, era imposible que lo reconociese, pero si lo había mirado era porque se había dado cuenta de que la había seguido. Se estaba haciendo viejo. Antes podía seguir a un mismo tipo dos meses seguidos sin que este llegara a sospechar nada. Lo cierto es que se había vuelto algo descuidado. Tenía que haber alquilado otro coche. Llevaba siguiéndola desde el primer día con el mismo puñetero Opel. Su intención era seguirla cuando saliese de casa, pero en vista de las circunstancias no se atrevió a arrancar el coche. Estaba convencido de que lo había visto. Posiblemente era por la cámara, tal vez la había descubierto ella y eso la hizo sospechar. Tal vez por eso se fijó más esta vez y se dio cuenta de que la seguía.

Ahora no podía registrar el piso de Inés porque sabía que estaba en casa. Era evidente que Eloísa había ido a hablar con Inés. Por lo visto había estado ocurriendo algo de lo que él no se había percatado. Los acontecimientos se estaban acelerando. Mañana a primera hora buscaría el momento más oportuno para registrar el piso de Inés. Posiblemente Héctor le estuviera ocultando algo. Ahora sería mejor que fuera a tomarse unas cervezas bien frías con quisquillas y olvidar de ese modo su ineptitud. Sí, se acercaría por Peris y Valero, en los Tres Mares tenían un marisco inmejorable. Mañana, después de registrar el piso de Inés, iría al Rent-a-car a ver si conseguía otro modelo distinto, se cambiaría también de ropa por algo más de sport y se cambiaría el bigote por otro más espeso, tipo Iñigo. A ver si había más suerte.

Miró su Rolex de oro. Era un modelo clásico, un Oyster, con números romanos. Le encantaba ese reloj. Sí, aun era buena hora para lo de las cervecitas que tenía pensado.

-¿Cómo llevas la biografía? –era Adolfo, el editor de Héctor que lo había llamado al móvil-

-Poco a poco, posiblemente en un par de meses te la pueda enviar.

-¿Será tan jugosa como esperamos todos?

-Quién sabe, a lo mejor no quieres ni publicarla cuando la recibas de lo mala que es.

-Eso no te lo crees ni tú, con la expectación que se ha creado, las ventas están aseguradas de antemano. Es más, vamos a hacer una buena encuadernación, he pensado hacer una edición de lujo. ¿Qué tal irá de extensión?

-Bastante larga, por lo menos cien mil palabras.

-Bien, perfecto, con un buen papel y un tamaño de letra aceptable, quedará un buen tocho de libro. Quiero que se distinga de tus novelas habituales. Tengo preparado un lanzamiento genial.

-Antes te enviaré la novela que estoy acabando.

-Perfecto, pero te advierto que quizás paralice la edición hasta tener entre mis manos a “confieso”, tal vez no sea conveniente solapar ambas ediciones.

-Como quieras, pero los derechos me los liquidas aunque no la publiques enseguida, y quiero un anticipo sobre los primeros cinco mil ejemplares.

-No te preocupes, sabes que nunca hemos discutido por el dinero. ¿Por dónde andas?

-Por ahí, estoy en la última fase de la novela y sabes que busco siempre unos días de tranquilidad. No esperaba tu llamada.

-No, sabes que no suelo hacerlo porque a ti no hace falta achucharte para que traigas nuevos libros, pero con este nuevo proyecto, la verdad es que estoy algo nervioso. Creo que puede ser un bombazo.

-Si no te importa voy a colgar, necesito tranquilidad, ni siquiera mi mujer me llama en estos días. Debes de respetar mi forma de trabajar.

-Entendido. No volveré a llamarte. Cuídate.

-Lo mismo digo –cerró el Motorola-.

Adolfo en su despacho puso ambos pies encima de la mesa de roble que fue de su padre, también editor. Si su padre lo viera seguro que le daba un guantazo. Estaba satisfecho, sonreía pensando en el lanzamiento de “confieso”. Ya tenía diseñadas las portadas, el marketing del lanzamiento, e incluso cómo sería la presentación del libro en prensa. Iban a arrasar. Estaba seguro.

Estaba en su habitación del Parador, tenía el Toshiba enchufado y estaba acabando la novela. Ya se había desbloqueado y tenía el final claro en su cabeza. Muy claro. Había pasado unos días dudando entre varias posibilidades, pero sin duda aquella era la mejor de todas. Lo terminaría esa misma noche y le enviaría el desenlace a Eloísa. Mañana mismo volvería a Valencia. Normalmente se quedaba un par de días en el hotel después de terminar cada novela, para celebrarlo y para releerla. Siempre era posible que hubiera que modificar algo a última hora antes de enviársela a Adolfo. Pero tenía un presentimiento. Después de tantos años conviviendo con Eloísa, estaba convencido de que se le había pegado algo de ese magnetismo del que tanto hablaba ella. Estaba como intranquilo. Tasio no lo había llamado, pero aún así, creía que algo iba a ocurrir. Por la mañana desayunaría en el propio Parador, pediría la cuenta y por

el mediodía podría estar perfectamente en Valencia. Se asomó a la ventana. La vista de la ciudad a esas horas, con su iluminación, era majestuosa, perfecta. Sentía tener que irse ya. En ningún sitio estaba tan a gusto como en Segovia. Cuando publicara “confieso”, le propondría a Eloísa que compraran una casa por el centro de Segovia y se vinieran a vivir. El problema es que Segovia es bastante más fría que Valencia, y Eloísa siempre ha sido muy friolera. Pero lo intentaría. Estaba dispuesto a proponérselo.

La ventaja de su trabajo es que podía vivir en cualquier parte que se le antojase. Ni siquiera tenía por qué visitar a su editor. Le podía enviar los originales por mensajero, o incluso vía e-mail. De vez en cuando tendría que acudir a alguna de esas malditas presentaciones que tanto le gustaba montar a Adolfo, o a la Feria del libro a firmar ejemplares, pero nada más, tenía una de las profesiones más libres del mundo, y a su mujer no la ataba ningún lazo laboral en ninguna parte. Era genial, no como cuando era abogado. Eso sí que era una mierda, siempre agobiado, siempre cargado por los problemas de los demás, atado de horarios en todo momento, que si el Juzgado, que si la cita con el cliente, el caso importante que tenía que empezar. Cuánto se alegraba de haber cambiado de vida. Ni por todo el oro del mundo volvía a ponerse una toga. Abrió el mueble bar y se hizo un gin tónico de Gordons con hielo, no había Larios. Era imperdonable que precisamente en Segovia no hubiera Larios.

CAPÍTULO XI

Era domingo por la mañana, se acercó hasta el Mestalla, sin intención de sacar ninguna entrada. Odiaba el fútbol, siempre lo había odiado y le parecía una insensatez todo lo que se relacionaba con el mismo. Era un deporte que movía billones de pesetas y que arrastraba literalmente a las masas, pero él nunca lo había entendido. El resto de deportes tampoco le interesaban, pero no le ocurría lo mismo que con el fútbol. Suponía que su animadversión por el fútbol era debida precisamente al fanatismo que acarrearaba. Nunca había soportado a los fanáticos de ningún tipo. El viernes mismo dejó a sus amigos en casa de Mario porque se habían empeñado en ver el partido. Se habían preparado un montón de latas de cerveza en la nevera y habían pedido una pizza para los cuatro. Todo ello sin contar con él. Sabían que odiaba el fútbol y en cambio no habían dudado que se quedaría con ellos a berrear frente al televisor y a agitar las bufandas blancas del Valencia como si en realidad los de la tele pudieran verlos. Se comportaban como necios y energúmenos. El fútbol era como el becerro de oro que adoraban los paganos en tiempo de Jesús. Al momento de entrar él en casa de Mario, llegó el repartidor de Telepizza. Llevaba una pizza jalisco enorme y un montón de helados pequeños de fresa.

-¿Pensáis quedaros aquí toda la noche?

-Hemos de ver el partido tío –era el Migue el que hablaba, ya se le enredaba la lengua porque sin duda iba ya por la tercera o cuarta cerveza-

-Esto es deprimente tíos, yo me largo.

Nadie pareció hacerle caso, de manera que salió de allí y se fue a casa a leer un rato. Odiaba el fútbol.

Aparcó justo enfrente del estadio. Llevaba un pequeño Ford Fiesta XR2 del modelo antiguo, rojo Italia. Se tomó un café en el bar que había allí enfrente y luego se puso a pasear por el mercadillo. Le gustaba mucho ir los domingos al mercadillo y dar una vuelta para curiosear. Muchas veces no compraba nada, pero otras, en cambio, por unas pocas pesetas conseguía algún libro interesante, o cualquier otra cosa.

Estuvo un par de horas paseando y curioseando. Estaba preocupado por sus padres, algo estaba pasando y él no se había enterado. Cuando volviese su padre de viaje lo hablaría con él. Le preguntaría si estaban pensando en separarse, o cualquier otra cosa. El ambiente estaba extraño, cargado. Después de tantos años juntos, no le gustaría que sus padres se separasen. Está claro que para él tampoco sería un gran trauma porque ya había pasado su niñez, una niñez feliz por cierto, pero así y todo, no sería agradable y le preocupaba.

Llegó a uno de los extremos del mercadillo, donde un grupo de hombres intentaban vender unos relojes, sin duda robados. Cada vez que la policía se acercaba por allí se dispersaban y escondían la mercancía.

En uno de los puestos, curioseando con los libros, encontró una vieja edición de una de las novelas de su padre. Estaba hecha polvo. Le dio veinte duros a la gitana que estaba allí y se la llevó.

Acabó de dar la vuelta y volvió a su Ford Fiesta.

También había estado pensando en comentarlo con su madre, pero su confianza con ella no era la misma que con su padre, de manera que después de sopesarlo decidió esperar unos días y verlo con su padre. Lógicamente no le diría nada de sus sospechas por lo del hombre que el otro día le pareció que salía de casa, tampoco quería echar más leña al fuego, pero sí que le hablaría de sus temores y sentimientos. Estaba convencido de que algo estaba ocurriendo.

Tasio iba vestido ya en plan sport, aunque con ropa cara, de calidad. Ya había cambiado su bigote discreto por el mostacho tipo Iñigo, aunque todavía conducía el Corsa. Anoche, las dos cervezas que tenía previstas y el platito de quisquilla, se convirtieron finalmente en una botella entera de Monopole frío, seis gambas a la plancha deliciosas, insuperables, un plato de All i Pebre, dos tostadas, un plato de percebes y otro de chanquetes. Cenó como un Rey, y durmió de un tirón.

Esta mañana se encontraba feliz y relajado, pero no olvidó lo que tenía previsto hacer. Primero iría a casa de Inés, esperaría a que saliese de casa, y cuando no hubieran demasiados vecinos a la vista, se metería en su casa y echaría un vistazo. Estaba convencido de que encontraría algo interesante que le ayudaría en su investigación.

Aparcó cerca del portal de Inés y esperó tranquilamente. Durante el tiempo que estuvo allí salió mucha gente, además de entrar y salir el butanero, el cartero y un repartidor de publicidad al que le llegaba el pelo hasta el nacimiento del culo. Un impresentable – pensó-.

Se hicieron las diez de la mañana. Pensó que quizás estaba enferma y no pensaba ir a trabajar, o que por el contrario había salido más temprano de lo que él había previsto. Como no sabía si tenía coche, tampoco pudo controlar si estaba aparcado por los alrededores.

Bajó del coche y se acercó a los timbres. En uno de ellos leyó: "INÉS". Decidió llamar. Si contestaba diría que era un repartidor de publicidad y que solo quería que le abriese el portón.

Llamó un par de veces pero no contestó nadie. Miró en derredor y subió por las escaleras hasta el cuarto piso, siguiendo su costumbre de no coger nunca el ascensor. Siguió sin atreverse a entrar así, sin más, y llamó de nuevo a la puerta. Nadie contestó. Intentó abrir con la tarjeta de crédito que usaba a tal fin, pero aunque no parecía que hubiesen dado la vuelta a la cerradura, no pudo abrir. Sacó las ganzúas de su bolsillo del pantalón, y no sin cierto esfuerzo, al final pudo abrir la puerta.

Después de abrirla entró con cuidado y cerró tras de sí. Las cortinas estaban cerradas y el interior aparecía bastante oscuro hasta que sus ojos se acostumbraron al nivel de penumbra reinante. Al fondo vio un pequeño sofá marrón, bastante feo, y una pequeña mesa redonda, de las de tipo mesa-camilla.

Llevaba los guantes puestos, no quería dejar ningún tipo de huella que después le pudiera incriminar, al fin y al cabo sabía que aquello era allanamiento de morada en toda regla y era constitutivo de delito. En realidad no le importaba gran cosa saltarse la Ley a la torera, pero quería mantener su integridad.

Detrás de la mesa camilla había unos zapatos de tacón. Sus pupilas se acabaron de acostumbrar a la poca luz del interior y pudo darse cuenta de que los zapatos estaban llenos.

Su corazón empezó a palpar con fuerza. Tenía la sensación de que se le iba a salir por la boca. Se acercó rápidamente y lo que se había temido se convirtió en la más cruel de las realidades.

Allí estaba Inés, boca arriba, con la cara pálida y un enorme charco de sangre sobre la alfombra de mala calidad que había en el suelo. Tenía en la mano un pequeño cuchillo, su bolso estaba abierto cerca de ella, en el suelo. Un enorme tajo había abierto su garganta y se adivinaba que durante un buen rato había estado saliendo sangre a borbotones. Sangre que en parte había absorbido la alfombra y en parte se había convertido en un espeso cuajo rojo negruzco.

La tocó. Estaba muy fría. Evidentemente hacía muchas horas que había muerto.

Pensó rápidamente en el día anterior, cuando Eloísa salió de casa de Inés. Él no era forense, pero por el aspecto de la sangre y el cuerpo frío, muy bien podría haber muerto más o menos a aquella hora. Eloísa tardó un rato en bajar, por lo que necesariamente tuvo que entrar en el piso.

Miró a la puerta, la llave estaba en la cerradura, y no le habían dado la vuelta al cerrojo. Era fácil deducir que Eloísa había venido a hablar con Inés y que la conversación se tornó en discusión y acabó fatídicamente. Eloísa salió rápidamente de la casa y cerró de un golpe la puerta, lógicamente sin darle la vuelta a la cerradura.

No había otra explicación. Incluso es posible que Eloísa no se diera cuenta ayer de que él la seguía. Simplemente miró con más detenimiento del normal al salir para asegurarse de que nadie la veía. El cuchillo estaba en la mano de Inés. No podía asegurar a primera vista si el enorme boquete de la garganta lo había ocasionado ese cuchillo o no, aunque parecía evidente por la mancha de sangre que llenaba toda la hoja. Posiblemente Eloísa la mató y luego le puso el cuchillo en la mano para que pareciera un suicidio. Pero aquello no podía ser un suicidio. ¿Quién iba a matarse así? Le vino a la cabeza un caso en el que un hombre había matado a su mujer y luego se había cortado el cuello, pero aquello era diferente. Inés no podía haberse hecho ese corte tan brutal.

De todos modos, si su teoría era buena, posiblemente aquel cuchillo, además de las huellas de Inés, tuviera las de Eloísa. Si lo dejaba allí, la policía lo podría averiguar, pero si se lo llevaba, estaría ocultando pistas, y además cargaría con una prueba que en caso de que alguien la encontrara en su poder, le iba a acarrear más de un problema. No podía llevarse el cuchillo.

Dudó por un momento más, y finalmente cogió el cuchillo de entre los dedos del cadáver frío de Inés y le borró las huellas con un pañuelo. Luego lo dejó en el suelo, cerca del cuerpo.

No podía estar allí por más tiempo, era muy arriesgado. Tenía que llamar a Héctor y decirle lo que pensaba, lo que había ocurrido. No podía acudir a la policía, entre otras cosas porque se convertiría en el principal sospechoso de aquella muerte. Si la chica había muerto cuando él creía, ni siquiera le valdría la coartada de la cena, porque se suponía que había muerto cuando él estaba todavía bajo en la calle, en el coche.

El corazón todavía lo amenazaba con abandonar el cuerpo a saltos. Echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que no dejaba nada que lo incriminase. Comprobó que el cuchillo estuviera en su sitio y salió con cuidado al rellano. Bajó la escalera a pie mientras el ascensor subía.

-¡No es posible! –estaba circulando a gran velocidad por la autovía en dirección a Valencia cuando su amigo Tasio lo había llamado para informarle de lo que había descubierto.-

-¡Dios...!. No habrás llamado a la policía. ¿Verdad?

-Por supuesto que no. Oye, yo en realidad no he estado allí ni he visto nada, de manera que no puedo presentar ninguna denuncia. Pero tu y yo hemos de hablar urgentemente de lo de Eloísa. ¿Por dónde andas?

-Estoy ya de vuelta, calculo que tardaré como hora y media. ¿Dónde nos vemos?

-En esta ocasión creo que será conveniente que nos veamos en mi casa. No acostumbro a recibir visitas, pero haré una excepción. ¿A qué hora entonces?

Héctor miró el reloj.

-A las doce y media.

-Hecho, te espero.

Héctor cerró el Motorola. Los ojos los tenía acuosos, y el corazón le latía algo más aprisa. La imagen de Inés le vino de inmediato a la cabeza. No la imaginaba tirada en el suelo con el cuello abierto como se la había descrito Tasio. La imaginaba lozana y con ganas de vivir. Incluso con unos años menos, la recordaba todavía con la piel tersa y suave, y aquellos grandes pechos firmes rozándole su cuerpo. Habían pasado tantas horas juntos y hecho el amor tantísimas veces que no podía creer que todo hubiese terminado de ese modo. Ya nada parecía tener sentido. La policía acabaría encontrando alguna huella de Eloísa en casa de Inés y pronto atarían cabos. De un plumazo Héctor se quedaría sin Eloísa y sin Inés, y todo por los celos, los malditos celos de ambas.

Inés la había estado llamando al móvil insistentemente esos días y él no había contestado. ¿Qué querría decirle? ¿Acaso que Eloísa la estaba amenazando?

¿Por qué había ido Eloísa a casa de Inés? Porque eso estaba claro, Tasio la había seguido y no había lugar a dudas. Era Eloísa la que había entrado allí, saliendo una media hora después.

Inés había muerto y ya nada se podía hacer por ella. Posiblemente la policía no encontrase las huellas, o si las encontrase no pudiese atar cabos. Al fin y al cabo Eloísa no estaba fichada, sus huellas no figurarían en el ordenador, con un poco de suerte no la relacionarían. Hacía tiempo que Héctor e Inés no se veían, por lo que quien conocía su relación, no tendría por qué pensar que Eloísa pudiese estar relacionada con el crimen. Posiblemente creyeran que se trataba de un robo. Tasio le había hablado de un bolso abierto tirado en el suelo y le había asegurado que no era el de Eloísa porque ella llevaba el suyo al salir de la casa. Eso haría más creíble la versión del robo. Con Tasio no habría problema. Tasio era su amigo y nunca lo traicionaría. Nunca diría que Eloísa estuvo en la escena del crimen, y Tasio era cuidadoso, no habría dejado ninguna huella que lo incriminase directamente, y estaba seguro de que no lo habían visto. Además, siempre solía ir algo disfrazado.

Conforme se iba acercando a Valencia, estaba más nervioso. ¿Y si no tenía tiempo para preparar nada con Tasio? Pensó en el tiempo que tardarían en descubrir el cadáver de Inés. Hoy no habría ido a trabajar, claro está. Del trabajo la habrán llamado a casa y nadie habrá contestado. Con un poco de suerte estaría trabajando en algún caso importante y en el bufete pensarían que estaba investigando algo, aunque lo normal es que hubiese avisado. Hoy no saltará la voz de alarma, pero mañana, a las nueve, cuando vuelva a no acudir al trabajo, en el bufete se pondrán nerviosos, volverán a llamar a su casa, y al no contestar, posiblemente decidan acudir a la policía. Aunque creía recordar que para dar por desaparecida a una persona tenían que pasar tres días. No estaba seguro. Posiblemente los del bufete intentaran contactar con sus familiares, sus padres todavía vivían. Ellos irían a casa y descubrirían el cadáver. Pero no, en el bufete solían respetar mucho la intimidad de las personas, y llamar a casa de sus padres, así, a bote pronto, no parecía la solución más apropiada. Héctor se inclinaba más por la posibilidad de que llamasen a la policía,

y que estos no hicieran caso de inmediato, o quizás sí. De un modo u otro, lo normal es que descubriesen el cadáver mañana mismo o a lo sumo en un par de días. Deshacerse del cadáver en aquellas circunstancias era impensable. Les quedaba muy poco tiempo para pensar. Muy poco.

Tasio había intentado poner un poco de orden en aquel caos que era su vivienda. El hecho de no recibir nunca a nadie allí, hacía que aquello pareciera un gallinero. Tiró un poco de ambientador, y abrió algo las ventanas para que se renovase el cargado ambiente interior. Héctor llegó a las doce y cuarto, tenía los ojos rojos y el rostro desencajado. La chaqueta ligeramente mojada. Había empezado a llover minutos antes.

-¿Qué podemos hacer? –fue el saludo de Héctor-

-Ante todo tranquilízate, te cuento unos detalles y luego hablamos. ¿Vale?

-Empieza ya.

-He estado vigilando a Eloísa estos días, tal y como me dijiste. No ha hecho nada excesivamente extraño. No ha vuelto a visitar aquel tipo del supermercado. He de decirte que hace unos días estuve en tu casa. Era de madrugada y utilicé el llavín. Héctor mostraba sorpresa.

-Sí –añadió Tasio-, sé que te dije que lo utilizaría sólo en caso de necesidad, pero te juro que me pareció necesario. Quizás debiera de habértelo dicho, pero no estaba seguro de tu reacción. Fui a tu casa para ver los viejos archivos de “confieso”. Como te decía, era de madrugada, serían las tres aproximadamente. Eloísa dormía y yo entré sin dificultad. Entré y copié los archivos. Fue cosa de pocos minutos, pero cuando me dispuse a salir de la casa ocurrieron varias cosas. Primero se encendió la luz del descansillo, por lo que no me atreví a salir y me volví hacia tu despacho de nuevo. En ese momento Eloísa se puso a gritar. Yo temí que la estuviesen atacando,

pero en realidad lo que pareció ocurrir es que había tenido una pesadilla. Ella se levantó de la cama y entonces sonó el teléfono.

-¿A las tres de la mañana?

-Sí, las tres y media serían ya, más o menos.

-¿Quién llamó?

-Eso no lo he averiguado. Nadie pareció contestar al teléfono. Eloísa después se fue al baño y yo aproveché para salir de casa. Cuando estaba en la calle, ya cerca de donde había dejado el coche, me crucé con una mujer muy bella a quien no reconocí en esos momentos, pero que sí que me sonaba un montón. Luego estuve pensando y llegué a la conclusión de que era Inés.

-¿Estás seguro?

-Completamente, incluso llegué a pensar más tarde que era ella la que había llamado desde alguna cabina cercana, o desde un móvil.

-Ella no usaba móvil. Pero, ¿Para qué iba a llamar por teléfono y no decir nada?

-Y yo que sé. Posiblemente quisiera asegurarse de que Eloísa estaba en casa.

-¿Y para eso llama desde la calle?

-Bueno, en realidad bien podría haber llamado desde su casa, no vive tan lejos, y desde que yo oí la llamada hasta que la vi bajo en la calle, pasó el tiempo suficiente como para que ella llegase. Al fin y al cabo a esas horas no hay tráfico apenas. No lo sé, tampoco creo que podamos averiguarlo, pero por lo que he podido deducir, Eloísa sí que parece ser que pensó que se trataba de Inés. Por eso fue posteriormente a su casa. Incluso es posible que se llegara a identificar y Eloísa no contestase, ten en cuenta que yo no podía oír a quien estaba al otro lado del hilo.

-No tiene demasiada consistencia.

-Lo sé, pero en definitiva, tampoco creo que importe demasiado. El caso es que Eloísa fue a casa de Inés, y esta ha aparecido con el cuello abierto.

Le contó a su amigo lo del cuchillo, lo de las huellas, y algunos detalles más. Héctor estaba cada vez más abatido.

-Parece ser que no hay duda de que fue ella.

-Dudas siempre las hay, pero todo parece coincidir. No sé qué podría salir ante una investigación policial. Imagino que Eloísa habrá dejado algunas huellas, y de un modo u otro acabarán relacionándose y os visitarán. Yo había pensado en hablar con Eloísa, tratar el tema e intentar buscar una solución entre todos, pero primero quería hablar contigo.

-Te lo agradezco. No, a Eloísa no hay que decirle nada. Imagino que iría a hablar con Inés porque se sentía amenazada, discutieron, y en un arrebato le cortó el cuello. Hemos de proteger a Eloísa. Ella ni siquiera ha de saber que yo he vuelto, ni que sé nada. Me volveré a marchar y haré lo que tengo que hacer.

Tasio se sintió intranquilo por el tono de voz de Héctor.

-¿Qué se supone que “debes” hacer?

-Te enterarás en su momento. No te preocupes por mí. Sólo te pido una cosa. Durante mi ausencia, no pierdas de vista a Eloísa. Protégela.

-Ah, otra cosa –añadió Héctor- ¿Qué sabes de Pablo.

-De Pablo no tienes por qué preocuparte, aunque esas amistades con las que se junta, ya sabes que no son de mi agrado. Sigue teniendo un desorden horario bastante grande, pero por lo demás es un buen chico.

-¿Lo has seguido estos días?

-No, por supuesto, solo me he dedicado a las andanzas de Eloísa, y en los últimos momentos a Inés. ¿Por qué lo dices? No pensarás que tiene algo que ver con todo esto.

-No importa. Sólo quería saber si había algo que destacar de sus últimos movimientos. Claro, sé que es un buen chico. Por supuesto.

Héctor se disponía a salir del piso de Tasio.

-Otra cosa más.

-¿Sí? –Tasio estaba intranquilo.

-Contrata a una asistente.

Tal como Héctor había supuesto, el cadáver lo encontraron al día siguiente. Finalmente parece ser que sí que llamaron a sus padres, y estos, intranquilos acudieron al piso de su hija que vivía sola. A su madre la tuvieron que ingresar en urgencias por la impresión, y su padre, abatido, fue quien llamó a la policía.

Se procedió al levantamiento del cadáver siguiendo el procedimiento habitual, y se tomaron huellas de toda la casa para su investigación posterior. Prestaron especial atención al cuchillo y al bolso de la difunta.

Pronto vieron que el cuchillo formaba parte de su vajilla porque los que había en la cocina eran iguales. La única diferencia es que este era más pequeño y más afilado, pero parecía evidente que formaba parte de la vajilla.

Las primeras conclusiones a las que llegó la policía fue la de un posible intento de robo o violación. La chica intentaría defenderse cogiendo un cuchillo de la cocina, y el agresor, más fuerte que ella, le arrebató el cuchillo y la mató. Parecía creíble, pero había que seguir investigando. Primero comprobarían todas las huellas recopiladas con sus archivos. Visitarían también a todas las personas que figuraban en el listín telefónico que llevaba Inés en el bolso.

Luego ya verían.

Héctor había vuelto a Segovia y se instaló nuevamente en el Parador. Dejó su equipaje en la habitación, preparó su Toshiba y llamó a recepción para que le prepararan un masaje. Necesitaba distender los músculos porque le esperaba una larga tarea. Marcó también línea exterior y llamó a un amigo suyo de Ávila que había conocido mientras escribía una novela unos años antes en el Palacio de Valderrábanos. Ávila y Segovia estaban a pocos kilómetros entre sí, por lo que su amigo no le puso excesivas pegas en llevarle personalmente lo que le había pedido.

El masaje fue relajante y tranquilizador. Mientras cada uno de sus músculos volvía a su sitio, seguía pensando en la que sería su última novela: "Confieso".

Esa noche cenó bien, muy bien. Pidió un Marqués de Cáceres para acompañar la copiosa cena y luego subió a la cafetería donde había quedado con su amigo Elías que le había traído su encargo. Le pagó allí mismo y tras invitarlo a un café, se despidió de él para subir a la habitación.

Salió al pequeño balcón para ver una vez más el tantas veces visto espectáculo de la ciudad, incluyendo el acueducto iluminado. Cuán bella era aquella ciudad y cuántos buenos recuerdos le venían a la mente.

Se preparó un gin tónico del mueble bar. Con Larios, vaya, esta vez era Larios. Se lo preparó con mucho hielo, como a él le gustaba y se lo terminó en la terraza. El cielo estaba abierto, aunque se distinguían algunas pequeñas y rasgadas nubes, plateadas por la iluminación de la luna. No era luna llena, pero la iluminación era bastante intensa. Allí no había llovido.

Pensó en todo lo que había sido su vida, lo que fueron sus estudios, su licenciatura en Valencia, su inicio de la carrera como abogado, Eloísa, Inés, Tasio, Pablo, sus amigos de la universidad, sus compañeros de bufete, su nueva profesión como escritor, Adolfo, sus viajes para terminar sus novelas. Había vivido intensamente. No podía quejarse. Su mayor error quizás fue iniciar su relación con Inés, relación que tantos años después había acabado en la mayor de las tragedias imaginables. Posiblemente de no ser Inés, hubiera sido Isabel, Silvia o María. Su destino estaba escrito, y nada de lo que él pudiera hacer podía cambiarlo sustancialmente. Podía influir en las variantes, pero los resultados finales no eran cosa suya. Los hilos del destino no estaban a su alcance, y él no era más que un pequeño, pequeñísimo engranaje más de todo aquello, de toda aquella inmensidad. Levantó su vaso al cielo, en dirección al acueducto. Los ojos se le llenaron una vez más de silenciosas lágrimas y terminó su gin tónico.

Entró en la habitación, encendió su vieja pipa, se puso cómodo y buscó en el disco duro del Toshiba la última versión grabada de "confieso". Lo grabó con otro nombre y

continuó escribiendo. Tenía previsto pasar la noche en vela si era necesario, hasta terminar el texto de aquella novela. Tenía que terminarla esa misma noche, antes de que descubrieran el cadáver de Inés. Lo escribiría todo, lo detallaría todo, hasta sus más íntimos secretos. Al fin y al cabo estaba seguro de que esa sería su última novela. Era cosa del destino. Le enviaría a Adolfo una copia de “confieso” y de la otra novela recientemente terminada, con una nota solicitando que se publicasen a la vez, simultáneamente, indicando que ya no volvería a recibir ningún otro texto de Héctor Ramos.

...

A las ocho de la mañana terminó de escribir, hizo una rápida corrección de errores caligráficos ayudado por el Word y grabó el archivo por dos veces en dos disquetes separados. Llamó de nuevo a recepción y solicitó dos mensajeros. Dejó claro que quería dos compañías de mensajería distintas, una para cada envío, y preparó cada uno de los discos, uno para enviárselo a Adolfo, junto con una copia de la otra novela y un breve texto manuscrito. El otro para enviárselo a su amigo Tasio. Este último envío solo incluía el disquete de “confieso”, y otra nota manuscrita, distinta a la de Adolfo.

Insistió mucho en que fueran dos mensajerías distintas porque no quería arriesgarse a que se perdieran ambos envíos. Era una persona prudente, y sabía que si el mensajero que retiraba los dos envíos era un desastre, cosa bastante habitual por cierto, podía perder irremisiblemente ambos paquetes, con lo cual todo su esfuerzo hubiera sido en vano.

En recepción lo miraron de forma un tanto suspicaz cuando bajó con los dos sobres para enviar, sin duda no les había gustado eso de tener que llamar a mensajeros distintos. Lo normal es que trabajaran con uno sólo y eso se salía de su procedimiento habitual. Así y todo, el servicio fue bueno y pronto vinieron los dos mensajeros por separado. Héctor se aseguró personalmente de que eran entregados los paquetes.

Pidió la cuenta y pagó la nueva estancia, el masaje y la cena de la noche anterior, así como los dos servicios de mensajería. Dejó una buena propina. Sólo después de eso

volvió a subir a la habitación. Podía permanecer allí sin ser molestado hasta las doce del mediodía.

Llamaron a la puerta. Tasio abrió y se encontró con un joven bastante desaliñado que le traía un paquete a portes pagados. Venía de Segovia y ponía claramente que debía realizarse la entrega en mano. Lo abrió y en su interior había un disquete y un texto de puño y letra de su amigo Héctor.

La secretaria lo llamó a su despacho por el intercomunicador.

-Sr. Adolfo, disculpe que lo moleste, pero aquí fuera hay un muchacho de Seur que insiste en que debe de entregarle un paquete personalmente.

-Dígale que pase a mi despacho.

El muchacho entró, entregó el paquete y recogió el recibo firmado.

Adolfo abrió el paquete. Incluía dos disquetes y una nota manuscrita de Héctor. El paquete venía de Segovia.

Estimado Tasio:

Antes que nada quiero agradecerte todo lo que has hecho por mí durante estos últimos años. Junto con este breve texto, te remito una copia de "confieso". No he podido enviártela en papel porque no disponía de tiempo para imprimirlo todo. Quiero que te asegures de que mi editor ha recibido otra copia. De no ser así, te ruego que hagas tú mismo una copia del tuyo y se la hagas llegar. Imagino que no habrá habido ningún problema, y que ambos habréis recibido el texto correctamente, pero sabes que me gusta asegurarme. Por el mismo motivo, dentro de unos días recibirás por correo ordinario una copia de este mismo escrito que ahora estás leyendo. Lo he remitido con el único fin de asegurarme que lo recibieras, por si había algún problema con la mensajería.

Mi amistad hacia ti ha sido siempre sincera, sé que la tuya hacia mí también lo ha sido.

Te pido que leas el texto de "confieso". Bastará con que lo leas a partir de la página doscientos treinta porque lo anterior ya obra en tu poder y no he hecho cambios sustanciales. Todo lo que allí está escrito, a todos los efectos es cierto. No importa que a ti algunas cosas no te cuadren. Olvídalo todo. Olvida lo que sepas hasta este momento. Para bien de todos, la realidad, lo que realmente ha sucedido, no es otra cosa que lo que figura en la novela.

Por otro lado, quiero que sepas que siempre he sabido que te ha gustado Eloísa. No sólo eso, sé a ciencia cierta que la amas. Cuídala. Soy feliz pensando que tú te encargarás de ella. Ella sabrá quererte.

Dale un abrazo a Pablo de mi parte. Dile que siento no haberme despedido personalmente de él, aunque sí que le he enviado una carta. Que se cuide. Que vaya con ojo con esos amigos que tiene, y que lo quiero. Que se busque una buena moza que lo haga feliz.

También le he enviado otra a Eloísa.

Dile que los quiero a ambos y que siempre los querré.

Cuando leas esta carta ya no podrás hablar conmigo. Tu amigo Héctor habrá dejado de existir materialmente, aunque quiero que sepas que siempre estaré con vosotros.

Gracias por todo.

Sé que puedo confiar en ti.

Un abrazo de tu amigo

Héctor Ramos

Estimado Adolfo:

Disculpa que no te haya enviado el texto de “confieso” en papel, pero es que no he tenido tiempo material para imprimirlo.

Antes que nada quiero pedirte que te pongas en contacto con mi amigo Tasio, si es que él todavía no te ha llamado, y te asegures de que también él ha recibido una copia de “confieso”. De no haberla recibido, te ruego que la hagas tú mismo, personalmente, y se la hagas llegar. Es muy importante para mí que hoy mismo esté en su poder.

Espero realmente que te guste. Quisiera que la publicaras simultáneamente con mi otra novela. Sé que no es lo que tenías pensado, pero es un último favor que te pido.

“Confieso” tendrá sin duda más éxito incluso del que te esperabas. Esto es una buena noticia para ti. Lamentablemente tengo otra mala, y es que no recibirás más novelas más. No te preocupes, no es que vaya a publicar con la competencia. Siempre he respetado la exclusiva contigo.

Los derechos de las nuevas novelas, y de lo que vayan produciendo las otras, quiero que se los envíe directamente a Eloísa. No preguntes nada, todo está en “confieso”.

Si fuera necesario, te autorizo a que le entregues una copia del libro a la policía, antes de editarlo. Sólo si es necesario.

Te considero mi amigo, y espero que después de leer “confieso” sigamos siéndolo. Hablo también un poco de ti, aunque siempre bien, no te preocupes.

Gracias por todo.

Héctor Ramos

Ambos, uno en su casa, rodeado de mugre y ropa sucia, y el otro en su amplio despacho, impoluto, este último con los pies sobre la mesa, estaban aturdidos. No podían creer lo que estaban leyendo. Los dos se acercaron a sus respectivos ordenadores y abrieron el archivo de “confieso”. Adolfo empezó a leerlo desde la primera página, Tasio desde la doscientos treinta.

Confieso

Por Héctor Ramos

...

Capítulo 35

DESENLACE

Yo estoy enamorado de Eloísa, creo que eso ha quedado patente a lo largo de todo el texto anterior. Al principio decía que una gran parte de este libro era ficticio, y solo una pequeña parte era real. Antes de continuar, quiero sincerarme con el lector, y decirle que lo que ahora va a leer, es totalmente cierto. Es una gran responsabilidad para mí, la cual asumo totalmente.

¿Acaso no quería yo también a Inés? Por supuesto. El hecho de que adorara a mi mujer no quería decir que no pudiese amar también a Inés. Una persona tiene capacidad para amar a más de una persona a la vez. Muchos son los que no están de acuerdo con estas afirmaciones, no me importa, yo sé que es cierto. Totalmente cierto. Yo también amaba a Inés. Ciertamente que la dejé, la dejé porque hay amores incompatibles, y uno acaba teniendo que elegir. Mi elección fue esa. Buena elección, mala elección. Nunca sabré lo que hubiera ocurrido si hubiera elegido otra cosa. Sería necio decir que hubiera sido mejor tal o cual otra opción. Hice lo que hice porque en su momento tenía motivos suficientes para hacerlo, y no me arrepiento de ello.

No contaba con que Inés no aceptara mi abandono. Durante mucho tiempo mantuvimos el contacto telefónico, e incluso nos veíamos alguna que otra vez, como amigos, solo eso, como amigos.

Tampoco contaba con que Eloísa no pudiera aceptar esta segunda relación de amistad. Sin duda pensaba que yo podría perder seguridad en mí mismo y pudiera acabar abandonándola a ella. No se lo reprocho. ¿Qué hubiera pensado yo en esa situación?

El caso es que tuve que tomar una nueva decisión, tan amarga o incluso más que la primera. Tuve que decirle a Inés que ya nunca más podría llamarla por teléfono, ni

quería que ella me llamara. Tampoco podríamos escribirnos ni vernos. Era duro, pero una vez más sabía que tenía que tomar una decisión y la tomé. Tampoco me arrepiento de ella. Tampoco me pregunto qué hubiera ocurrido si mi decisión hubiera sido distinta. ¿Para qué?

Siempre he pensado que el destino de cada persona está escrito, que sólo faltan los detalles. Los detalles son lo que uno va escribiendo día a día en su vida, pero los detalles nunca cambian sustancialmente el desenlace de la novela de cada cual. El desenlace es inevitable.

Los celos que yo creía que habían desaparecido, eran cada vez más evidentes a mi alrededor, tanto Eloísa como Inés sufrían por ello. El hecho de que yo las siguiera amando a ambas o solo a una, o incluso a ninguna, no importaba, nada tenía que ver. Cada cual defendía su terreno, sus derechos. Poco podía yo hacer para solucionar la situación, más allá de lo que había hecho hasta entonces. Estaba atrapado, atrapado en mi destino.

Eloísa por su cuenta decidió hablar con Inés cuando yo todavía estaba en Segovia terminando mi última novela. Me enteré porque un amigo mío a quien no creo conveniente identificar, la vio entrar en su casa esa tarde. Supongo que de todos modos ella me lo hubiera contado en su momento.

Yo me temí que aquella situación estaba tomando un cariz peligroso, y debía de hacer algo por mi cuenta para evitar cualquier problema.

Segovia no está tan lejos de Valencia, así que decidí ir a ver a Inés sin previo aviso. Quería saber de qué habían estado hablando. Podría haberla llamado por teléfono, pero sé demasiado como son las mujeres, no me hubiera contado nada que no quisiera que yo supiese, en cambio, si me presentaba en su casa, la cosa era diferente, y yo estaba muy preocupado. Necesitaba dar una solución a este antiguo problema.

No lo pensé dos veces, cogí el BMW y me dirigí a toda velocidad hasta Valencia. No recuerdo la hora exacta, pero supongo que serían sobre las diez de la noche, o quizás

un poco antes cuando llegué a casa de Inés. La encontré muy nerviosa, y sorprendida de verme.

Todo fue muy desagradable, todo salió de una forma imprevista. No voy a entrar en demasiados detalles porque me parecería cruel para la memoria de Inés.

Inés estaba furiosa. Me dijo que me largara, que no quería saber nada más de mí. También empezó a amenazarme. Supongo que víctima del azoramiento y del nerviosismo. Estoy seguro de que nunca quiso hacerme daño.

La cogí de la muñeca con ánimo de tranquilizarla, pero en lugar de eso se apartó corriendo de mí y se dirigió a la cocina. Estaba fuera de sí. Había sufrido mucho. Durante los últimos años sé que involuntariamente yo la había hecho sufrir mucho.

Intenté calmarla de nuevo, pero me sorprendió viniendo hacia mí, con un pequeño cuchillo en la mano. Tenía el mango negro de plástico, pero el filo resultaba aterrador a pesar de que no mediría más de diez centímetros. El cuchillo acababa en una punta amenazadora.

Me aparté. Ella volvió a atacarme. Me refugié como pude detrás de la mesa camilla que estaba en el recibidor, tropecé y me quedé sentado en el sofá marrón que recordaba que había estado siempre allí mismo. Ella se abalanzó hacia mí. Fue un acto reflejo mío. Lo juro. Juro que no quería matarla, pero al apartar violentamente su mano, la que sostenía el cuchillo. Dios mío. Cayó al suelo. Yo no sabía que hacer. En ese momento pensé que no podía verme involucrado en tal situación. Yo la quería, pero en nada iba a mejorar su situación si yo me entregaba a la policía.

Le cogí el cuchillo de la mano por si alguna de mis huellas había acabado en el mango a causa del forcejeo. Borré las huellas y lo dejé en el suelo. Salí huyendo como un cobarde de la escena. No sé si me crucé con alguien o no, estaba aterrorizado. Subí al coche y volví a Segovia. El largo trayecto me permitió pensar en lo que había hecho, en cómo me había comportado. Había sido un accidente. Sólo eso, un accidente.

Pensé en que yo había ido a casa de Inés, precisamente porque sabía que Eloísa había ido a visitarla. Sin duda habría huellas de Eloísa por todas partes. Las mías yo intenté borrarlas.

Yo estaba en Segovia. Todo el mundo sabía que yo estaba de viaje, y nadie me había visto abandonar el Hotel. Acabarían acusando a mi mujer del asesinato de mi amante. Tendrían un móvil, los celos, una ocasión, su visita a casa de Inés, y una prueba, sus huellas. Seguro que encontrarían alguna.

Yo estaba desesperado. No sabía qué hacer. Durante horas estuve dando vueltas por la habitación. Finalmente me decidí. Por mi culpa había muerto Inés. No quería que sobre mi conciencia estuviese también la culpa de que Eloísa cargara con aquella situación.

No tenía otro remedio. Debía de informar a alguien de los detalles de lo que había ocurrido, antes de que encontrasen el cadáver. Pensé en llamar a la policía y explicarlo, pero finalmente decidí terminar esa misma noche mi novela más auténtica, mi biografía. Detallar en ella lo que había ocurrido. Pedir perdón públicamente por lo que había hecho, sin intención. Lo juro. No quería perjudicar a nadie, más bien al contrario, pero una vez más se ha demostrado que uno no puede huir de su destino.

Tan pronto termine de escribir, le enviaré el libro a mi editor, para que lo publique, con una nota que diga que puede entregarlo a la Policía si es necesario.

Quiero que todo el mundo sepa lo ocurrido. Quiero que todo el mundo sepa que quiero a mi mujer y que amé también a Inés. Confieso que todo lo que he incluido en este último capítulo es cierto, y espero que mis lectores no me juzguen demasiado cruelmente.

Pido comprensión.

Segovia, octubre de 2000

...

Ahora abriré el paquete que mi amigo me ha traído al hotel. Yo nunca he tomado drogas habitualmente. Alguna raya de coca y algún que otro porro en mi juventud,

pero nada más. Nunca antes me había pinchado. La heroína me parecía algo excesivamente fuerte para mí, y sin duda lo era.

Sabía que para un no adicto, bastaban 0,2 gramos de heroína pura para que el desenlace fuera fatal. Un adicto puede soportar hasta diez veces más, pero como digo, yo no podía considerarme adicto. La última raya de coca la esnifé hace más de diez años en una estúpida fiesta.

Decidí inyectarme todo lo que me habían traído. Era más de los 0'2 gramos que necesitaba, pero al fin y al cabo, iba a ser mi última noche.

CAPÍTULO XII

SEIS MESES DESPUÉS

Tasio todavía no podía creer lo que había ocurrido. CONFIESO había sido todo un éxito, al convertirse en una verdadera confesión publicada por un autor famoso. En menos de seis meses se habían vendido ya más de cien mil ejemplares y Adolfo estaba preparando una nueva edición. Todo ello teniendo en cuenta que no se había editado en rústica y que el libro había salido a la venta en 4.500 pesetas.

Por un lado, Tasio no podía creer que fuera cierta la confesión de su amigo Héctor, aunque realmente era creíble. Era cierto que él podría haber estado a una hora aceptable en Valencia para estar en casa de Inés, pero lógicamente a él no le cuadraba el hecho de que alguien lo hubiese avisado de que Eloísa había visitado a Inés, más, teniendo en cuenta que Héctor parecía referirse a él en la novela.

Si nadie lo había avisado, podían ocurrir dos cosas, o que de todos modos hubiera tenido pensado de antemano ir a ver a Inés, con lo cual simplemente habría mentido en algunos detalles para proteger a Eloísa. O que simplemente mintiera rotundamente en todo y no hubiera bajado a verla. En esa segunda hipótesis, el único motivo de la confesión, no cabía duda de que era el de proteger igualmente a Eloísa, aunque de una forma más clara. De ser así, era porque Héctor creía que el crimen, o el accidente, había sido provocado por Eloísa.

Era lo más probable como él mismo había informado, pero no estaba seguro. No podía dejar de pensar en que Héctor había hecho lo que había hecho, simplemente para proteger a Eloísa, por unas sospechas que el propio Tasio había puesto en su cabeza. En parte se sentía culpable por el cariz que habían tomado los acontecimientos.

Aunque Eloísa no hubiera tenido nada que ver con la muerte de Inés, cosa de la que todavía dudaba Tasio, era evidente que sí que corría un peligro cierto porque de hecho la policía la visitó al día siguiente. Habían sido muy eficientes y estaban interrogando a todas las personas aparentemente relacionadas con Inés. El nombre de Héctor estaba en el listín.

Se comprobaron las huellas, y parece ser que sí que se encontraron huellas de Eloísa. Por suerte ella en ningún momento había negado haber estado en casa de Inés. El libro lo recibió su editor y el propio Tasio, antes del levantamiento oficial del cadáver, lo cual le dio una veracidad importante a la confesión de Héctor. Quien sabe. Seguramente nunca nadie sabría la verdad.

Muy posiblemente Héctor tuviera razón con aquello de que el destino de cada cual estaba escrito y solo podíamos encargarnos de los detalles. Podíamos montárnoslo mejor o peor, pero acabaríamos según estuviese programado. Nunca antes había pensado en ello, pero podría ser cierto.

Había decidido retirarse definitivamente. Al fin y al cabo, su mejor cliente ya no estaba, y se había hartado de investigar para las multinacionales. Tenía suficiente dinero para acabar de pasar su vida tranquilamente, y Eloísa lo había aceptado a su lado. Nada de sexo todavía, Eloísa todavía estaba muy afectada por la muerte de Héctor, pero su relación era muy buena. Tasio era feliz. De no ser por la muerte de Héctor, todo sería perfecto.

La policía había cerrado el caso. Parecía evidente que había habido un accidente mortal, y parecía también evidente que Héctor había confesado. Se comprobó que no hubo ningún robo ni ninguna violación, lo cual hizo todavía más creíble la versión que ahora se había convertido en un Best Seller.

El éxito del libro había sido tal, que hasta él mismo lo había leído. Le parecía increíble que alguien se acusara públicamente de algo que en realidad no había hecho. Nadie mejor que él para saber que era así. Algunos detalles no coincidían, pero prácticamente todo lo que Héctor detallaba en el libro era cierto, había ocurrido así, sólo que no era Héctor quien la mató.

¿Por qué lo hizo? ¿Por qué confesó una muerte en la que nada tenía que ver?

Su conciencia lo corroía por dentro, pero al fin y al cabo había sido un accidente. Nunca había tenido la intención de matar a aquella mujer. Ni siquiera supo que se llamaba Inés hasta que vio su nombre en el timbre de la escalera. No la conocía de nada.

Desde que aquello había ocurrido, él no era el mismo, estaba demacrado y apenas comía. Lo poco que comía lo vomitaba casi de inmediato. Había perdido al menos diez kilos, a pesar de que siempre había estado bastante delgado. Se había mirado al espejo, estaba ojeroso, amarillento.

Lloraba cada día, él no era un asesino. Se sentía sucio, mal. En más de una ocasión llegó a pensar en el suicidio, pero no tenía valor para ello. En cambio Héctor lo había tenido, a pesar de no tener nada que ver con el crimen. Cuantas más vueltas le daba, menos lo comprendía todo.

Daba vueltas por la habitación, intranquilo. Miró por la ventana, estaba lloviendo, no muy intensamente pero sí de forma bastante continuada. Era un día triste, gris, más bien frío. Fumaba más de tres paquetes diarios de cigarrillos, unos días Ducados, y otros Fortuna, eso cuando no los mezclaba

...

Salió a la calle, no llevaba chaqueta y tampoco había cogido paraguas. Estuvo paseando durante más de una hora, con la única protección de los balcones de algunas viviendas. Estaba empapado pero parecía no importarle, la ropa le pesaba

cada vez más, y los pies los notaba inundados dentro de las zapatillas de deporte imitación de Nike. En la mano sostenía un cigarrillo que se había apagado a causa de la lluvia nada más salir de casa. La gente, con paraguas, se cruzaba con él y se lo quedaban mirando. Parecía un mendigo. De hecho no se había limpiado ni peinado desde quince días atrás. Tampoco se había afeitado, aunque mucha barba no tenía, parecía que una hilera de hormigas se paseara por su cara estropeada. Iba arrastrando los pies, salpicando al pasar por encima de los charcos, una vieja le increpó cuando le mojó las medias. Cruzó una calle sin mirar, el semáforo de peatones estaba en rojo, los coches frenaron y se pusieron a pitarle todos al unísono. Él siguió cruzando, como flotando, como sin darse cuenta de nada. Como no importándole nada de lo que ocurría a su alrededor.

Llegó a la altura de una pequeña Iglesia, recordó que allí fue donde él tomó la comunión, o quizás no fuera allí, en realidad el recuerdo era muy vago, muy difuso, parecía más un sueño que un recuerdo. De chico iba con sus padres los domingos a Misa, a oír la liturgia o como se llamase aquello. Entró sin ningún objetivo concreto. Quizás solo para no seguir mojándose, para calentarse un poco.

El templo estaba vacío, era pequeño. Los bancos eran de madera, algunos de ellos atacados por la carcoma. Las vidrieras eran también bonitas, aunque los colores hacía años que habían perdido su esplendor y estaban pidiendo a gritos una buena limpieza. Pasó entre las dos hileras de bancos y se arrodilló en el pasillo. Hizo la señal de la cruz. Cuántos años hacía que no repetía aquel gesto. Cuántos años que no pisaba una Iglesia. El ruido del agua se oía sordamente en el interior, generando una sensación de paz muy agradable. Pasó por delante del cepillo y dejó veinte duros. Se disponía a salir cuando pasó por delante de uno de los confesionarios. El Párroco estaba allí cerca.

-¿Quieres confesarte hijo mío? –le dijo el Párroco en un susurro-

Sin duda el cura había visto en su cara la amargura de la carga de conciencia que arrastraba desde hacía seis meses.

Él asintió con la cabeza. El cura entró en el pequeño habitáculo de madera muy oscura y vieja. Era marrón inicialmente aunque en algún tiempo se había pintado de negro y la pintura había sido lijada con posterioridad. Volvía a ser marrón. Tenía muy mal aspecto. También había sido atacado por la carcoma. En aquel silencio, hasta le pareció oírle actuar en las interioridades de aquella madera. Se arrodilló en el exterior, todavía recordaba dónde había que colocarse para confesarse. Lo que no recordaba era lo que tenía que decir antes de empezar a nombrar sus pecados. El Párroco abrió la pequeña ventanilla interior, aunque no se le podía ver el rostro desde esa posición. Sin duda se dio cuenta de que el hombre no sabía lo que tenía que decir.

-Dime, hijo mío. ¿Qué te ocurre? ¿Has pecado?

-Sí, padre –su voz sonaba ronca, imperfecta, llevaba varios días sin hablar con nadie.-

-Cuéntame tus pecados.

-He matado.

El Párroco sintió un escalofrío en su espina dorsal, aunque no lo dejó entrever, ayudado por la oscuridad del confesionario.

-¿Cómo ha sido eso hijo mío?

-Fue un accidente, hace ya mucho tiempo, casi una eternidad para mí, porque no vivo desde entonces.

El hombre parecía haberse soltado ya y siguió hablando.

-Tuve unos encuentros íntimos con una mujer mayor que yo, y llegué a sospechar que ella era quien grababa aquellos encuentros. Encontré una cámara en el armario de mi habitación. Esperé unos días a que ella volviera a venir a mi casa para preguntarle por qué lo había hecho, pero como no vino, finalmente decidí ir a su casa y seguirla hasta encontrar un sitio donde poder hablar a solas con ella.

La seguí hasta la casa de otra mujer. No fui el único, otro tipo la seguía también. Yo ya había visto a ese hombre en otra ocasión, salía de casa de la mujer.

Cuando ella salió de casa de esta otra, esperé a que el tipo se marchara, no quería que me viera seguirla. Al tener que esperarme, ya no la pude seguir, de manera que decidí subir a casa de la otra mujer para preguntarle si sabía dónde podía encontrarla. Subí y ella me abrió. Empecé a preguntarle, posiblemente algo nervioso porque comencé a hablarle de la cámara y de que estaba harto de que me espieran, y no sé cuantas cosas más, como si ella tuviera algo que ver con aquello que me atormentaba. La mujer se asustó. Yo le dije que no pasaba nada, que no iba a hacerla daño. Sólo quería saber dónde había ido la otra mujer. Metí mi mano en el bolsillo para sacar la cámara y que viera que era cierto lo que yo estaba diciéndole. Por lo visto creyó que iba a sacar una pistola, o a saber qué. Ella hurgó en el bolso que tenía encima de la mesa, el bolso cayó al suelo, pero primero había sacado de su interior un cuchillo pequeño. Me amenazó con él. Yo le dije que me iba, que no quería nada de ella, que no quería hacer daño a nadie.

Sólo quería saber por qué me espianaban, qué es lo que habían hecho con aquellas películas, si las habían vendido o las habían publicado en Internet, o si querían hacerme chantaje con ellas. Yo no estoy casado, ¿sabe?, pero posiblemente querían chantajearme con decírselo a mi madre, no lo sé, siempre me ha costado bastante pensar.

Yo no quería hacerle daño a nadie. De verdad. Tenía miedo, el cuchillo estaba cada vez más cerca, y yo no encontraba la puerta, era como si me hubiese perdido, como si aquella casa fuera enorme. Sabía que no lo era, pero yo no encontraba la puerta para salir.

Tropecé con el bolso y me situé detrás de la mesa, ella me siguió como loca, yo volví a tropezar y me quedé sentado en el sofá, me hice daño en la espalda con el reposabrazos, ella se me tiró encima con aquel cuchillo. Yo solo me defendí, sólo quería apartarla de mí para que no me hiciera daño, para que no me matara, quería matarme, se lo notaba en la mirada, estaba furiosa. No sé lo que ocurrió, cuando me di cuenta ella estaba ya en el suelo, sangrando y con el cuchillo en la mano, yo no quería matarla, se lo prometo, pero cuando me di cuenta ya estaba muerta, en el

suelo, la sangre le salía a borbotones por el cuello. Salí huyendo de allí y estuve dando vueltas por la ciudad más de seis horas, sin saber dónde meterme, adónde ir, qué hacer. Tenía miedo. Si iba a la policía, me encerrarían, ellos se creerían que había ido a robar o a violarla, qué se yo lo que me hubiera ocurrido. Nadie me iba a creer.

El hombre dejó de hablar, estaba sollozando. El Párroco no se movía de su asiento, dudaba si creerlo o no, llegó a pensar que estaba loco e incluso temió por su vida. El hombre se levantó sin esperar la absolución, el Párroco, siguiendo con lo que creía que era su obligación, lo absolvió en silencio, con un gesto mientras el hombre salía de la Iglesia. Seguía lloviendo.

Seguía lloviendo. Había sido un día de perros, dando vueltas con el maldito autobús y sin parar de llover. Cada vez que abría la puerta para que subiese alguien se le helaban hasta las ideas. La gente lo mojaba con los paraguas. Aquel trabajo era una mierda. Aun no sabía por qué se había dejado el taxi. El taxi era más divertido, cada vez iba a un sitio distinto. En el autobús siempre la misma vuelta, una y otra vez, los mismos semáforos, los mismos embotellamientos.

La lluvia además ponía de mal humor a la gente, subían al autobús mojados, de mal humor y cargaban el ambiente. Cuando llovía subía gente que no usaba el autobús cuando hacía buen tiempo, y se equivocaban con las paradas, se empeñaban en hacerlo parar donde no podía, y el ambiente se cargaba cada vez más.

Esa misma noche hablaba con la parienta y enviaba a los de la EMT a tomar por el culo, lo había decidido. Al carajo, se compraba otra licencia de esas que vendían ahora los que se retiraban, y a pasar de todo. Ni crisis ni leches, como el taxi no hay nada, aunque hayan subido el gas-oil esos hijos de puta de las petroleras. Si no quería subir a alguien, pues no lo subía. Era lo que hacía cuando veía a algún moro o a algún negro, no los aguantaba. En el autobús era diferente, tenía que dejar pasar a todo el mundo. Vaya mierda de país, se nos estaba llenando de piojosos de todas partes, le decía a la parienta cuando iba a casa cargado de cerveza.

Un par de meses atrás lo expedientaron por conducir bebido, no era mucho, pero el problema es que se metió con una mujer que fue a quejarse a la central. Lo llamaron y lo dejaron tres días sin empleo ni sueldo. ¿Podían hacer eso? Él no lo sabía, pero tampoco se molestó por averiguarlo. Tres días de fiesta son tres días. Los aprovechó para ponerse al día de cervezas con los amigos.

Otra parada, otra vieja con paraguas, otra salpicadura, otro usted disculpe, pero él cada vez más helado y más mojado. A los viejos tampoco los soportaba, si por él fuera los eliminaría a todos a los sesenta años, no hacían más que estorbar y gastarse los recursos de los demás.

Dobló la esquina mientras farfullaba para sí, un pequeño claro se había abierto en el cielo, vaya, a lo mejor iba a dejar de llover. Un rayo de sol entró por aquel pequeño hueco y le dio en pleno cristal. Todo fueron colores lo que vio en ese momento, la luz se descompuso en los miles de gotas que habían llenado el parabrisas. Entre tantas luces y tantos colores, apenas si llegó a ver a aquel tipo que salía de la Iglesia sin mirar. Maldita sea –blasfemó–.

Apretó el freno, pero no sirvió de nada, el enorme mastodonte de la EMT siguió avanzando justo lo suficiente como para aplastar a aquel infeliz.

Ontinyent, octubre de 2000